Madrid : Aguilar
Año : 1992
ISBN: 84-03-60159-X



Hace más de cuatro siglos
en América Central
reinaban los hombres dioses.
Arquitectura monumental, sacrificios humanos:
la civilización azteca era la de la desmesura.
Una civilización poderosa, resplandeciente y sanguinaria.
Los españoles, que abordaron el continente en el siglo XVI,
se quedaron estupefactos y horrorizados.
En el choque de las culturas, en el enfrentamiento entre
la espada y el mito, este último fue quien tuvo que perecer.
Y con él la civilización azteca.
De sus cenizas surge la historia.









25 / AGUILAR UNIVERSAL
EL IMPERIO AZTECA
AGUILAR UNIVERSAL/HISTORIA
SERGE GRUZINSKI

El destino truncado del imperio azteca

AGUILAR UNIVERSAL

«En doce días del mesmo marzo de mil e quinientos y diez y nueve años, llegamos con toda la armada al río Grijalba, que se dice Tabasco [...]. Estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros [...]. Y ellos todavía haciendo muchos fieros, [...] comenzaron muy valientemente a flechar [...] y nos cercan con las canoas con tan gran rociada de flechas, [...].»

«Y luego [Cortés] mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor, [...] que luego fuese a la villa y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiese aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles.»

«Por manera que Moctezuma, gran señor de México,
de muy bueno que era temió nuestra ida a su ciudad y despachó
cinco principales hombres de mucha cuenta a Tlaxcala
y muestra real para darnos el bien venidos [...]
y envió en presente obra de mil pesos de oro [...].»

«Desque entramos en lo poblado [de Tlaxcala] no cabían por las calles
y azoteas de tantos indios e indias que nos salían a ver con rostros
muy alegres [...] y entramos en esta ciudad, como dicho es,
en veinte y tres días del mes de setiembre de mil
e quinientos y diez y nueve años.»

«E como Cortés vio y entendió e le dijeron que venía el gran Moctezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Moctezuma, a unas se hicieron grandes acatos. [...] Y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas [...]; y se le echó al cuello al gran Moctezuma.»

«Como el gran Moctezuma, hubo comido y supo que nuestro capitán y todos nosotros ansimismo había buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino a nuestro aposento con gran copia de principales e todos deudos suyos e con gran pompa. [...] Y el Moctezuma le tomó por la mano; e trujeron unos como asentadores fechos a su usanza e muy ricos y labrados de muchas maneras con oro.»

«Y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante
y de sangre en el ojo, [...] apercibió los soldados más sueltos
y sanos que tenía, [...] fue adonde estaban las guarniciones
de los mexicanos, [...] y en el campo se encontraron
al cuarto del alba.»

«Y como entró Cortes, después de le haber hecho
sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras
lenguas [...] que si alboroto a voces daba,
que luego sería muerto de aquestos mis capitanes,
que no los traigo para otro efeto.»

Serge Gruzinski nació el 5 de noviembre de 1949 en Tourcoing. Doctor en Letras, archivista-paleógrafo, antiguo miembro de la Escuela francesa de Roma y de la Casa de Velázquez, ocupa la función de director adjunto del Centro de investigaciones sobre México, América Central y los Andes. Autor de numerosos artículos y publicaciones, es considerado un gran especialista en temas mexicanos.

Título original: *Le destin brisé de l'empire aztèque.*

Traducción: Julia y Luisa González Gil y A. Sergio Campan.
Coordinación: José Manuel Revuelta.

EL DESTINO TRUNCADO DEL IMPERIO AZTECA

Serge Gruzinski



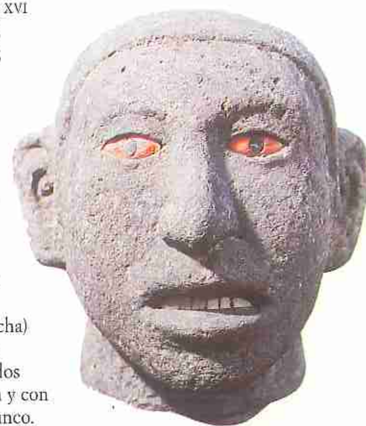
AGUILAR UNIVERSAL
HISTORIA

Para los primeros cronistas mexicanos que, pasada la Conquista española, emprenden el relato de la historia de su pueblo, surge siempre una imagen: la de la «Gran Ciudad de Tula». A ella se remiten ineludiblemente. Tula, capital del imperio, marcó con su huella toda la historia del antiguo México.

CAPÍTULO PRIMERO

TULA O LOS ESPEJISMOS DE LA CIVILIZACIÓN

Cuadro del siglo XVI (a la izquierda), según Diego Durán; representa la etapa original de la historia de los «Mexicas» en la época del principio de su migración, cuando vivían en cuevas y se dedicaban a la caza. Cabeza de hombre en piedra (a la derecha) con ojos hechos de nácar rosa incrustados en círculos de pirita y con dientes de nácar blanco.



Desde antes del principio de nuestra era, varias civilizaciones sofisticadas nacen, se desarrollan y se derrumban sobre el *altiplano* mexicano, es decir, las Tierras Altas del México central. Civilizaciones tan prestigiosas que su recuerdo se ha conservado hasta los tiempos de la dominación española. Dos nombres se unen a ellos: Teotihuacán, la «ciudad de los dioses», que conoce su apogeo en la época de la Roma imperial; y unos siglos más tarde, Tula, cuyas ruinas se alzan todavía a unos 90 kilómetros al noroeste de México.

Hacia el año mil, Tula retoma la herencia de Teotihuacán y, al mismo tiempo, acoge nómadas y cazadores llegados de las llanuras del norte

Los toltecas de Tula permanecerán siempre, para los habitantes del altiplano, como los iniciadores de todos los refinamientos materiales, técnicos e intelectuales de la civilización. Pasan por haber sido los inventores de la pintura, del fresco y de la escultura, los maestros de la escritura pictográfica, que cubre de glifos los papeles de corteza o de agave, los constructores de palacios magníficos, los artesanos inigualados de los mosaicos de plumas multicolores que adornan los escudos y los aderezos...

Los toltecas veneran a numerosas divinidades, entre ellas al dios Quetzalcóatl, cuyo sacerdote del mismo nombre celebra el culto y gobierna Tula. El universo tolteca está lejos de ser del todo un mundo homogéneo: poblados sedentarios y nómadas se codean en él y los bárbaros llegan del norte en oleadas sucesivas.



Atlante tolteca.

Se inician en la agricultura antes de entrar en la órbita de las ciudades civilizadas. Cada banda conserva su organización propia, su tradición y sus cultos, pero es en las ciudades donde viven los técnicos que edifican los diques y las presas indispensables para la irrigación de las tierras, y los especialistas del calendario ritual, cuyo flujo acompasa la existencia de todos. Las ceremonias que celebran los sacerdotes son las únicas que pueden asegurar la continuidad del cosmos y de los dioses, la vuelta de las lluvias y el crecimiento del maíz.

Durante el siglo XII se anuncia el final de una dominación: los toltecas emigran y se dispersan

Por razones misteriosas, la dominación de Tula y de los grandes centros de la época tolteca se desmorona



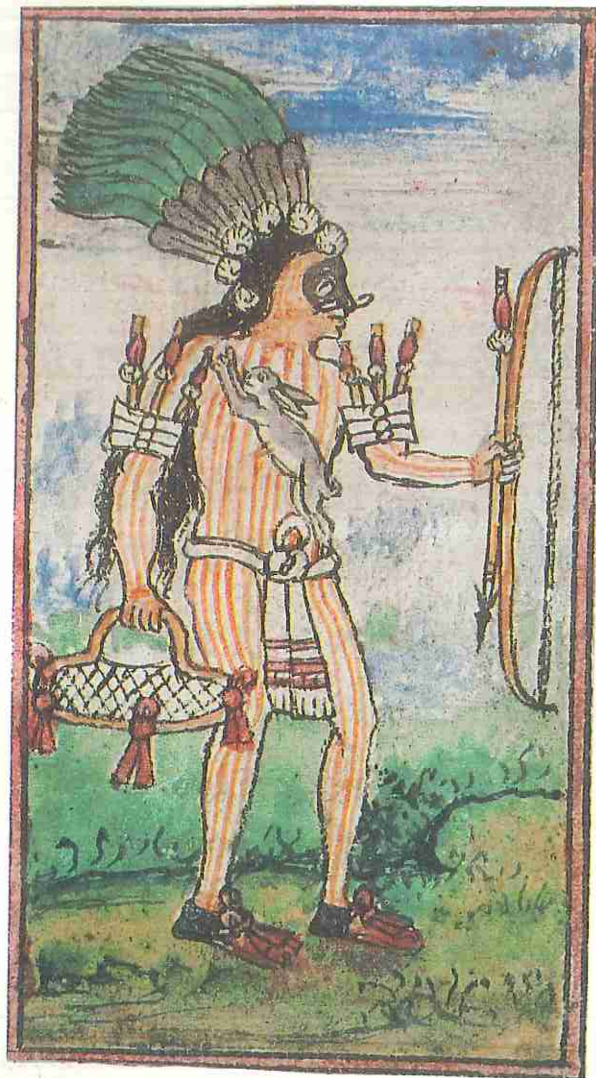
El dominio del cultivo del maíz sucedió hace algunos milenios en México central. Este descubrimiento capital permitió el nacimiento de las primeras civilizaciones agrícolas de América.



Esta parte del *Codex Azcatitlan* representa a la tribu azteca durante la migración original. Los aztecas cruzaron regiones montañosas donde se extiende una vegetación compuesta de nogales, agaves, juncos, abetos y palmeras, y donde viven *tequanime* (animales salvajes).

hasta hundirse hacia la mitad del siglo XII. Sin duda, los toltecas acabaron por no poder ya absorber a los bárbaros del norte; entonces, el equilibrio instaurado entre recién

«El dios Camaxtli, dios del Norte, de la guerra y de la caza entre los indios de Tlaxcala, el adversario tradicional de México en la "guerra florida". Los mexicas adoraban al dios Camaxtli bajo el nombre de Mixcoatl.»

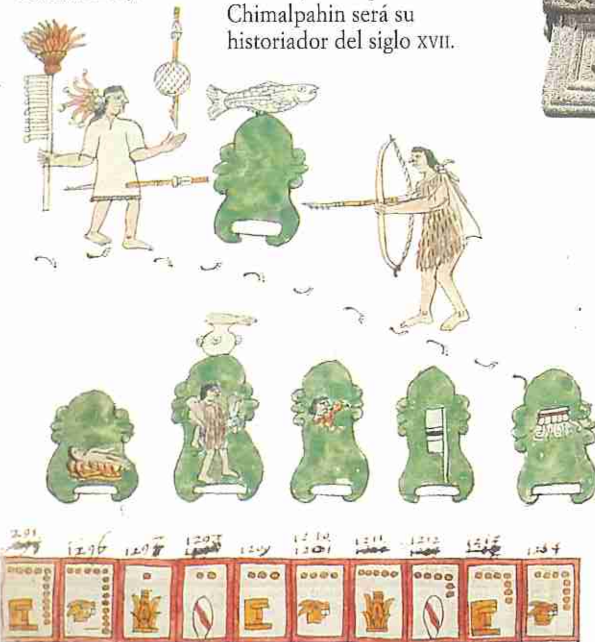


llegados y sedentarios se había roto, y la migración se había convertido en la solución a más de un conflicto. Según la leyenda, tensiones y rivalidades habrían empujado al rey sacerdote, o el dios Quetzalcóatl, o a los dos a la vez —las tradiciones discrepan sobre este punto— a huir de Tula hacia 1168, en compañía de sus partidarios. Algunos emigraron al Valle de México, donde contribuyeron a la fundación de nuevas ciudades, que recogieron en parte la herencia tolteca. Otros se dirigieron a Cholula, en el valle de Puebla, o llegaron a Chichén Itzá, donde estaban los mayas del Yucatán.

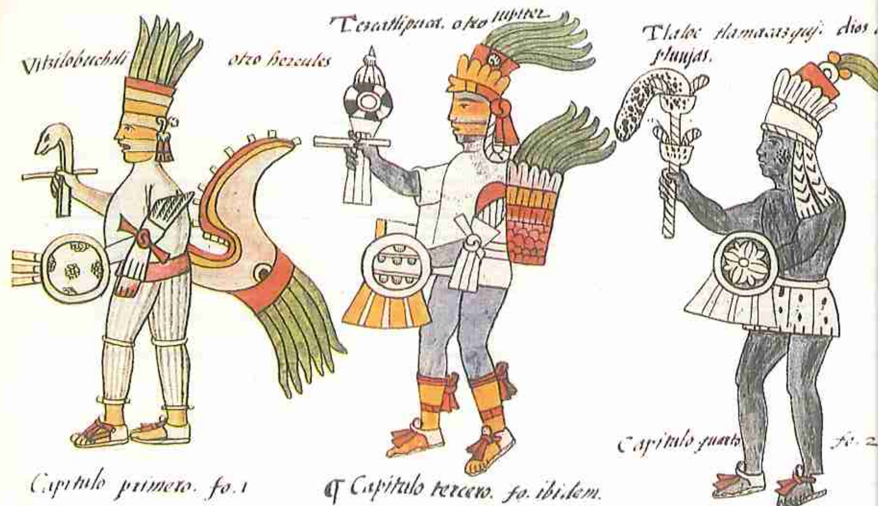
Pero los herederos de la cultura tolteca no llegaron solos al Valle de México: nómadas o seminómadas de origen nahua y otomí, descendidos de las grandes llanuras del Norte, les alcanzaron, o les obligaron a la convivencia. A veces varias bandas se federaban: así se fundó Tlalmanalco, ciudad de Chalco, de la que Chimalpahin será su historiador del siglo XVII.



Estatua de Xochipilli, dios azteca de las Flores, del Amor y de la Poesía.



Sobre el *Codex Telleriano Remensis,* las diferentes fases de la historia están acompasadas de glifos: calendarios coronados por una fecha, meramente indicativa. La tribu azteca en migración estaba compuesta de varias fracciones autónomas.



La herencia tolteca se perpetúa con el reino de los «hombres-dioses» que guían sus «pueblos»

Modelo idealizado que todos se esfuerzan en reproducir o en resucitar, el recuerdo de Tula es una herencia tan prestigiosa como irrepetible.

Hacia el año 1200, los dirigentes de esas bandas errantes se consideraban como los interlocutores obligados de su dios protector, hasta el punto de confundirse con él. Estos «hombres-dioses» reciben en su cuerpo la energía divina que permite al *pueblo* proseguir su marcha y alcanzar la meta que la divinidad le ha fijado. En esa época enturbiada, en esos tiempos de migración, las aldeas aparecen en sitios lejanos y el principio de su historia se confunde con la búsqueda odiseana de una tierra prometida.

Esas oleadas consecutivas de poblaciones están en el origen de la extremada fragmentación política del centro de México, donde subsisten, hasta la conquista española —y hasta más tarde—, decenas de señoríos minúsculos, cuyas capitales no están a veces separadas por más de algunos kilómetros. En las nuevas ciudades, durante el siglo XIII, los nómadas asimilan lo que queda de la antigua

Huitzilopochtli, dios de la guerra, es el protector de los mexicas. Su nombre, literalmente «pájaro-mosca-de-la-izquierda», significa «guerrero del sur resucitado». Tezcatlipoca, «espejo humeante», dios invisible, está asociado a la noche y al norte. Tlaloc, «el que hace germinar», es el dios de la lluvia, venerado por los campesinos, y el «teniente» de Huitzilopochtli, Paynal, «el rápido».



cultura tolteca. En las inmediaciones de esas ciudades se instalan los últimos llegados, demasiado tarde para obtener un territorio, o forzados a ocupar lo que nadie quiere.

A lo largo de dos siglos, se crean rivalidades, pues cada ciudad proclama su ascendencia tolteca

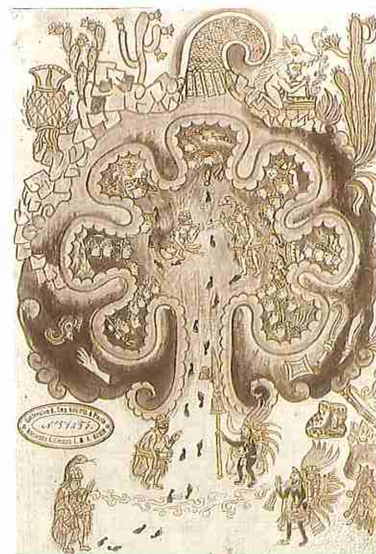
No dejan de hacerse y deshacerse alianzas entre los nuevos centros de poder y esos vecinos demasiado cercanos no paran de disputarse la hegemonía a lo largo de los siglos XIII y XIV.

Colhuacán, al sur del lago, tiene su hora de gloria, pues se enorgullece de ser una de las únicas ciudades en albergar una dinastía de origen tolteca. Más tarde, es Azcapotzalco, la ciudad tepaneca de la orilla occidental, la que tomará el relevo. Cada dirigente, aquí y allí, procura vincularse a las viejas descendencias toltecas. Tolteca, o más exactamente neotolteca, rimará por mucho tiempo con nobleza, autoridad y legitimidad.

«Aztecas», «Mexitin» o «Mexicas», un nuevo grupo hace su aparición en el escenario mexicano, ya bien poblado y cargado de historia

Hacia la mitad del siglo XIII penetra en el Valle de México una nueva banda, cuyo origen se pierde en el mito y la leyenda. Al igual que los demás pueblos nahuas, por un desdoblamiento de los orígenes, estos indios vienen de un lugar sagrado pero fueron engendrados en otro.

La historia pretende que el grupo habría salido del legendario Chicomóztoc (las Siete Grutas), lugar que alude a su modo de vida en aquella época. Chicomóztoc es para los indios el símbolo a la vez de las estepas del norte largamente cruzadas y de la matriz original. Pero el grupo habría, con anterioridad, dejado la misteriosa Aztlán, una ciudad edificada sobre una



Según los relatos transmitidos por la tradición oral, las siete tribus nahuas que poblaron las mesetas del centro de México tenían un origen común. Habrían venido de un país situado más allá del mar que rodea la tierra, o también de Chicomóztoc, el «lugar de las siete grutas». Estas «siete grutas» correspondían a las siete tribus nahuas: los Acolhua, los Chalca, los Chinampaneca, los Colhua, los Tepaneca, los Tlahuica y los Tlatepotzca.

isla, como lo será México-Tenochtitlán, de la que es la prefiguración, o la réplica en el pasado. Para algunos, el grupo se habría llamado azteca desde el origen, mientras que para otros este nombre habría designado exclusivamente a los habitantes de Aztlán, en cuyo poder se encontraban aquellos nahuas. Acontece que a lo largo de su emigración, se les dio el nombre de Mexitin, y luego el de Mexicas. Hay que quedarse con este último, prefiriéndolo al término azteca, si se quiere devolver a estos indios el nombre que les corresponde.



Huitzilopochtli, dios de la guerra y del Sol, protege el éxodo de los mexicas

Guiados por su dios Huitzilopochtli, que se expresa por boca de sus cuatro portadores, el grupo habría emprendido una larga migración a través de las estepas del norte. Así reconstruida la historia, se conserva

en manuscritos pictográficos y en textos del historiador indígena Alvarado Tezozómoc. Semicivilizado, ese pueblo practicaba periódicamente la agricultura y subsistía principalmente de la caza. Ya hablaba el nahuatl. Durante su marcha, conoció escisiones y disensiones, nuevas bandas se unieron a él y otras se separaron de él. Varios episodios legendarios evocan esas peripecias, cuyo desenlace consolidó la posición del dios Huitzilopochtli como divinidad suprema de los mexicas.

Las ejecuciones masivas con las que se saldaron esos sucesos prefiguran la práctica a gran escala del sacrificio humano. Llegados al Valle de México, los mexicas, todavía desprovistos de dirigentes de cepa real, intentan en vano asentarse. Instalados un tiempo a orillas del lago, en Chapultepec, se atrajeron la hostilidad de la gente de Azcapotzalco (dinastía de origen otomí pero «nahuatlizada») y se ven obligados a refugiarse al sur del lago, en los aledaños del señorío de Culhuacán,

Según una de las versiones de las migraciones, los mexicas atraviesan el Michoacán, «tierra de los que poseen el pez», antes de fijarse en México. Deslumbrados por la belleza de ese país, consultaron al dios Huitzilopochtli y le pidieron permiso para poblar ese lugar, a pesar de que no era el que les había prometido.

hacia 1299. Allí, se les ofrece hospitalidad en las extensiones rocallosas del Tizapan, esperando que los reptiles venenosos que frecuentan estos parajes acabaran con ellos. En vano: los mexicas devoran a las serpientes después de asarlas. Aprovechando esta calma de algunos años, empiezan a «toltequizarse». Pero echados de nuevo en 1323, tienen que adentrarse en los terrenos pantanosos del lago y alcanzar un islote que será el término final de su larga migración.



Sobre la meseta de Anáhuac, los mexicas fundan Tenochtitlán, ubicación del actual México

En 1325, los mexicas descubren la señal que esperaban: un águila posada en un cactus les indica el sitio donde deben establecerse, México-Tenochtitlán. Poco después, a unos pocos kilómetros, fundan, sobre otro islote, la ciudad de Tlatelolco.

Nada, por entonces, distingue a este pueblo de cazadores y pescadores de otros inmigrantes; su minúsculo territorio estaba literalmente «arrinconado» en los confines de los grandes señoríos que dominan el Valle.

A lo largo de unos treinta años, los mexicas van a subsistir de manera autónoma, dedicándose a la construcción de sus dos aldeas. Así van a empeñarse en crear y desarrollar las *chinampas,* esos islotes artificiales cuyo cultivo requiere atentos cuidados y que, gracias a una constante irrigación, dan elevados rendimientos. Pero la falta de piedras, de vigas y de otras materias primas conducirá a los mexicas a salir de su aislamiento y a establecer lazos con el exterior.

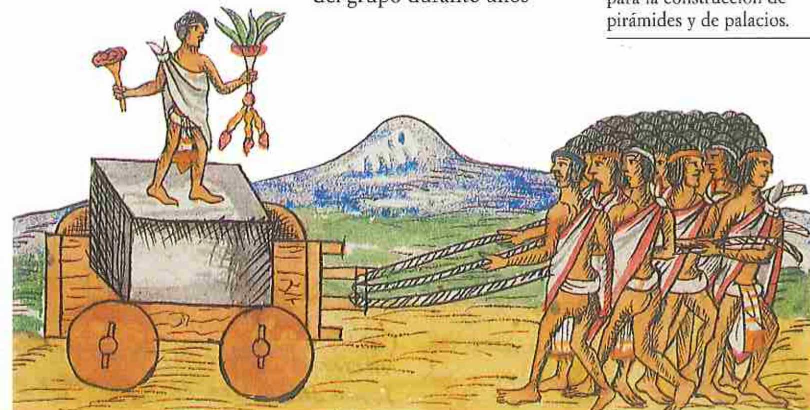




El águila posada en el nopal devorando a una serpiente, emblema de la fundación de México por los mexicas, es de elaboración tardía. Las fuentes del siglo XVI no mencionan a la serpiente sino al higo chumbo, fruta que simbolizaba, en el pensamiento nahua, el corazón de las víctimas sacrificadas. Esta metáfora no escapó a los españoles, que sustituyeron esta evocación de sacrificio por la serpiente, animal más conforme a la representación del mal, por el águila, que aparece en el escudo de los Hausburgos, dinastía de los reyes de España.

Los mexicas escogen como jefe a Acamapichtli, un señor de los alrededores

Acamapichtli pasa por descender del dios-sacerdote de Tula, Quetzalcóatl, y encarna, a los ojos de los pescadores del lago, el prestigio del pasado tolteca. Se quedará a la cabeza del grupo durante unos



A pesar de las enormes limitaciones técnicas, los mexicas consiguen tallar impresionantes bloques de piedra que pulían con materias abrasivas y que servían para la construcción de pirámides y de palacios.

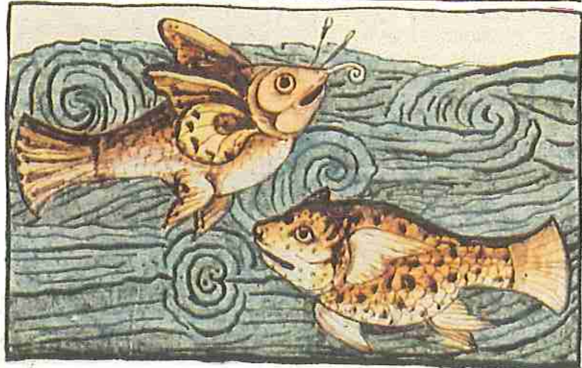


veinte años, de 1372 a 1391. Se va a emplear en resistir a las presiones del vecino tepaneca, Azcapotzalco, cuya potencia se desarrolla considerablemente.

La otra ciudad mexica, Tlatelolco, ha escogido a un príncipe tepaneca; así los mexicas consiguen insertarse paulatinamente en la red de alianzas que une las potencias del Valle. Y todavía más, en Tenochtitlán, una dinastía iba a fundarse y los numerosos hijos de Acamapichtli iban a estar en el origen de una nueva clase dirigente llamada a monopolizar el poder en la sociedad mexica.

El soberano de Azcapotzalco, el tepaneca Tezozómoc, es de momento el hombre fuerte de la región. A golpe de capacidad diplomática y de victorias militares, ha conseguido edificar un verdadero imperio. Habiendo llegado a dominar el arte de dividir





a sus vecinos, redujo a las distintas ciudades de la región, con excepción de la de Texcoco, fundando así el mayor dominio que el centro de México ha conocido desde el derrumbamiento de los toltecas. Un dominio que se apoya sobre el aprovechamiento sistemático de la red de alianzas matrimoniales y sobre la percepción del tributo. Bajo la tutela de Tezozómoc, los mexicas consiguen ser progresivamente tributarios privilegiados y hasta consiguen, con su acuerdo, redondear su

Los *chinampas,* verdaderos jardines flotantes sobre balsas de caña fijadas con estacas, estaban consolidados por los fondos fangosos de la laguna dispuestos en estratos.

territorio. Todavía relegados a papeles secundarios, saben aprovechar este período para fortalecerse.

Frente a la ciudad de Azcapotzalco, Texcoco es la única rival capaz de oponerse a la potencia tepaneca

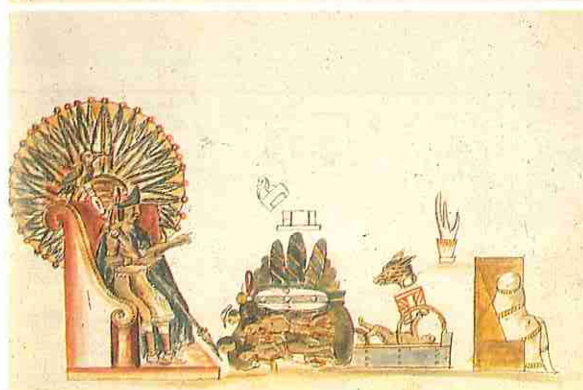
Preferida del cronista Alva Ixtlilxochitl, que escribió su historia, fundada en tiempos de los toltecas, Texcoco sigue siendo una ciudad de segundo orden hasta comienzos del siglo XV. La región del noroeste del Valle de México recibió también su importante lote de invasores nómadas, y es uno de sus jefes quien decidió hacer de Texcoco su capital. Aquí, al igual que en otros sitios, las hordas bárbaras saben adoptar la herencia tolteca: se empieza a hablar el nahuatl, a observar una etiqueta y a vestir ropas de lujo, mientras un grupo de inmigrantes de la región meridional de Oaxaca introduce el arte de la orfebrería, y el de los manuscritos pictográficos.

Paulatinamente, la ciudad que la historia designará con el nombre prestigioso de la «Atenas de América» —pero que la gloria de México ha eclipsado mucho tiempo— se convierte en un foco de civilización refinada. La orfebrería, la joyería, la cinceladura de piedras semipreciosas, el mosaico de plumas constituyen una actividad importante y respetada de los mexicas, hasta el punto de que los señores más nobles no desdeñan

Este señor indígena, *Toculpotzin,* viste el paño tradicional, el *maxtlatl,* y un manto de algodón, el *tilmatli.*









El «imperio azteca» se constituyó en menos de un siglo gracias a la guerra y a la diplomacia, surgiendo de una situación confusa, donde todo el centro del país estaba dividido en numerosos pequeños Estados independientes a la manera de las antiguas ciudades griegas. Cada uno de estos estados presentaba la misma estructura de gobierno: un monarca, secundado de uno o a veces de varios consejeros y rodeados de dignatarios investidos de funciones militares o administrativas. En todos los casos, el nervio de la dominación de la Triple Alianza era el tributo entregado al monarca por las ciudades sometidas. Las listas de tributos indicaban la naturaleza y las cantidades; enumeraban pájaros vivos, piedras preciosas, maíz, oro, ají, ropas, pacas de algodón, mantas tejidas.



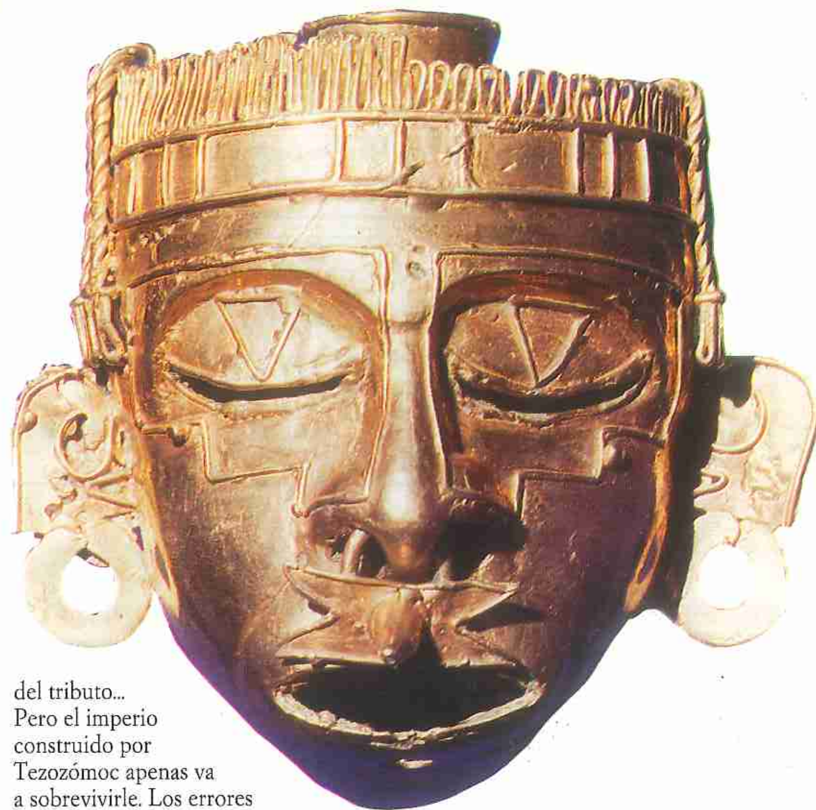


dedicar a ella su tiempo de ocio. Los artesanos que trabajan los metales preciosos, los jades, las turquesas y las plumas ostentan los títulos de «toltecas», pues es a la antigua civilización de Tula, y a su héroe simbólico el rey dios Quetzalcóatl, a quien se atribuye la invención de estas técnicas. Forman corporaciones agrupadas en sus propios barrios, con sus dioses y sus ritos particulares.

México-Tenochtitlán, Texcoco y Tacuba fundan en 1428 una coalición duradera: la Triple Alianza

Es, pues, a principios del siglo XV, mientras Texcoco comienza a afirmarse como una potencia de primer orden, cuando el tepaneca Tezozómoc decide completar su dominación en el Valle de México. La guerra estalla y, en 1418, el dueño de Texcoco tiene que abandonar su ciudad. Gran parte del territorio texcocano cae entonces bajo la dependencia tepaneca, mientras que los mexicas ven cómo se les concede un derecho de fiscalización sobre Texcoco, así como una parte del tributo...

Las joyas de oro y de plata eran fabricadas según el procedimiento de la fundición de cera de deshecho. La forma del objeto era trazada en carbón, que servía así de molde, en el que se vertía la cera. El revestimiento de oro o plata fundidos adoptaba la forma tallada.



Pero el imperio construido por Tezozómoc apenas va a sobrevivirle. Los errores y la brutalidad de su sucesor anuncian rápidamente el final de la dominación tepaneca. Llegado al poder hacia 1426, el nuevo dirigente de Azcapotzalco logra unir en contra suya México-Tenochtitlán y Texcoco. Nezahualcóyotl, legítimo heredero, restablece su autoridad sobre Texcoco y, en 1428, Azcapotzalco cae, después de un sitio de ciento catorce días. La Triple Alianza consigue por fin romper el poderío tepaneca.

Los elementos esenciales de la escena política que descubrirán los españoles en 1519 están ahí. La Triple Alianza se ha convertido en el «Imperio azteca». En Europa, la guerra de los Cien Años toca a su fin.

Encontrados en una tumba de Monte Albán, las joyas de oro, máscara del dios Xipe-Totec (arriba) y pectoral (al lado), se cuentan entre las escasas piezas de metal que hayan escapado a la codicia de los españoles. Mientras que el vestido de los mexicas era relativamente sencillo, las joyas y los peinados señalaban el rango y el lujo.

En 1440, el emperador Moctezuma I sucede a Itzcóatl. Figura fascinante en la que se coincide en ver al fundador de la grandeza mexica, Moctezuma, que tiene entonces sólo cuarenta años, toma las riendas de un fabuloso imperio. El reinado del que quedará en las memorias como el padre del «imperio azteca» se abre sobre una serie de catástrofes espantosas.

CAPÍTULO II

LOS FUNDADORES DE IMPERIO

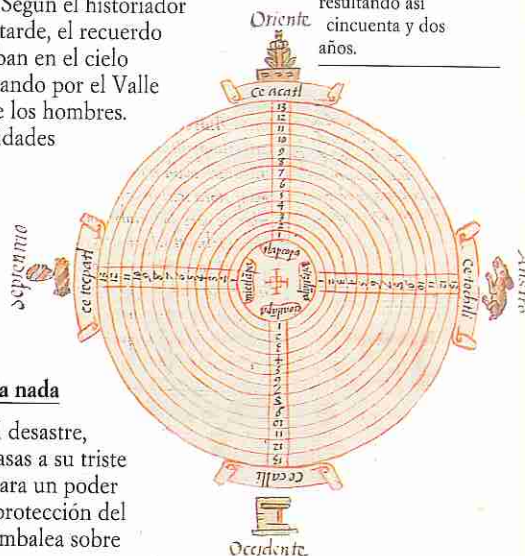
Este calendario mexica (a la derecha) se ha convertido, casi al igual que el nopal y el águila, en el símbolo de la nación mexicana; la «piedra del Sol» representa, en el centro, en un primer círculo, una cara humana, con la lengua fuera, tradicionalmente interpretada como la de Tonatiuh, el Sol, reclamando ofrendas de sangre humana. A la izquierda, Tlaloc, dios de la lluvia.





En cuanto accede al poder supremo, Moctezuma I lanza una campaña contra los chalcas que viven a la sombra de los grandes volcanes nevados, al sureste del Valle de México. Esta guerra se ve pronto interrumpida por una terrible escasez. En 1446, las langostas devoran las cosechas. A lo largo del año 1449, las inundaciones anegan la ciudad. Una serie de heladas y de cosechas desastrosas enlutan los años 1450-1454. Como consecuencia de estos sucesos, se levanta un viento de pánico en todo el Valle y el hambre azota varios años. Según el historiador Chimalpahin, siglo y medio más tarde, el recuerdo de los buitres que se arremolinaban en el cielo y de los cuerpos descarnados errando por el Valle atormentaban aún la memoria de los hombres. Así pues, esta sucesión de calamidades proyecta una luz cruda sobre los fallos de un poder que descansa sobre una organización administrativa todavía extremadamente débil.

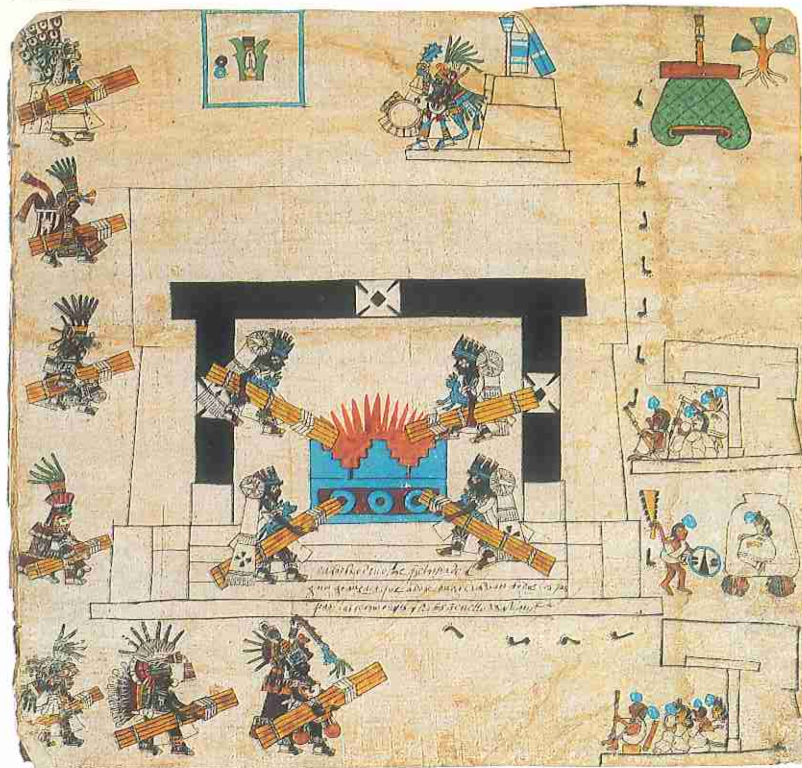
El sistema cronológico de los antiguos mexicanos se basa en el entrelazamiento de un calendario solar de 365 días y de un calendario adivinatorio de 260 días. Cada día del calendario solar es designado con el nombre del día ritual que le corresponde. El año empieza invariablemente por uno de los cuatro signos portadores: la caña, el cuchillo del sacrificio, la casa y el conejo. Para hacer corresponder los dos calendarios, estos cuatro signos portadores se combinan cada uno con las trece cifras rituales, resultando así cincuenta y dos años.



Según las creencias nahuas, el fin de un ciclo del tiempo puede condenar a los mexicas a la nada

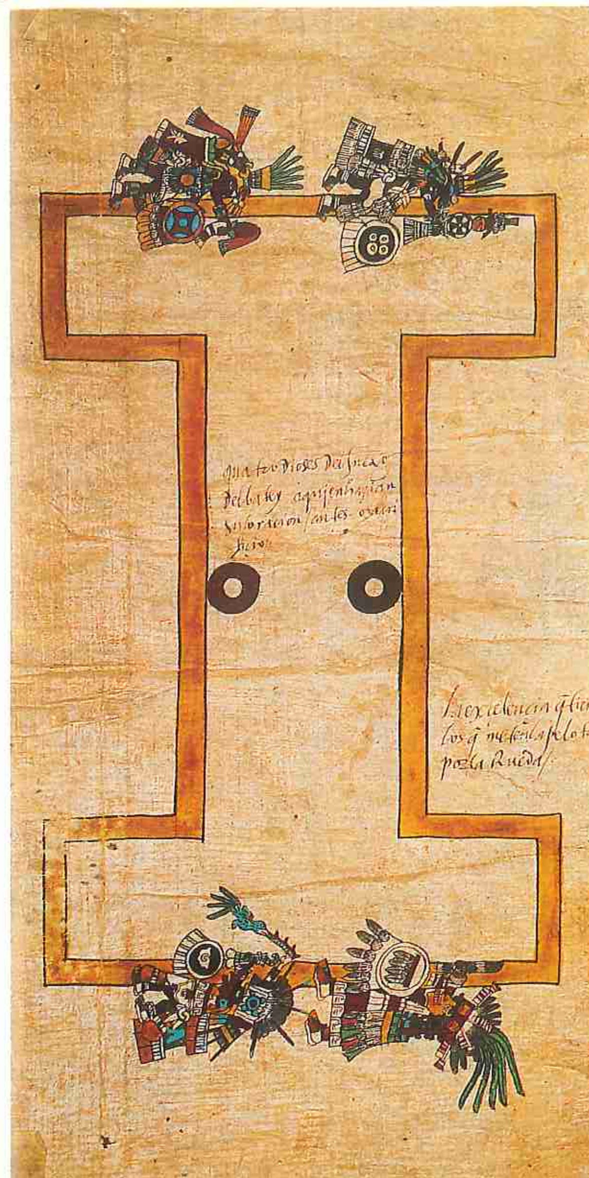
Desbordados por la amplitud del desastre, los dirigentes abandonan a las masas a su triste suerte. Es el fracaso mayúsculo para un poder cuya esencia misma reside en la protección del pueblo. La sociedad mexica se tambalea sobre sus cimientos.

Por suerte, en 1455, generosas lluvias permiten cosechar enormes cantidades de maíz. Pero el año corresponde también a la clausura de un ciclo de cincuenta y dos años, fecha crucial marcada por



ceremonias vividas con angustia: si en este preciso momento el fuego no se vuelve a encender sobre la colina de la Estrella, el mundo está condenado a desaparecer. Los nahuas creen que nuestro universo puede perecer, y que el tiempo está constituido por un encadenamiento de ciclos destinados a desembocar en la nada. El destino del mundo está definido por la fecha que le marcó, por así decirlo, en su nacimiento: *nahui ollin.* Los monstruos del crepúsculo, los Tzitzimine, que esperan en el fondo del occidente la hora fatal se lanzarán al asalto de los vivos. Pero esta vez también, los fuegos se encienden en los hogares de los templos. Se atribuye el desastre de los años 1450-1454 a la cólera de los dioses.

Pasar de un ciclo de cincuenta y dos años a otro es objeto de un ritual importante. A la puesta del sol, los sacerdotes suben hasta el templo que se levanta en la cima del Cerro de la Estrella y esperan la aparición de las Pléyades. Un nuevo fuego se enciende en el pecho abierto de un sacrificado. Después unos corredores encienden antorchas y vuelven a encender los altares.



En número de doscientas a trescientas al año, las fiestas constituyen un elemento fundamental de la vida de un indígena; responden a la voluntad de integrar por todos los medios al individuo en la sociedad y traducen distintas maneras de concebir y de valorar el tiempo a través de la repetición de ritos. La ceremonia llamada *Xocotl* (a la izquierda) tiene lugar el décimo mes del año. Los personajes que se agarran la mano son cautivos, vestidos con un taparrabos y un abrigo de papel. Bailan parte de la noche y por la mañana son sacrificados en una hoguera en honor del dios Paynal. El frontón (a la derecha), llamado *Tlachtli*, está representado en los manuscritos por un plano en doble T. Dos campos se enfrentan y el juego consiste en hacer pasar al campo adverso una pelota que los jugadores sólo deben tocar con sus rodillas o sus caderas. En los muros laterales están fijadas dos argollas de piedra por donde los jugadores tienen que conseguir pasar la pelota. Como todos los juegos de los aztecas, éste tiene una dimensión simbólica: el recinto representa el mundo y la pelota, el sol o la luna.

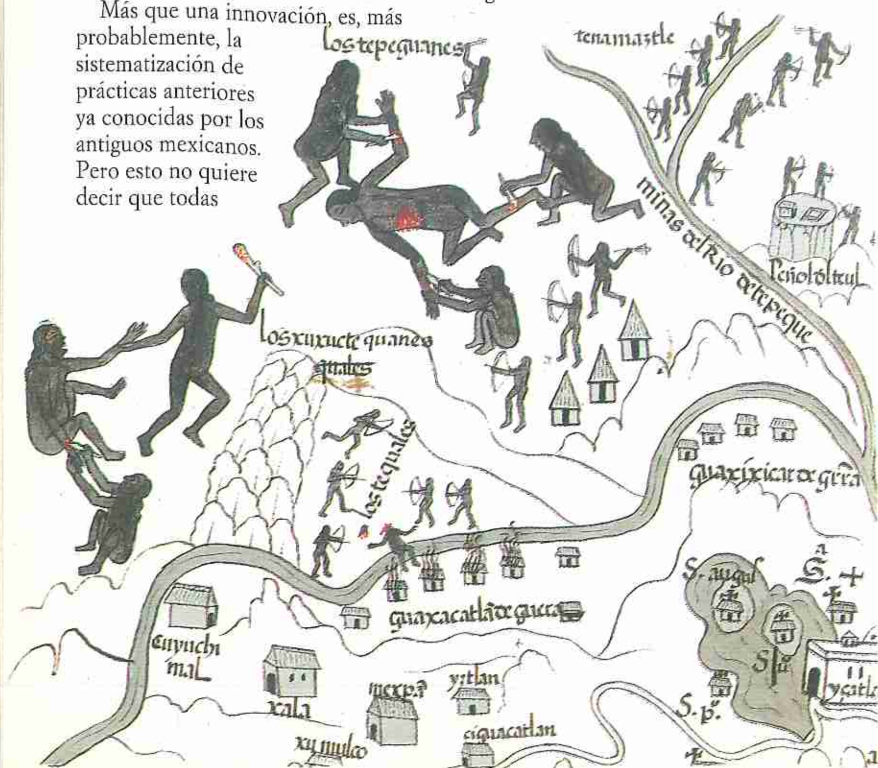


Moctezuma I decide instaurar una guerra perpetua entre la Triple Alianza y los nahuas que viven al otro lado de los volcanes

Con el fin de apaciguar la ira divina, se trata de llevar a cabo periódicamente campañas, sin verdadero vencedor ni vencido, destinadas a capturar el mayor número de prisioneros posible, con el fin de ofrecérselos a los dioses. Esta guerra programada constituye al mismo tiempo un inmenso juego, un entrenamiento regular en previsión de campañas más lejanas y un ritual cuidadosamente orquestado para que vivan los dioses y continúe el mundo. Recibe el nombre de «guerra florida».

El destino más deseable, el más cercano de la vocación azteca, era morir en el combate o en la piedra de los sacrificios. Así uno iba a reunirse con el Sol en su marcha triunfal. Jóvenes guerreros se convertían en «compañeros del águila». Esta creencia justificó durante un siglo la práctica a gran escala de la guerra florida.

Más que una innovación, es, más probablemente, la sistematización de prácticas anteriores ya conocidas por los antiguos mexicanos. Pero esto no quiere decir que todas



las guerras desencadenadas por los nahuas sean «guerras floridas»: la dimensión ritual y cósmica del conflicto confirma con frecuencia objetivos estratégicos o comerciales. Sea como fuere, a partir de este momento, las hostilidades entre la Triple Alianza y los pueblos del Valle de Puebla durarán hasta la llegada de los españoles, que sabrán sacar extraordinario provecho de esta coyuntura.

Estas hostilidades se inscriben en una vigorosa reanudación de la expansión mexicana hacia las ricas comarcas tropicales, que habían acogido a los refugiados hambrientos del Valle de México. Los países del golfo de México nadan en la abundancia de plumas, de piedras preciosas, de algodón y de tejidos de colores tornasolados. Son, claro está, mercancías que la nobleza del Valle codicia.



Moctezuma I emprende con éxito la conquista de las provincias tropicales

Moctezuma empieza dirigiendo sus golpes hacia el sureste, apoderándose, en 1458, de una ciudad famosa por su mercado, Coixtlahuaca. Llave del país mixteca —una tierra de vieja civilización, famosa por sus códices pintados y su orfebrería—, la ciudad de Coixtlahuaca abre además la ruta de la lejana Guatemala.

Las tropas de Moctezuma invaden después las regiones orientales del Golfo, obligando a huaxtecas y totonacas a pagar el tributo. En 1466, una de las últimas campañas de Moctezuma se realiza en las comarcas que se extienden más allá de los volcanes. Obedeciendo una vez más a objetivos comerciales, ataca la ciudad de Tepeaca que controla los caminos que conducen hacia el sur y el sureste. La percepción del tributo,



En la guerra, el mexica lleva ropas ajustadas. Los uniformes de «caballeros-tigres» se adaptan a la forma del cuerpo. La armadura clásica del guerrero, *ichcahuipilli* o «blusa de algodón», es un jubón relleno para detener las flechas.

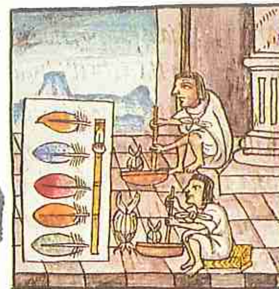
el cuidado puesto en asegurar bases estratégicas en los ejes comerciales revelan cómo son principalmente las preocupaciones económicas las que guiaron las empresas militares de la Triple Alianza.

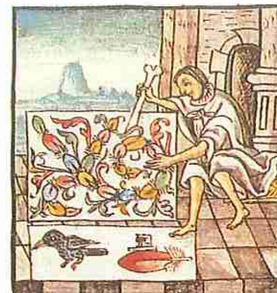
Príncipes y dignatarios siempre utilizaron las suntuosas plumas verdes del quetzal y amarillas y rojas de los papagayos.

La expansión de la Triple Alianza va acompañada de una profunda ordenación de las sociedades mexica y texcocana

En México-Tenochtitlán como en Texcoco, una etiqueta compleja acompaña de ahora en adelante la existencia del soberano y de los cortesanos. Indicio de los progresos de la centralización del poder, Moctezuma y su hermano Tlacaelel gozan de privilegios extraordinarios que les diferencian de la aristocracia. El rango está por todas partes marcado por aderezos y ropas cuyo lujo y refinamiento van en función de la persona que los lleva. Así, pulseras, plumas tornasoladas, diademas de oro y piedras verdes están reservadas a la aristocracia. Las ropas de algodón o el largo de los abrigos están fijados por costumbres estrictas cuya transgresión está severamente castigada. Sin estar ajenos a preocupaciones de elegancia, esos principios de indumentaria son, sobre todo, signos de apariencia social, destinados a diferenciar al pueblo de la nobleza hereditaria. Este sistema, sin embargo, no está cerrado: los guerreros que se distinguen por su valor reciben igualmente su parte de honores y de aderezos: collares de conchas o de huesos, plumas de águilas. El pueblo, por su parte, tiene que conformarse con pendientes de obsidiana y con pieles de conejo. En filigrana se perfila un rasgo esencial de las culturas nahuas: esos protocolos, más allá del juego de las distinciones sociales, tienen por objeto integrar por todos los medios al individuo en la sociedad, borrar las particularidades y las diferencias personales, asignando a cada cual su papel, una apariencia y, de hecho, una imagen. Es también bajo el reinado de Moctezuma I y de su aliado de Texcoco, Nezahualcóyotl, cuando unas leyes fijan de manera sistemática los castigos infligidos a los adúlteros, a los borrachos, a los ladrones; las sanciones son particularmente severas en contra de los delincuentes de origen noble, como si fuera inadmisible que los pudientes dieran mal ejemplo.











El trabajo de las plumas, atribuido a los artesanos plumajeros, se efectuaba de la forma siguiente: se hacía un armazón de caña que se revestía de un entramado de plumas bastante ordinarias, pero que formaban un fondo sólido. La manera de fijar las plumas era siempre la misma. Se reforzaba el cañón de las plumas con una fina caña de bambú, luego se ataban esas plumas en pequeños haces con hilo de agave. El conjunto se fijaba sobre el armazón con un hilo más grueso. Cuando este entramado estaba en su sitio, se hacía lo mismo con las plumas preciosas (quetzal, ara, etc.), es decir, se les reforzaba el cañón y se «sobrehilaban» antes de coserlas sobre el armazón. Se escondía el plumón blanco de las plumas de queztal (éstas de un verde dorado) bajo un fleco de plumas, de color rosa, que se ajustaba luego encima. El conjunto, por fin, se decoraba a menudo con piedras preciosas.

Otras medidas apuntan a garantizar la integridad de los jueces. Pero estas decisiones sólo conciernen a las poblaciones de las regiones de México y Texcoco.

Las expediciones militares de la Triple Alianza dan testimonio de una real «fuerza disuasoria», pero revelan también una cierta fragilidad

La implantación mexica en esas lejanas regiones no está muy asegurada: no tienen guarnición *in situ,* ni siquiera un gobernador nahua establecido de manera permanente, sino que es un funcionario el encargado de recaudar el tributo y de velar por su envío hacia México. Por lo demás, los mexicas y sus aliados respetan los poderes, las instituciones y las tradiciones locales. Por otra parte, no existe ejército regular, aparte de una élite



militar compuesta de «caballeros-tigres» y de «caballeros-águilas» demasiado restringida para hacer de tropas de ocupación. Aunque los mexicas imponen el culto de su dios tutelar Huitzilopochtli, nunca por ello se preocupan de proscribir las divinidades locales. La idea de conversión es ajena a los pueblos del antiguo México (luego será uno de los motores esenciales de la cristiandad).

El preso sacrificado ya no era un enemigo al que se mataba, sino un mensajero que se mandaba a los dioses, revestido él mismo de una dignidad casi divina. Cuando un hombre apresaba a otro, decía: «Aquí está mi hijo querido», y el cautivo decía: «Aquí está mi padre venerado».

Otros obstáculos importantes para un verdadero control: las enormes distancias y el carácter rudimentario de los medios de comunicación

Las tropas de México-Tenochtitlán y las caravanas del tributo tienen que recorrer varios centenares de kilómetros, salvar barreras montañosas y precipicios, enfrentarse con una vegetación a menudo hostil, o atravesar áridas y frías mesetas, antes de bajar laderas tropicales que conducen hacia el Atlántico o el Pacífico. Las dificultades son tanto más grandes cuanto que esas sociedades no conocen ni la mula ni el caballo, y no emplean la rueda: todo tiene que ser transportado a cuestas.

Se entiende entonces que las autoridades locales puedan a veces alimentar la tentación de sacudirse

Uno de los títulos del emperador es el de *Tlacatecuhtli,* el «señor de los hombres», es decir, el de los guerreros, y su función primera consiste en mandar los ejércitos, no sólo de México, sino de las ciudades aliadas. Entre los grandes dignatarios que le rodean, los más importantes ostentan sobre todo los cargos militares, al menos al principio.



la tutela mexicana y, en un momento de exasperación, cometen lo irreparable. Pero esas revueltas desencadenan represalias brutales, que se saldan generalmente con el aplastamiento de los rebeldes, sometidos a continuación a una presión tributaria incrementada.

El poder de los recaudadores de impuestos, los únicos representantes de la Triple Alianza, reposa de hecho en la imagen que han conseguido imponer

La imagen de la Triple Alianza es a la vez la de una potencia represiva, fundada en la violencia de las armas, y la de un poder más sutil, jugando tanto con la negociación como con un temor latente cuidadosamente mantenido. Así, periódicamente, los dirigentes todavía no sometidos a la Triple Alianza, o los familiares de los vencidos la víspera, están invitados a presenciar los sacrificios humanos celebrados en México-Tenochtitlán. Recibidos con el mayor lujo, están a sus anchas para observar de qué manera las víctimas —es decir, a menudo parientes capturados en combate— son ofrecidas a los dioses de México-Tenochtitlán. Naturalmente, no se puede pensar en rechazar la invitación, pues el rechazo sería inmediatamente asimilado a un *casus belli.*

Pero la Triple Alianza sabe también ganarse la colaboración de las poblaciones satélites del Valle de México y sus alrededores: a cambio de contingentes, los mexicas les conceden parte del botín de guerra. Ciudades más lejanas reciben tratos de favor, destinados a garantizar su lealtad. A otros, por fin, se les confía la custodia de las fronteras, exonerándolos del tributo.

Este imperio se parece, pues, a una inmensa tela de araña, cuyo centro está ocupado por la Triple Alianza, y cuyas mil redes se articulan sobre relaciones de alianzas matrimoniales, de favores intercambiados, de dependencia y de chantaje. El conjunto es bastante flexible y, en todo caso, perfectamente adaptado a un poder que no puede contar ni con medios de transporte eficaces, ni con ese instrumento de comunicación rápido que constituye la escritura alfabética. Dicho de otro modo, nada de lo que constituye un poder fuertemente centralizado y totalitario.





En Tenochtitlán, todo hombre es un guerrero. Pero para acceder a las dignidades supremas tiene que haber capturado prisioneros. Entonces puede lucir tocados de plumas, pulseras de cuero. Las graduaciones superiores se abren ante él: puede hacerse *quachictli* o *quauhchichimecatl.*

El imperio está lejos de estar sometido a la férula solitaria de Tenochtitlán. Texcoco, asociado en la Triple Alianza, es más que un brillante segundo

La ciudad aliada recibe la misma parte del tributo que Tenochtitlán, o sea, las dos quintas partes. Participa en las campañas militares, extiende sus dominios sobre las ciudades vecinas y sobre el noreste del Valle y percibe el tributo de los países del golfo de México. Por fin, desempeña una influencia cultural destacada, gracias a la acción de un soberano particularmente brillante,

En la cúspide de la carrera, el guerrero puede acceder a una de las dos órdenes militares superiores: la de los «caballeros-tigres», cuya vestimenta de guerra es una piel de tigre, soldados de Tezcatlipoca; la de los «caballeros-águilas», cuyo casco es una cabeza de águila, soldados del Sol.

Nezahualcóyotl. Con su fama de legislador —vuelve a poner en vigor algunas leyes de su antepasado tolteca Quetzalcóatl—, de constructor y de poeta, Nezahualcóyotl tiene el aspecto de un príncipe del Renacimiento de juventud movida. Se afirma que desciende de los dioses y que es inmortal, cualidades de las que no puede presumir su aliado Moctezuma. Uno de sus descendientes, el cronista Alva Ixtlixochitl, le presta incluso la intuición de un dios supremo, creador del cielo y de la tierra, y le califica con entusiasmo del «príncipe más poderoso, más valiente, más sabio (...) que hubo en este Nuevo Mundo».



Nezahualcóyotl (1402-1472), rey de Texcoco, poeta, filósofo y arquitecto de gran tamaño, fue el representante más típico, más refinado de la cultura mexicana clásica.

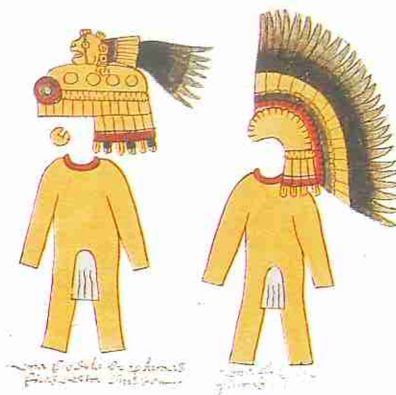
Para Texcoco y para México-Tenochtitlán, la recaudación del tributo es el nervio del imperio

Encaminado por interminables caravanas de porteadores convergentes sobre la capital mexica, el tributo suma todo lo que el México antiguo podía producir y consumir. Varias decenas de miles de toneladas de alimentos, más de cien mil ropas de algodón, más de treinta mil fardos de pluma y una cantidad impresionante de objetos preciosos y de animales curiosos constituyen el tributo recaudado en un año. Supervisado en la salida por los colectores locales, el tributo es objeto de una contabilidad, cuya huella



se encuentra en varios códices. El destino de esas mercancías es múltiple: en una sociedad que no hace distinción entre el trabajo y el rito religioso, y donde las ceremonias, los rituales, se encadenan imperturbablemente a lo largo de todo el año, una parte del tributo sirve para dar a las fiestas su fasto habitual. Otra parte está destinada al sustento de la administración, a la subsistencia de las poblaciones urbanas y a cubrir los gastos de guerra. Otra vuelve a ponerse en circulación por mediación de los poderosos mercaderes de Tlatelolco, que la intercambian por otros bienes. Al tributo se añaden los contingentes de trabajadores que las poblaciones sometidas deben entregar a México-Tenochtitlán, y que participan en las grandes obras de la capital.

En 1465, Moctezuma emprende la última campaña de su reinado, y consigue conquistar Chalco, al cabo de unos veinte años de hostilidades. Se apaga poco después, hacia 1468. Habrá sido el insaciable arquitecto del poder mexica.



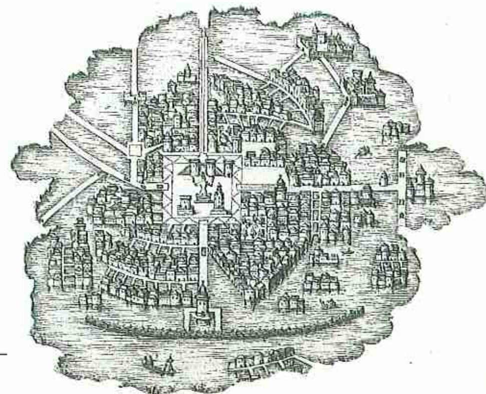
Los artículos del tributo representados aquí comportan, entre otros (en la parte inferior derecha), dos lotes de cuatrocientos fardos de ají secado y un tocado de plumas de quetzal.

Tres años después de Moctezuma, en 1472, le toca desaparecer a su gran aliado de Texcoco, el rey poeta Nezahualcóyotl. La Triple Alianza terminó por confundirse con la figura de su ilustre fundador. Recae el poder, de ahora en adelante, en sucesores mediocres justo en el momento en que Tenochtitlán padece crisis y reveses.

CAPÍTULO III

LOS MEXICAS A LA CONQUISTA DEL MUNDO

La visión de los ciento catorce peldaños manchados de sangre humana, del *teocalli* (en nahuatl, «casa de dios»), uno de los dos santuarios del Gran Templo de México, horrorizó a los españoles recién llegados a México.

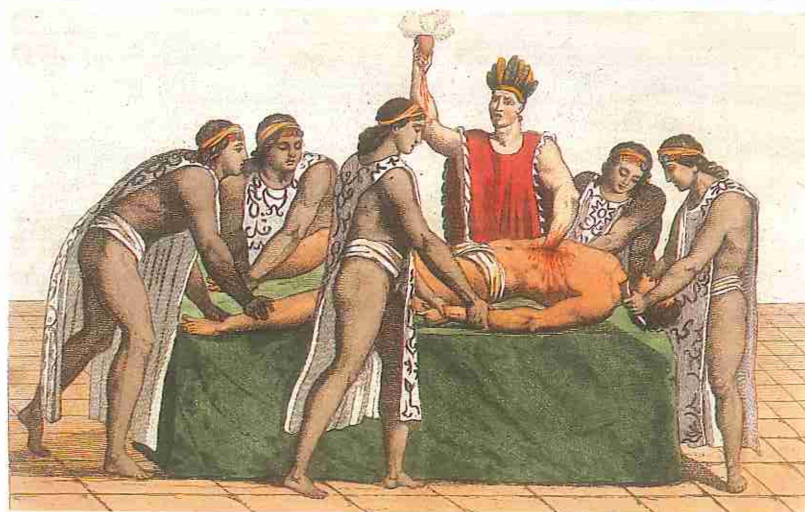


La crisis más grave estalla en 1473, cuando Tlatelolco, la capital comercial de los mexicas, se levanta frente a la ciudad gemela de México-Tenochtitlán, su vecina inmediata. Sin duda Tlatelolco, que se ha enriquecido considerablemente con los botines de las conquistas de Itzcóatl y de Moctezuma, tolera cada vez menos la tutela de México-Tenochtitlán. ¡Lamentable historia! Axayácatl, el sucesor de Moctezuma, sale vencedor del enfrentamiento, saquea la ciudad y le quita la autonomía de que disfrutaba. Tlatelolco seguirá, sin embargo, albergando, hasta la conquista española, a una población extremadamente activa de mercantes, que visitan todo México. Conservará igualmente su gran mercado del que los «conquistadores», medio siglo más tarde, enumerarán con admiración las maravillas y las riquezas: el oro, la plata, las piedras preciosas y las turquesas, los esclavos, el cacao, las pieles de ocelote y de gamo, la caza, el tabaco, las hierbas...

Axayácatl lleva a cabo repetidas campañas contra las regiones del oeste y del noroeste. Pero esas campañas se saldan con fracasos: los tarascos del Michoacán resultan ser enemigos tan duros como lo fueron los tlaxcaltecas. Su sucesor no sale mejor parado y morirá bastante pronto embrujado por un señor del Valle de México.



Axayácatl (1469-1481), séptimo *tlatoani* (emperador), consolida el imperio de México-Tenochtitlán.



Después de dos reinados mediocres, los mexicas vuelven a encontrarse con un soberano digno del imperio, un estratega genial: Ahuitzotl, el guerrero

Llevado al poder en 1486, Ahuitzotl empieza emprendiendo varias campañas en contra de las provincias sublevadas: le entregarán los cautivos, que sus sacerdotes reclaman, para dar fin a las obras del Gran Templo de México empezadas bajo Moctezuma I. La inauguración de este monumento es causa de fiestas esplendorosas, y también de un formidable holocausto. Algunas fuentes adelantan la cifra espantosa de 80.400 víctimas sacrificadas en cuatro días. Eso será probablemente exagerado; sin embargo, se puede afirmar que varios miles de hombres y mujeres fueron inmolados a los dioses de la ciudad de México-Tenochtitlán. Inmensas colas de cautivos preparados para la muerte convergieron del norte, del este, del sur y del oeste



En el México antiguo, el sacrificio humano (arriba) consiste en la ofrenda a los dioses de lo más precioso que tienen los hombres: la sangre. La costumbre que más horrorizó a los españoles, la antropofagia ritual (abajo), es como el acceso a una idea espiritual: se trata de hecho de una verdadera comunión.

A su llegada a Tenochtitlán, los españoles quedaron muy impresionados por la belleza, el orden y la limpieza de esa ciudad de unos trescientos mil habitantes, una de las mayores metrópolis del mundo en aquella época. Pero esta impresión favorable se disipó rápidamente cuando alcanzaron el gran centro ceremonial. Ese inmenso recinto, que medía 402,3 metros por 301,75 metros, encerraba varias docenas de templos. El más grande y el más elevado era el Gran Templo. A la vez que los españoles sentían el impacto visual de los peldaños ensangrentados que llevaban al santuario de Huitzilopochtli, fueron acometidos por un terrible olor: del centro ceremonial se desprendía una horrible hediondez de cadáveres.

hacia el centro ceremonial de la capital. Es el soberano Ahuitzotl en persona quien inicia el ritual rodeado de los dirigentes de Texcoco y de Tacuba subidos a la cima del Gran Templo. Cuando se cansaron de abrir pechos y de arrancar los corazones palpitantes de las víctimas, decenas de sacerdotes tomaron el relevo en esa interminable y gigantesca matanza.

El espectáculo fue grandioso: en los templos decorados con flores, cantos y danzas se sucedieron sin tregua; sacrificadores y víctimas llevaban los adornos suntuosos de los dioses cuya presencia sobre la tierra manifestaban así. Mares de sangre chorreaban sobre las paredes y los peldaños de las pirámides; se imagina uno en medio de qué inaguantables olores, desprendidos de los cuerpos y de las entrañas, podían ejecutarse esos sacrificios. El cronista Alva Ixtlilxochitl escribe un siglo después de la conquista española: «Esta carnicería queda sin igual en la historia».

«Únicamente estaba prohibido matar a los jefes (...). Al señor preso se le subía allí, se le ataba al tobillo una cuerda larga y fina, se le daba una espada y una rondela y el que le había apresado venía a combatir con él.»

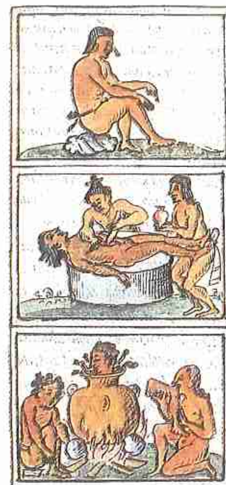
El conquistador anónimo, *Relaciones de algunas de las cosas de Nueva-España*

Los mexicas no inventaron el sacrificio, practicado ya en Teotihuacán unos mil años antes

¿Cómo entender esta extraordinaria puesta en escena y esas muertes organizadas en sus más pequeños detalles? Los mexicas aumentaron considerablemente el número de víctimas y estuvieron como obsesionados por la urgencia de llevar a cabo sacrificios en masa. Las motivaciones son múltiples. La primera y principal es de orden divino y cósmico: los dioses de los nahuas son mortales. Hay, pues, que alimentarlos continuamente, regenerar el cosmos y ayudar la carrera cotidiana del Sol, para evitar, o más exactamente retrasar, la desaparición de un mundo condenado al aniquilamiento. También hay que obtener la vuelta regular de las lluvias y la fertilidad de los suelos. El sacrificio humano es también un instrumento de gobierno, que sustenta una política de terror, a la vez que permite eliminar físicamente a los vencidos más peligrosos, dirigentes y guerreros. Las sociedades mexicanas son, de alguna forma, «sociedades del espectáculo», el poder se expresa y se exhibe, no tanto a través del aparato de una burocracia compleja y ramificada, sino en el gigantesco despliegue de la grandeza inexorable de los vencedores.

La grandiosa escenificación de los sacrificios tiene que ser el reflejo del cosmos en la Tierra, la manifestación de la presencia de los dioses y la exaltación del «prodigioso» Huitzilopochtli

Estas innumerables muertes constituyen la fuente de la energía vital, del «agua preciosa», es decir, la sangre, indispensable para la marcha del cosmos. Este esfuerzo tiene que ser repetido por medio de colosales producciones minuciosamente regladas. Para la ocasión, los sacerdotes, al igual que las víctimas, aparecían como divinidades. Más aún, eran los dioses, pues éstos entraban literalmente en la piel de los actores de



«Allí le dividían y enviaban a Moctezuma un muslo para que comiese, y lo demás lo repartían por los otros principales o parientes; íbanlo a comer a la casa del que cautivó al muerto. Cocían aquella carne con maíz y daban a cada uno un pedazo de aquella carne en una escudilla o cajete, con su caldo y su maíz cocido, y llamaban a aquella comida *tlacatlolli*.»

F. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva-España*



la ceremonia; el hombre y la divinidad se unían en un solo ser, para permitir a la potencia divina manifestarse ante los ojos fascinados de las multitudes. El sacrificado ya no es un enemigo al que se mata.

Hoy en día, quizás, en un mundo invadido por imágenes que se confunden con nuestra propia realidad, estamos en mejores condiciones de entender a esas sociedades que reúnen todas las fuerzas y todos los recursos para darse en espectáculo a sí mismas, con el fin de existir, de asumir su identidad profunda y de retrasar el cataclismo final.

El aniquilamiento de centenares de vidas humanas va a la par con el derroche de riquezas y bienes destinados a impresionar a los pueblos tributarios y vecinos. Este consumo desenfrenado, que constituye uno de los motores esenciales de las ceremonias, es también el apropiado en los banquetes ofrecidos por los ricos mercaderes. Un año de tributo se gastará así, o mejor dicho, se invertirá en las grandiosas fiestas de la coronación del emperador Ahuitzotl en el año 1487.



Cuchillo de sacrificio (abajo), hecho de una clase de piedra de cuarzo en forma de punta de lanza.

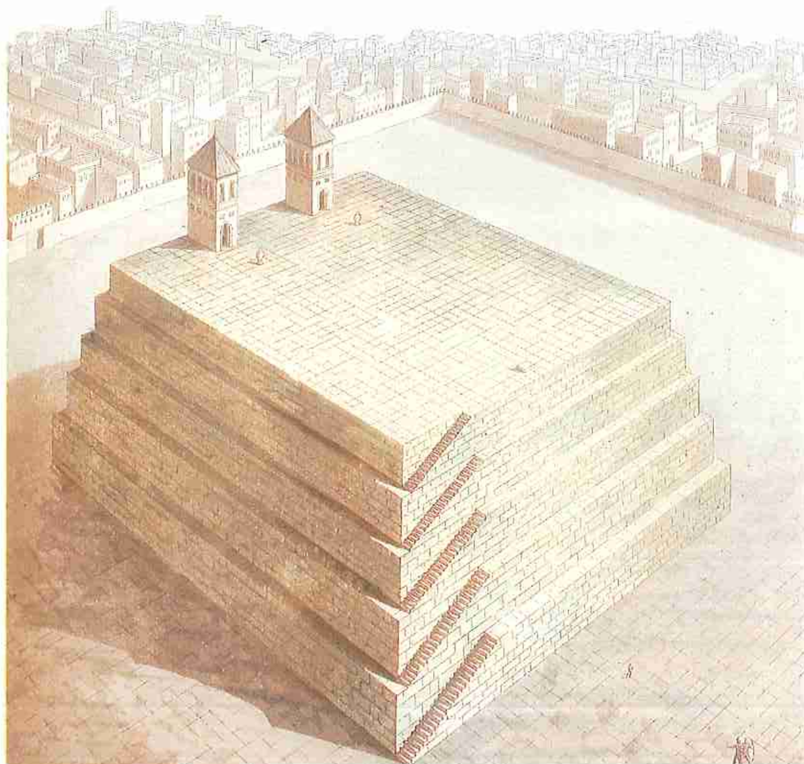
Los sacerdotes (a la derecha) volcaban la víctima sobre la piedra del sacrificio; uno de ellos le abría el pecho de un golpe de cuchillo de sílex y arrancaba el corazón, que se quemaba en una urna de piedra. La víctima vestía la ropa y los ornamentos del dios, y se le llamaba *ixiptla,* «la imagen del dios».

Guerra, tributo y sacrificio humano son los pilares de un sistema que asocia el gobierno de los hombres a la regeneración del cosmos

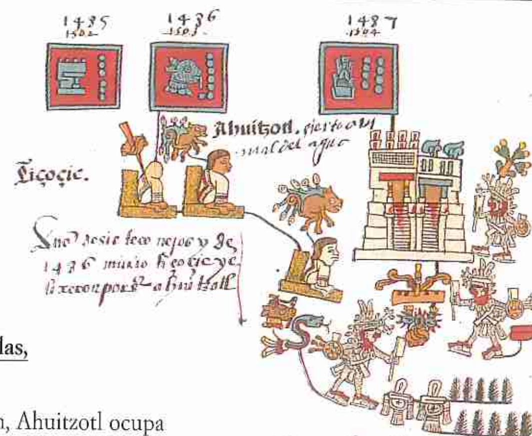
La doble necesidad de reforzar la dominación de la Triple Alianza y de renovar sin cesar la alimentación de los dioses incita a Ahuitzotl a desarrollar una política de expansión sin tregua. Las campañas se reemprenden como nunca, primero hacia el sur, en dirección a las tierras cálidas que descienden hacia el Pacífico. Excepcionalmente se instalan allí colonias de indios de México-Tenochtitlán y de Texcoco, que tienen la misión de desarrollar las plantaciones de un artículo de lujo reservado a la nobleza, el cacao, y de vigilar las fronteras del peligroso vecino tarasco.

«Su forma es cuadrada y se parece a un tablero de ajedrez debido a sus calles rectas, largas y bien pavimentadas, que responden a los cuatro vientos principales: por eso, se la ve toda entera, no sólo desde el centro, sino desde cualquier lugar.»

Gemelli Careri, *«Viajes alrededor del mundo»*



El señor de Texcoco, el sabio Nezahualpilli, ayuda a la empresa con sus consejos, pero ya desde esta época, se ve claramente que México-Tenochtitlán se reserva el derecho de hacer y deshacer en los asuntos militares.



Cuando Cristóbal Colón descubre las Grandes Antillas, Ahuitzotl alcanza Acapulco

Siguiendo con su expansión, Ahuitzotl ocupa las orillas del Pacífico entre 1491 y 1495. La conquista de la provincia de Oaxaca, empezada por Moctezuma I, hace afluir a México los ricos tributos de oro, de cochinillas y de algodón pintado. Todavía más al sur, la ciudad zapoteca de Tehuantepec se convierte en el blanco de los mexicas.

Deseosos de hacerse con esta plaza mercante, llevaron a cabo allí su más lejana expedición, que planteó problemas sin precedentes de logística, de intendencia y de coordinación de tropas.

En 1500, Tehuantepec pide la ayuda de Ahuitzotl en contra del Soconusco, una región situada en la frontera de la actual Guatemala, a más de mil kilómetros de México. La campaña se anuncia muy difícil: una vez más, no sólo hay que sacar recursos para garantizar la subsistencia de las tropas a lo largo de tan gran distancia, sino que los soberanos de Tacuba y Texcoco encuentran pretextos para no unirse a Ahuitzotl. Éste, pues, toma el mando de las tropas y conquista el Soconusco. Pero la progresión mexica se para allí; en efecto, las tropas de la Triple Alianza luchan en varios frentes a la vez (contra los señoríos del Valle de Puebla, Huejotzingo y Tlaxcala). Las listas de conquistas de cada reino reproducen a menudo los mismos jeroglíficos y problemas de las ciudades, lo que hace pensar que algunas de estas conquistas se quedan precarias...

Mientras Ahuitzotl se empeña en ampliar las fronteras del imperio, el Valle de México prospera

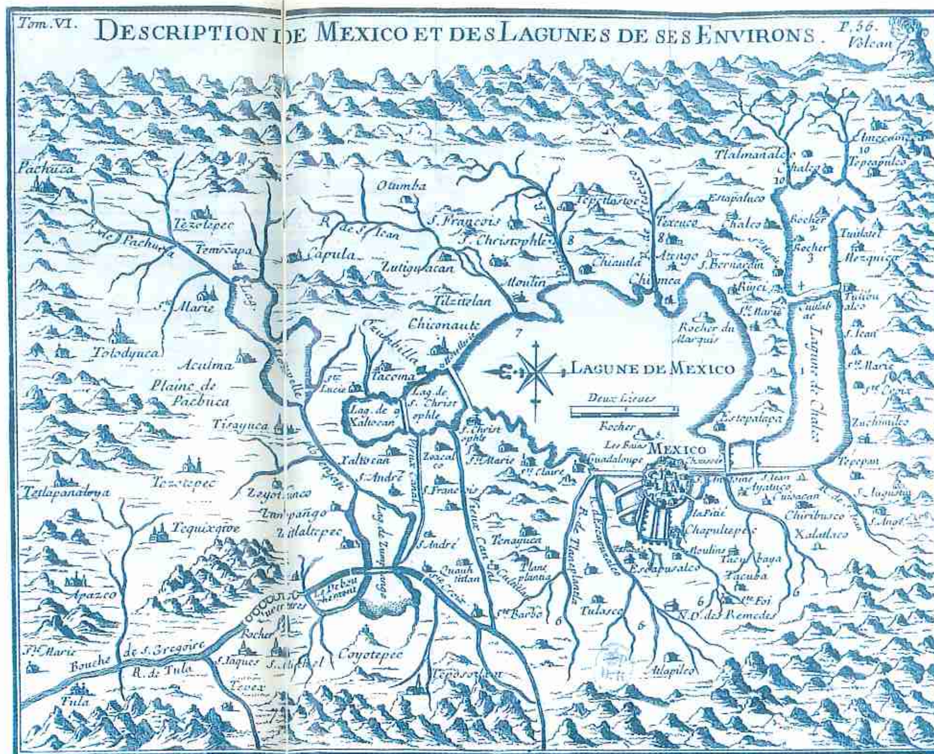
Para hacer frente al aumento de la población, resulta necesario desarrollar la producción agrícola y, para ello, emprender grandes obras de irrigación. Fuentes de agua dulce se desvían hacia el lago gracias a importantes obras. Pero esta ambiciosa operación se salda con un fracaso: en el año 1500, una inundación destruye las casas y los jardines de la capital, que abandonan los nobles. Ahuitzotl se ve obligado a recurrir a la ciencia de su aliado de Texcoco. Nezahualpilli, hijo de Nezahualcóyotl, le sugiere destruir el acueducto y apaciguar así a los dioses celebrando otros ritos. El estratega tiene que ceder ante el poder del sabio. Las aguas se van y se decide la reconstrucción de la ciudad.

Equipos de obreros mandados por las ciudades del Valle son repartidos entre las familias nobles que hacen levantar palacios elegantes, brillantemente pintados, con jardines y patios espléndidos. Se plantan, a la orilla de los canales, sauces y álamos, se refuerzan los diques. La capital toma una nueva cara, reflejo de la riqueza y de la grandiosidad del imperio. Es esta nueva ciudad la que descubrirán, maravilladas, las tropas de Cortés unos veinte años más tarde.

Pero esta inundación va a desvelar las tensiones que suscita la potencia mexica en el seno de la Triple Alianza. Ahuitzotl hace asesinar a un señor que se había aventurado a desaconsejar la operación de derivación del agua, y esta muerte, perpetrada a sangre fría, llenó de consternación el Valle de México. Por su lado, el amo de Texcoco, Nezahualpilli, aprovechó la catástrofe para «leerle la cartilla» a Ahuitzotl y demostrarle sus poderes sobrenaturales.

Nezahualpilli asegura con el mismo talento que su padre la influencia de Texcoco

Gracias a la sabiduría, la diplomacia y la habilidad política de Nezahualpilli, Texcoco conserva un papel envidiable. Al igual que su padre, posee un inmenso saber y dotes singulares: habría





En la época de la conquista española, la ciudad de México englobaba a Tenochtitlán y a Tlatelolco. Ese «gran México» era una creación reciente. La ciudad se extendía de norte a sur, desde el límite septentrional de Tlatelolco, frente al pueblo costero de Topeyacac, hasta los pantanos que iban confundiéndose gradualmente con el lago. Una serie de lugares marcaban el límite meridional del espacio urbano: Toltenco («a la orilla de los juncos»), Acatlán («lugar de las cañas»), Xihuitonco («prado»), Atizapan («agua blanquecina»), Tepetitlan («cerca de la colina»), Amanalco («estanque»). Al oeste se terminaba, más o menos, en el lugar de la calle de Bucareli, en Atlampa («a la orilla del agua»), y en Chichimecapan («el río de los chichimecas»). Al este, se prolongaba hasta Atlixco («en la superficie del agua»), donde empezaba el agua libre del lago de Texcoco. Presentaba en conjunto la forma de un cuadrado de tres kilómetros de lado, cubriendo una superficie de unas mil hectáreas.

profetizado la llegada de los «hijos del Sol» (los españoles), y según algunos, habría escapado para siempre de la muerte retirándose a una gruta misteriosa. La pequeña historia le presta, sin embargo, una vida privada bastante agitada: hizo ejecutar a su esposa principal y reservó la misma suerte a dos de sus hijos, cuya conducta le había desagradado. Mantenía a dos mil concubinas, que le dieron ciento cuarenta y cuatro hijos, queriendo en particular a una de ellas, una dama de Tula cuya erudición y cultura le encantaban. La poligamia entre los nahuas es, en verdad, privilegio de los nobles, pero toma entre los príncipes proporciones justificadas por la naturaleza casi divina del soberano.

«Ofrecían muchas cosas en las casas que llaman *capulli;* era como iglesias de los barrios, donde se juntaban todos los de aquel barrio, así a ofrecer como a otras ceremonias muchas que allí se hacían.»

F. Bernardino de Sahagún, *op. cit.*



Las dimensiones del imperio ofrecen algunos escollos

La expansión tiene que encontrarse con límites: la Triple Alianza se sustenta por la fidelidad y la benevolencia de los dirigentes locales, dejados siempre *in situ.* Está, pues, lejos de controlar las regiones conquistadas, por falta de medios y de hombres. Importantes territorios siguen sin control, como los señoríos nahuas de Tlaxcala y de Huejotzingo. Al noroeste y al suroeste, los tarascos frenan su progresión cuando no la tienen en jaque.

Finalmente, el grado de integración de las poblaciones extranjeras, que sigue siendo bajo, supone un riesgo de rebelión constante. Las riquezas acumuladas gracias a la conquista alimentan probablemente

un ciclo infernal: favoreciendo el desarrollo y la población del Valle, suscita exigencias y necesidades en aumento. Sin embargo, no está en duda que la solidez del poder imperial depende en buena parte de la manera en que la nobleza y los aliados de la Triple Alianza participen en la redistribución del tributo. Para saciar esos apetitos y esa política, hay que poner en marcha siempre nuevas expediciones, cada vez más lejos, cada vez más peligrosas, cada vez más costosas...

En 1502, Moctezuma II sucede a Ahuitzotl. Con él, el poder se vuelve decididamente absolutista

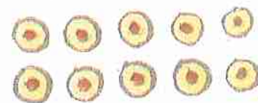
Moctezuma II es el más conocido de los soberanos mexicas, cumplidor escrupuloso de augurios y de ritos, el hombre es de una extremada religiosidad, sólo igualada por su amor al poder.

Moctezuma II empieza por tomar medidas radicales para modificar la contratación de su administración. Los responsables instalados por su tío Ahuitzotl son eliminados y sustituidos por gente joven escogida con cuidado, todos descendientes de las mejores familias. El monopolio de la nobleza se afianza, pues, mientras que alrededor del soberano se hace más estricta la etiqueta. Con Moctezuma II, el poder mexica cambia y se transforma en un sistema absolutista; los privilegios de casta son preponderantes. Por otra parte, no es imposible que, con esas medidas, los medios militares y sacerdotales hayan reaccionado frente a la influencia siempre creciente de los grandes comerciantes, cuyo auge ha seguido a la expansión territorial de la Triple Alianza.

En el exterior, Moctezuma II va a dedicar la mayor parte de sus fuerzas a la sumisión y al control de las bolsas insumisas. En las redes de ciudades y pueblos tributarios de la Triple Alianza, las expediciones de conquista o las incursiones punitivas de sus antecesores habían dejado a menudo subsistir intersticios, a veces hasta comarcas enteras que se libraban del tributo. Faltaba someterlas y absorberlas. Moctezuma II emprende entonces campañas hacia el sur y el Pacífico para someter a los yopis en la provincia de Oaxaca, para reducir el principado de Tututepec









Los días del calendario adivinatorio se designan por signos en un número de veinte: monstruo acuático, viento, casa, lagarto, serpiente, muerte, corzo, conejo, agua, perro, mono, hierba, caña, tigre, águila, buitre, terremoto, sílex, lluvia, flor. Estos signos se suceden siempre en el mismo orden. Cada uno de ellos está acompañado de una cifra de uno a trece.

—un señorío mixteca de antiguo pasado— y en el norte para terminar con Metztitlan. Pero esas expediciones tienen fortunas diversas: en efecto, el principado de Tututepec resiste parcialmente los asaltos de los mexicas; en cambio, se reduce a los yopis y Metztitlan pierde importantes posiciones. Así, nuevas ciudades situadas en la región del Golfo tienen que ofrecer su tributo a la Triple Alianza. Moctezuma II se empeña también en acentuar su dominio sobre la provincia de Oaxaca, tomando por asalto varias ciudades, exterminando poblaciones. Eso, a la vez, para hacer desaparecer bastiones juzgados demasiado autónomos y para eliminar las ciudades que perturban el encaminamiento del tributo hacia México-Tenochtitlán.

Los mexicas van a abandonar el ideal de la «guerra florida»

Para aplastar a sus enemigos situados más allá de los volcanes, Moctezuma corta con los intercambios ritualizados y equilibrados de la «guerra florida». Desde hace mucho tiempo, las ciudades de Tlaxcala y de Huejotzingo vivieron sitiadas, cerradas a los recursos que ofrecen el comercio y el acceso a las comarcas tropicales del golfo de México. La sal, por ejemplo, se echa mucho en falta en Tlaxcala, y los indígenas tienen que inventar y consumir sustitutos de este precioso producto.

El cacao, el oro, las plumas son igualmente escasos. Desde Moctezuma I, las campañas en contra de los señoríos de Huejotzingo y de Tlaxcala han tomado un sesgo sistemático, pero nunca verdaderamente encarnizado. En 1504, Moctezuma II desencadena a su vez las hostilidades, aprovechándose de un conflicto, y entra en guerra contra Huejotzingo entre 1508 y 1513,



Moctezuma II (1502-1520), llamado Xoyocotzin (el joven), desde el principio de su reinado fue ampliando los límites de su reino, haciendo campaña en el Chinantla y en la región mixteca.

y luego contra Tlaxcala en 1515. Pero sufre derrotas vergonzosas y en vísperas de la llegada de los españoles, el balance de sus campañas en la región se revela más bien mediocre. La máquina de guerra mexica, sin embargo, tan temible en las expediciones lejanas, fracasa frente a la resistencia tlaxcalteca. Unos años más tarde, Cortés no se privará de explotar la fuerza de este aliado inesperado.

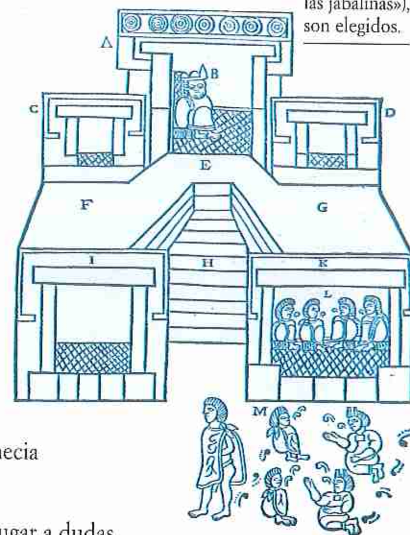
Así, antes de la llegada de los conquistadores, la influencia de la Triple Alianza se extiende sobre cerca de doscientos mil kilómetros cuadrados y varios millones de personas. La población se ha incrementado fuertemente, una docena de ciudades cuentan con más de diez mil habitantes y México-Tenochtitlán supera las ciento cincuenta mil almas; hasta podría llegar a las trescientas mil personas.

Centro del mundo dominado por los mexicas, hogar del orden cósmico, la gran Tenochtitlán resucita a la antigua Tula

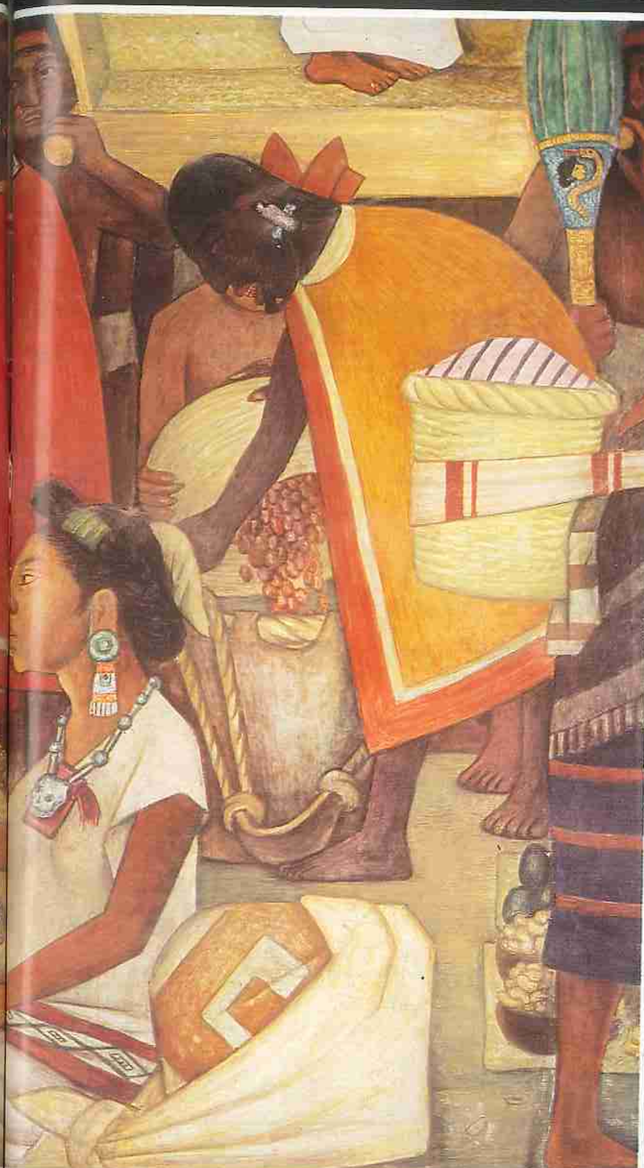
Nada extraño es, pues, que cuando se les apareció esta ciudad desconocida y maravillosa, los conquistadores la compararan a Venecia o a las ciudades encantadas de las novelas de caballería.

Sin embargo, si los mexicas ocupan sin lugar a dudas en México una posición de supremacía, su hegemonía está contestada y es reciente. Contestada por los señoríos del Valle de Puebla, y reciente en la medida en que hay que esperar a los años 1504-1516 para que se afiance espectacularmente; es en 1504, en efecto, cuando Moctezuma II ocupa en Chalco tierras que dependían hasta entonces de Texcoco, y en 1516 cuando obliga a los texcocanos a elegir a su sobrino Cacamatzin. A pesar de esta tendencia centralizadora, las dinastías locales permanecen en todos los sitios, sin que una administración imperial se emplee en sustituirlas. Miríadas de señoríos, a menudo

La organización del gobierno: en la cima de la pirámide, el poder pertenece al *tlatoani* (el emperador), «el que habla». El *ciuacoatl* organiza las expediciones militares. Los cuatro grandes dignatarios, entre ellos el *tlacateccatl* («que manda a los guerreros») y el *tlacochcalcatl* («el encargado de la casa de las jabalinas»), son elegidos.



Arriba, el trono (B). En (C) y (D), el palacio que alberga a los señores de Tenayunca, de Chinauhtla y de Culhuacan. En (E), (F), (G), el palacio donde vive Moctezuma. A la izquierda (I), la cámara del consejo de guerra. A la derecha (K), la cámara del consejo de Moctezuma y sus consejeros.



Maíz blanco, frijoles negros

«En otra parte estaban por su orden los que vendían las cosas de comer, como son maíz blanco y maíz azul obscuro, o negro, y colorado y amarillo, y frijoles amarillos y blancos, y negros, y colorados, y jaspeados, y unos frijoles negros, grandes como habas, y semillas de bledos pardos o cenicientos, y colorados y amarillos, y *chían* blanca y negra, y otra que llaman *chiantzotzotl;* en este mismo lugar se ordenaban los que vendían sal, y gallinas, y gallos, y codornices, y conejos, y liebres, y carne de venado, y aves de diversas maneras, como son ánades, y labancos, y otras aves del agua; también los que vendían miel de magüey, y de abejas. (...)»

F. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*

Fresco de Diego Rivera, 1945
La Gran Tenochtitlán (detalle), la venta de maíz



Oro, plata y plumas

«El señor también cuidaba del *triánquez*, y de todas las cosas que en él se vendían, por amor de la gente popular y de toda la gente forastera que allí venía, para que nadie les hiciese fraude o sinrazón en el *tiánquez*. Y elegían por esta causa oficiales, que se llamaban *tianquizpan tlayacaque*, los cuales tenían cargo del *tiánquez* y de todas las cosas que allí se vendían, de cada género de mantenimientos, o mercaderías; tenía uno de estos cargos para poner los precios de las cosas que se vendían y para que no hubiese fraudes entre los que vendían y compraban. Estaban en una parte del *tiánquez* los que vendían oro y plata y piedras preciosas, y plumas ricas de todo género.»

F. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*

Fresco de Diego Rivera, 1942, *El mercado de Tenochtitlán, fabricación de las joyas y del mosaico*

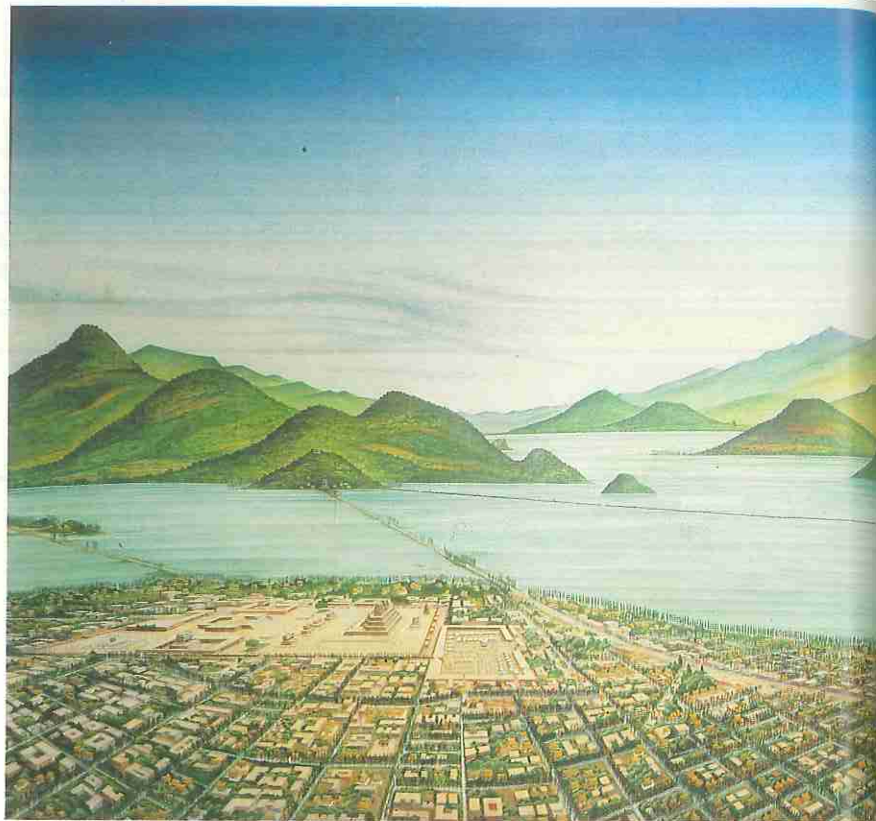


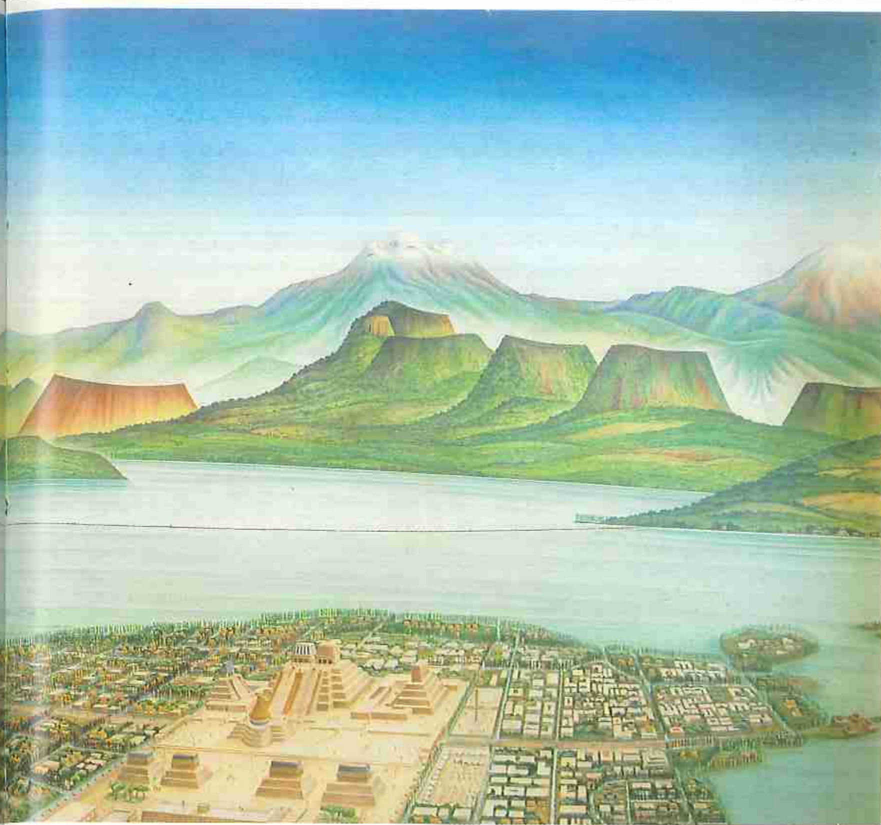
Ofrenda a un alto dignatario

«Ofrecían comida y mantas, y aves y mazorcas de maíz, y chían y frijoles y flores; esto ofrecían las mujeres o doncellas por casar; pero en los oratorios de sus casas no ofrecían sino comida, delante de las imágenes de los dioses que allí tenían. Esto hacían cada día, luego de mañanita, y la señora de la casa tenía cuidado cada mañana de despertar a todos los de su casa, para que fuesen a ofrecer delante de los dioses de su oratorio. Ofrecían incienso en los *cúes* los sátrapas, de noche y de día, a ciertas horas; incensaban con unos incensarios hechos de barro cocido.»

F. Bernardino de Sahagún, *Historia verídica de la Nueva España*

Fresco de Diego Rivera, 1950, *Ofrenda de fruta, tabaco, cacao, vainilla al emperador*





minúsculos, que siguen funcionando, constituyen los cimientos sobre los que se asienta la dominación de la Triple Alianza. Las dinastías locales —en el Valle de México, sobre todo— están estrechamente unidas entre sí y con México-Tenochtitlán por matrimonios, y hasta reciben a veces su parte del tributo, algo así como un incentivo a la buena marcha del imperio.

En esas condiciones, la perennidad de la Triple Alianza depende de la lealtad de esas decenas de príncipes que, más o menos voluntariamente, pasan períodos regulares de tiempo en Tenochtitlán, y de allí se marchan cargados de suntuosos regalos.

«La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir dejé, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada.»

Hernán Cortés, *Cartas de la conquista de México*

Esta geopolítica permite entender mejor el derrumbamiento de la Alianza y el cambio brusco de las ciudades a la llegada de los españoles. A veces algunas rebeliones estallan, como la de Cuetlaxtlán, cuyos habitantes, descontentos de tener que pagar el impuesto, encerraron a los recaudadores aztecas en una casa a la que prendieron fuego. Pocas veces destituidos, acostumbrados a una amplia autonomía, los dirigentes indígenas van a aceptar la tutela de Carlos V sin medir la amplitud de los trastornos que ello les va a implicar.



En el primer decenio del siglo XVI, el emperador Moctezuma cree haber llegado a ser el «dueño del mundo». Sin embargo, su soberanía sigue siendo precaria y el tirano tendrá que inclinarse ante la infinita potencia del destino... Un destino que tendrá los rasgos de un hombre blanco y barbudo: Hernán Cortés.

CAPÍTULO IV
EL CHOQUE DE DOS MUNDOS



«Era el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado, e centeño, e pocas carnes, y la color ni muy moreno, sino propia color e matiz de indio, y tenía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas prietas e bien puestas e ralas y el rostro algo largo e alegre, e los ojos de buena manera, e mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo, amor e cuando era menester, gravedad (...)»

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*

Los indios de México tienen una concepción cíclica del tiempo. El tiempo de los dioses domina el tiempo humano, de forma que, a intervalos regulares, fuerzas divinas vienen a marcar con su huella la existencia de los hombres. Así, conjunciones de fuerzas, llamadas a reproducirse, y acontecimientos del pasado son susceptibles de repetirse cada vez que están reunidas las mismas influencias divinas. Se puede también prever el porvenir, y es la tarea y el privilegio de los sacerdotes especializados, que consultan los códices-calendarios. Una interpretación minuciosa de los prodigios, de las visiones y de los sueños puede aportar valiosas informaciones.

«Diez años antes de venir los españoles primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo.»

Bernardino de Sahagún, *Códex de Florencia*

La preocupación crece: los signos se multiplican y parecen anunciar un oscuro destino para el poder mexica

El afloramiento en lo cotidiano de fuerzas extrahumanas de naturaleza maléfica, surgidas fuera del marco ritualizado de la relación con los dioses, preocupa especialmente a esas sociedades. Al respecto, el decenio que precede a la llegada de los conquistadores aporta muchas razones para temblar. En efecto, diez años antes de la llegada de Cortés, un cometa resplandeciente aparece. Revelándose los adivinos incapaces de interpretar ese fenómeno, Moctezuma les condena a morir de hambre. El rey de Texcoco, Nezahualpilli, que posee el don de videncia, profetiza calamidades que deben destruir los reinos. Cuando se muere en 1515, deja a un Moctezuma II perplejo y atormentado. Otros prodigios vienen a sembrar la duda en el espíritu del soberano mexica; el santuario de la gran diosa Toci se incendia. Las aguas del lago forman gigantescas olas, cuando no sopla ningún viento. Voces de mujeres anuncian, en la noche, la muerte y la destrucción. Una piedra enorme, que se intenta en vano transportar a México, empieza a hablar y a proclamar la caída de Moctezuma. Desorientado, el soberano pretende, de pronto, buscar refugio en el Cincalco, el paraíso de la vida eterna. Se lo impide a última hora su entorno.



El dios Cipactonal (a la izquierda) y su esposa Oxomoco, en una cueva, están elaborando el calendario adivinatorio azteca, el *tonalamatl*. Esta imagen está sacada del *Codex Borbonicus*, uno de los códices nahuas más perfectos, tanto por su contenido (calendario y ritual de las fiestas celebradas entre los aztecas) como por la calidad de sus pinturas y por su conservación.

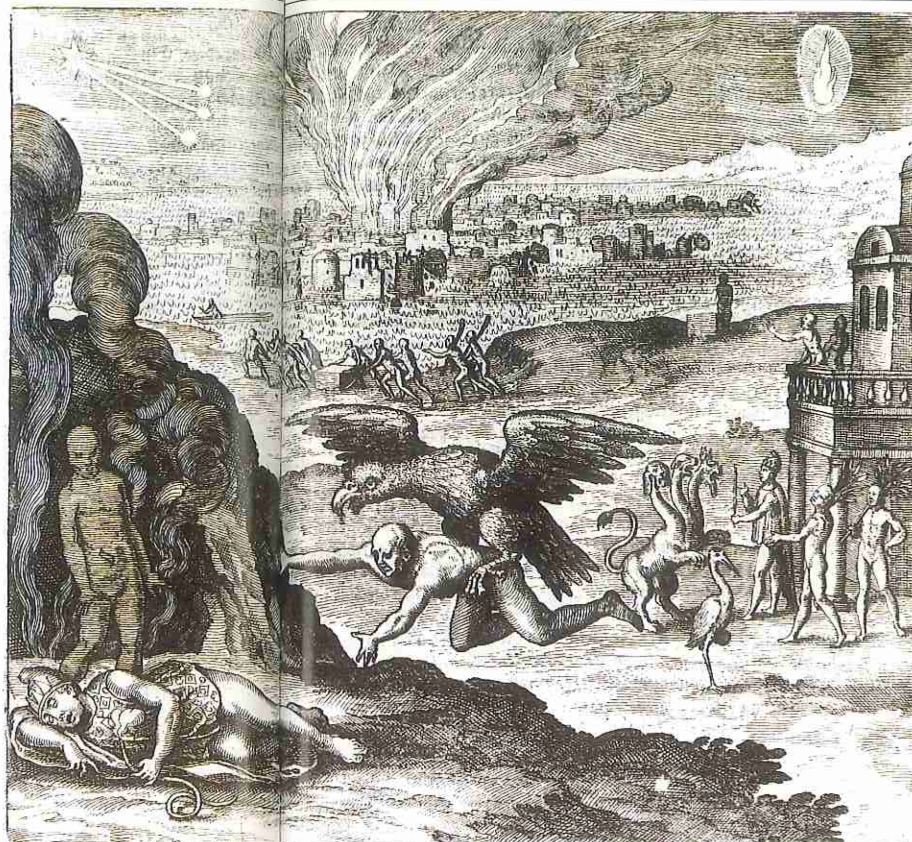
Después de todo no es más que un simple mortal sumido en un estado de extrema agitación. Moctezuma exige conocer los sueños y visiones de todos sus súbditos, con el fin de extraer la explicación de los signos y de las profecías que le agobian y le atormentan. Estos prodigios manifiestan quizá sólo la protesta de una autoridad todavía mal asentada, así como la exasperación de unas poblaciones sometidas a un amo tiránico.

La presencia de los españoles en las regiones de América central acentúa la inquietud provocada por funestos presagios

Fácil es imaginar que los españoles, desembarcados desde 1492 en las Grandes Antillas, instalados en Santo Domingo y en Cuba, más tarde establecidos en las costas de Venezuela y de Panamá, hayan pasado completamente desapercibidos. Desde hace veinte años, flotas europeas cruzan entre las islas y una parte del continente y, con ocasión de naufragios, canoas indias y barcos españoles han tenido ocasión de verse.

En 1517, una primera expedición española alcanza las costas de Yucatán y la región de Campeche. Al año siguiente, en el mes de mayo, una segunda expedición sale de Cuba, alcanza la isla de Cozumel y sube las costas del golfo de México, hasta la altura de Veracruz, antes de pararse en la desembocadura del río Panuco. Se trueca, se pelea, se vigila.

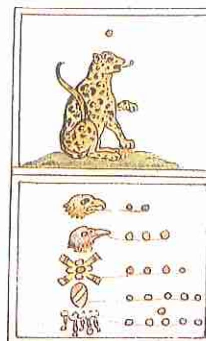
Los recién llegados son muy extraños, y los indios se interrogan sobre la razón de esta repentina irrupción... Vienen a contar a Moctezuma que una montaña se desplaza sobre las aguas del golfo: se divisa un buque español. La gran pregunta está en saber si se está asistiendo al regreso profetizado del dios Quetzalcóatl y de sus compañeros. Tula se había desmoronado con la partida de la Serpiente emplumada, Quetzalcóatl, pero el dios-sacerdote debía regresar en su momento del lejano Oriente, de acuerdo con el regreso de los ciclos, y a pesar del nuevo orden de las cosas. Por última vez, se perfila la sombra conquistadora de los toltecas. Ironía del destino, esta imagen resurge en el mismo momento en que Occidente se dispone a sumergir las civilizaciones



Sexto presagio funesto: muchas veces se oía; una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos.
—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!
Y a veces decía:
—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?

(Texto de los informantes indígenas de Sahagún)

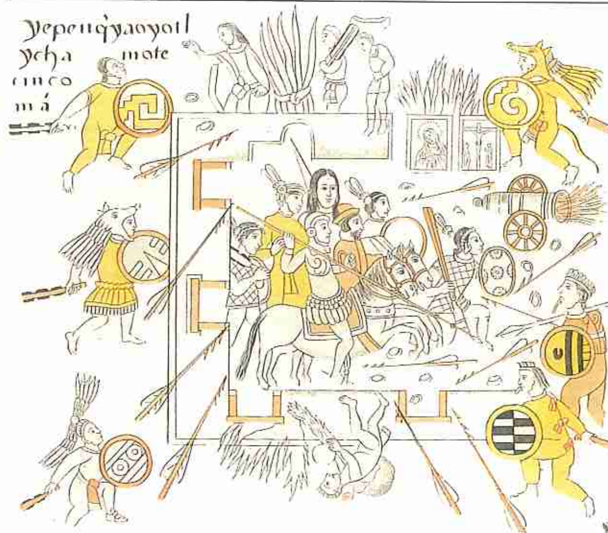
Signos del calendario adivinatorio. Sacerdotes especializados, los *tonalpouhque,* interpretaban los signos y los números en circunstancias como el nacimiento, la boda, la salida de los mercaderes hacia el lejano país, la elección de los jefes y en todas las situaciones excepcionales.



que le han obsesionado. Así se cierra la trampa de la historia: ¿cómo conservar un poder heredado del mismo Quetzalcóatl, si el dios en persona vuelve para reclamarlo?...

En 1519, una expedición sale de Cuba para explorar las costas de México. A su cabeza, un hidalgo español de treinta y tres años, Hernán Cortés

Desde hace varios años, Moctezuma ha colocado vigías a lo largo de las costas para acechar el regreso de los que son probablemente dioses guiados por Quetzalcóatl.



Este tocado de plumas verdes se menciona en la larga lista de tesoros que Cortés recibió de Moctezuma y que envió a Carlos V en julio de 1519, quien se lo regaló a su sobrino.

Sabe que la Serpiente emplumada será fatal para los adoradores de Huitzilopochtli. Hay que alejar a toda costa a los hombres blancos, cuya llegada por mares orientales sólo puede anunciar el regreso del dios, la Serpiente emplumada. ¿El mejor medio no sería presentarles ofrendas que convendrían al dios de quien necesariamente son emisarios? Cuando, en abril de 1519, le hacen saber que unos buques han anclado no lejos de lo que se convertiría en el puerto de Veracruz, Moctezuma manda aprovisionar a los extranjeros y envía a averiguar las intenciones de los «dioses». Da la orden de ofrecerles joyas y plumas y, por supuesto, sacrificios humanos. Asqueados por esta ofrenda, los españoles se instalan a cierta distancia de la costa. Moctezuma





se vuelve atrás y prepara una primera ofensiva contra los dioses, mandando a sus mejores brujos para hechizar a los intrusos.

Mientras que los españoles van a proseguir su ofensiva, Moctezuma no duda sobre la conducta que debe adoptar

El emperador no sabe muy bien si tiene que acoger a Cortés como a un dios o como a su peor enemigo. ¿Debe ofrecerle una hospitalidad suntuosa, mostrándose como el más conciliador del mundo, o procurar por todos los medios alejar a los españoles de sus proyectos? Quizá está persuadido de entrada de que su fin es ineludible, lo que explicaría sus continuos cambios, sus sucesivos virajes de la resignación a la revuelta, y le habría incitado a abdicar progresivamente de sus poderes, incluso antes de su confrontación con el español. De momento, insensibles a las magias indígenas, pues su carne es «dura», es decir, impenetrable a los maleficios, los españoles dejan el entumecimiento de la región costera para dirigirse a México-Tenochtitlán. Los españoles están decididos a proseguir su camino. Habiendo llegado

«Doña Marina fue gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él.»

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*





al altiplano, penetran en una región dominada por Tlaxcala, y en un primer momento se topan con poblaciones resueltas a aplastar a los que creen ser los nuevos aliados de Moctezuma. Pero pronto, impresionados por la potencia de fuego y el encarnizamiento de los españoles, los tlaxcaltecas deciden apoyar a los extranjeros contra la Triple Alianza. Cortés capta pronto el provecho que puede sacar de esta situación y concluye una alianza con los que han sabido hacer frente a los mexicas.

Los conquistadores son acogidos con gran pompa en Tlaxcala, donde descansan y se inician en el tablero político del Altiplano

Prosiguiendo su marcha, se detienen en Cholula, entonces aliada a la Triple Alianza. Asustados, los indígenas asisten a la matanza de la nobleza local, sospechosa de preparar una emboscada. Los españoles llegan después a la provincia de Chalco, donde reciben espléndidos regalos y la promesa de los chalcas de ayudarles en contra de los que les habían vencido en tiempos del primer Moctezuma. En Coyoacán, a las puertas de México, la «nación tepaneca» festeja a Cortés y aprovecha también para ofrecerle su juramento de fidelidad. Chalcas, tepanecas, tlaxcaltecas, muchas impacientes revanchas, muchas brechas abiertas en el dispositivo de la Triple Alianza.



El 8 de noviembre de 1519, Cortés se encuentra con el emperador Moctezuma a la entrada de México-Tenochtitlán: «y como nos juntamos, yo me apeé y le fui a abrazar solo; e aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase [...] E al tiempo que yo llegué a fablar al dicho Muteczuma, quitéme un collar que llevaba de margaritas y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello; e después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles colorados, que ellos tienen mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un geme; e como se los trujeron, se volvió a mí y me los echó al cuello, y tornó a seguir por la calle en la forma ya dicha, fasta llegar a una muy grande y hermosa casa, que él tenía para nos aposentar, bien aderezada [...]».

Hernán Cortés, *Cartas de la conquista de México*

La mirada penetrante del Conquistador no deja que se le escape ninguno de los signos que delatan la debilidad real de los mexicas: la inferioridad de sus armas, la actitud vacilante de Moctezuma y el descontento de los pueblos sometidos. Es probablemente en este momento cuando vislumbra la posibilidad de formar una confederación india a sus órdenes contra «el imperio azteca». Entonces ya no vacila. Al fundar en Veracruz la primera ciudad española del país, hace que la municipalidad elegida, a reservas de la aprobación de la Corona, le entregue de hecho los poderes administrativos, judiciales y militares para conquistar y colonizar. Más tarde hunde sus buques, tomando la delantera sobre las tentaciones inspiradas en algunos de huir o de cambiar terrenos de aventura, incrustándose definitivamente en país enemigo.

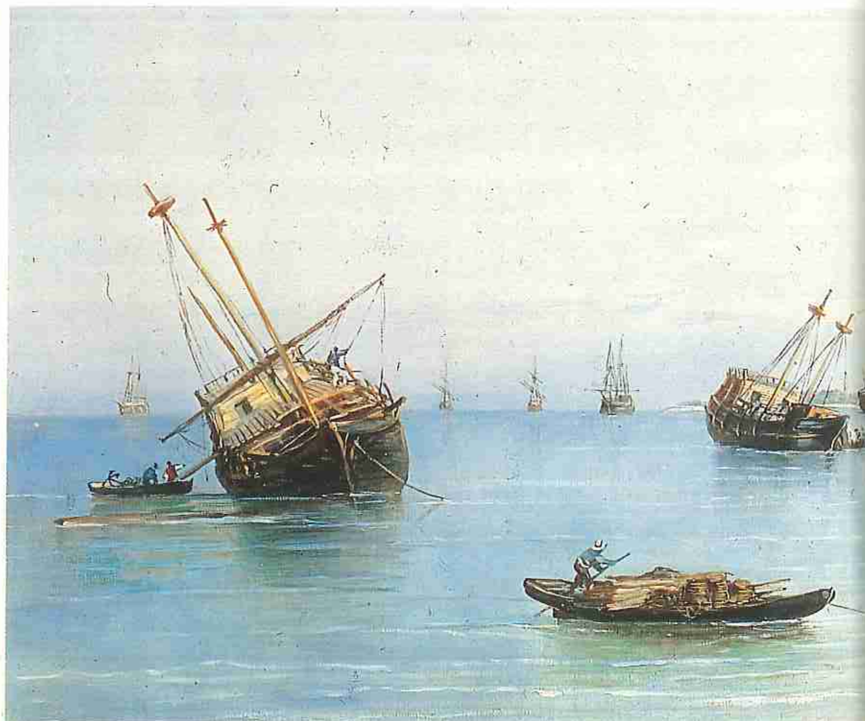
«... de plática en plática, le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese el través con todos y no quedasen embarazados, porque entretanto questábamos en la tierra adentro no se alzasen otras personas, como los pasados, [...]».

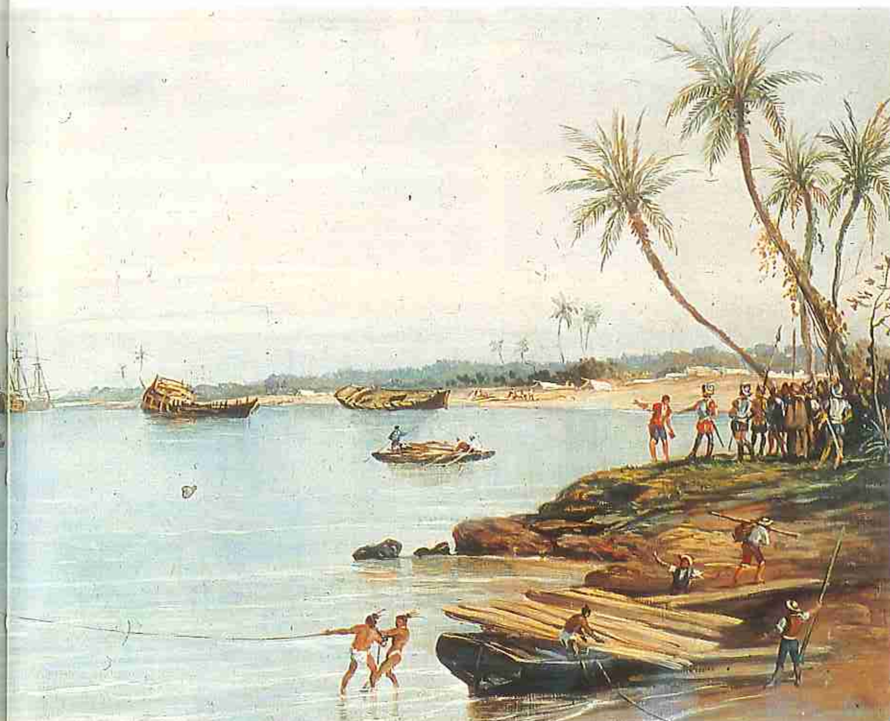
Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*

Cortés tiene prisa por encontrar al dueño del mundo mexica y por descubrir la extensión de sus riquezas y la realidad de sus poderes

Al mismo tiempo, Moctezuma, siempre preso de una ambivalencia paralizadora, reúne a los soberanos de Texcoco y de Tacuba para preparar la más suntuosa de las recepciones. Todos los grandes dignatarios, todos los príncipes están invitados a asistir a la llegada de los españoles, a los que siguen porteadores indígenas doblegados bajo el peso de los regalos acumulados durante el camino. Espectáculo inolvidable este encuentro de dos sociedades, de dos culturas a las que todo separa...

Moctezuma, la «imagen de Huitzilopochtli», conducido en su preciada litera por señores, rodeado de su corte









y de una multitud de esclavos cargados de regalos destinados a los dioses, parte al encuentro de Cortés. Las dos comitivas se encuentran. El soberano pone en el cuello del Conquistador un collar de oro y piedras preciosas, le entrega una espléndida flor de plumas. Después se dirigen a un templo cercano, donde reciben el homenaje de los soberanos de Texcoco y de Tacuba. Los grandes dignatarios y los señores llegan a su vez a adorar a Cortés, como lo hacían con el dios Huitzilopochtli. Moctezuma evoca el poder de su «padre», el dios Quetzalcóatl, y que está dispuesto a entregar; Cortés le replica que ha venido en nombre de un poderoso señor que reina sobre gran parte del mundo y de un Dios verdadero y único. Por este encuentro es posible comprender que los mexicas y los españoles no hacían la misma guerra.

«Pasado este puente, nos salió a recibir aquel señor Muteczuma con hasta doscientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea o manera de ropa, asimismo bien rica a su uso, y más que la de los otros; [...]»

Hernán Cortés,
Cartas de la conquista de México

Moctezuma rinde a Cortés los honores del antiguo palacio de Axayacatl, y declina su genealogía (a la izquierda).





Cálculo o abandono al destino, Moctezuma se somete a sus nuevos amos. Pero éstos van a traicionarlo en seguida

La comitiva sale hacia México-Tenochtitlán, donde es recibida por los sacerdotes al son de las trompas y de las caracolas marinas. Se aloja a Cortés y a su gente en el palacio de Axayacatl, mientras que el soberano y otros señores, inmediatamente retenidos por los conquistadores, son puestos bajo vigilancia. Lo peor está aún por venir: la relación de fuerzas se inclina a favor de los mexicas, pero algunos conquistadores quieren dar un gran golpe. Así, después de recibir refuerzos, piden asistir a las danzas rituales celebradas con motivo de la fiesta de Huitzilopochtli. Es para ellos la oportunidad soñada de reunir

«Y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo diciendo a mí: "Veisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno que soy mortal y palpable." [...] e con esto se despidió; y ido fuimos muy bién proveídos de muchas gallinas y pan y frutas y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento.»

Hernán Cortés,
Cartas de la conquista de México

y después de aniquilar a los más eminentes representantes de la nobleza mexicana. La matanza habría ocasionado cerca de diez mil víctimas. Poco después, los propios soberanos son eliminados: Moctezuma es hecho prisionero. Más tarde será herido de muerte por uno de los suyos, a menos que fuera ejecutado por los españoles; subsiste la duda sobre este punto. Cacamatzin, amo de Texcoco, y el gobernador de Tlatelolco son estrangulados por los conquistadores.

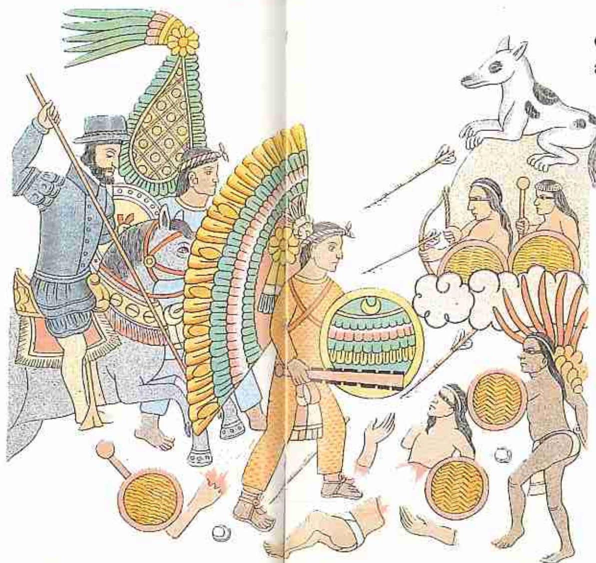
Moctezuma, hostil a todo levantamiento, ve a su pueblo determinado a enfrentarse a los españoles

Los supervivientes de la aristocracia mexica no bajan los brazos y están más decididos que nunca a acabar con los invasores. Después del corto reinado de Cuitlahuac, el joven Cuauhtémoc toma la dirección de las operaciones. Los mexicas rodean los palacios donde se encuentran los españoles con la firme intención de exterminarlos. Una vez más, los españoles lograron salvar lo esencial.

El 30 de junio de 1520, aprovechando una noche sin luna y una lluvia torrencial, al precio de cuantiosas pérdidas, los conquistadores se dan a la fuga. Vuelven a tierra firme. Los mexicas les hostigan y creen haberse librado para siempre de esos intrusos. Cortés lloró, se dice, al alba, cuando entendió el alcance del desastre de lo que se llamará la *Noche Triste*. Pero no era hombre dispuesto a renunciar a Tenochtitlán. En Otumba, donde mata con su mano al jefe del ejército mexica, se abre el camino de Tlaxcala. Allí prepara una formidable ofensiva contra la capital mexica, explotando distensiones que dividen al mundo indígena. Cuando Cuauhtémoc fracasa en agrupar el conjunto de los señoríos en contra de los españoles; los texcocanos, los chalcas, los tepanecas —todos los que Tenochtitlán sometió o humilló antaño— se ponen de parte de los conquistadores.

En Texcoco, en la orilla oriental del lago, uno de los hijos de Nezahualpilli, Ixtlilxochitl, se desvive en favor de Cortés. La ruina de la Triple Alianza es tanto el fruto de tensiones que oponen a los señoríos como de un trágico error de cálculo: los adversarios de México-Tenochtitlán, los tlaxcaltecas los primeros,





creen que los españoles van a ayudarles a eliminar a los mexicas... No se imaginan que serán las próximas víctimas de una potencia cuyos medios y ambición subestiman.

El sitio de la capital México-Tenochtitlán quedará grabado en la memoria mexica como un recuerdo espantoso

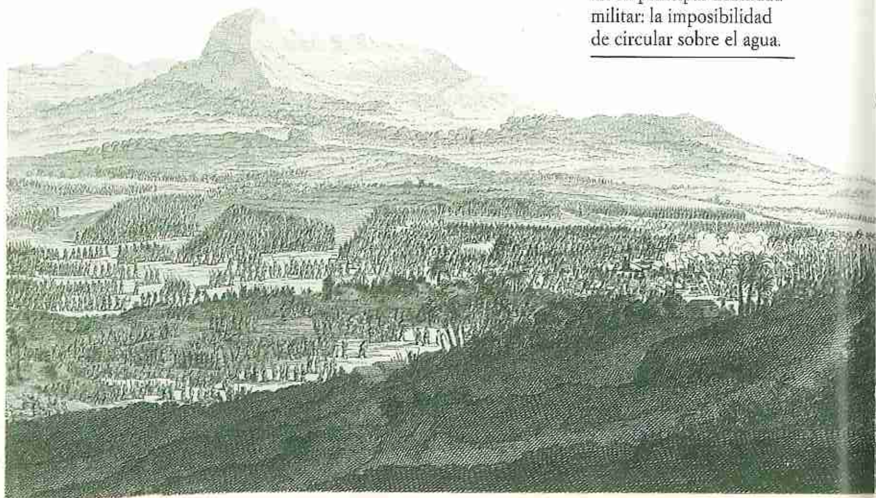
Cortés asedia la ciudad durante tres meses enteros. Puede contar con el apoyo de varios miles de indígenas y ha hecho construir una flotilla de bergantines para asegurarse el dominio de la laguna. Sin embargo, se necesitarán

Después de la muerte de Moctezuma, prisionero de los españoles, su hermano y su sobrino, Cuitlahuac y Cuauhtémoc, se convierten en los jefes de los mexicas. Sitiado, Cortés consiente en dejar la ciudad. En una noche lluviosa, la Noche Triste, los españoles consiguen alcanzar uno de los caminos que unen Tenochtitlán con la orilla. Pero los mexicas, alertados, les hacen soportar terribles pérdidas: más de la mitad de los españoles y casi la totalidad de los auxiliares indígenas son aniquilados o hechos prisioneros.



repetidos ataques, el hambre y una epidemia traída por la expedición para vencer la feroz resistencia de los aztecas. La ciudad acaba por caer el 13 de agosto de 1521. Según el cronista Alva Ixtlilxochitl, «casi toda la nobleza mexica desapareció y sólo sobrevivieron algunos señores y algunos hidalgos, casi todos niños o muy jóvenes».

Cortés prepara su revancha de la Noche Triste, reconstruyendo su artillería y su caballería, y principalmente haciendo construir una flotilla de trece bergantines, paliando así su principal debilidad militar: la imposibilidad de circular sobre el agua.



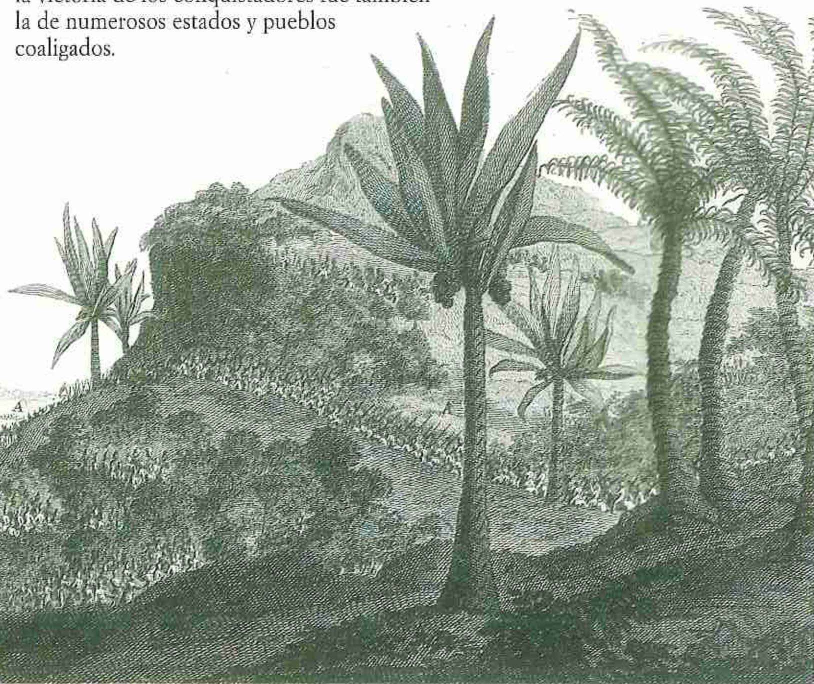
Hecho prisionero, Cuauhtémoc, el «último emperador», salva su vida por algún tiempo, pero acaba siendo colgado, bajo el pretexto de un compló.

El imperio azteca se ha derrumbado. Cortés emprende la reconstrucción de la capital y prosigue la conquista. Un año más tarde, en 1522, se convierte en gobernador y capitán general de la Nueva España.

El aparato de dominación central articulado alrededor de la Triple Alianza es bruscamente reducido a la nada

El conquistador sustituye la Triple Alianza por la autoridad lejana de un emperador desconocido, que reina más allá del Océano, en España y en parte de Europa: Carlos V. Ya no es tiempo de coaliciones movedizas, que cuestionaban periódicamente la supremacía de unos y otros. El armamento, la táctica y la energía fueron, sin ninguna duda, muy importantes, pero no hay que olvidar que la victoria de los conquistadores fue también la de numerosos estados y pueblos coaligados.

En julio de 1520, después de su huida loca de Tenochtitlán, después de la Noche Triste, un ejército azteca se esfuerza, en Otumba, en cortar la retirada de Cortés y de los españoles. Después de una ruda batalla, y a pesar de las pérdidas dramáticas sufridas por los españoles, éstos salen finalmente vencedores y pueden volver a Tlaxcala para reponer fuerzas. Allí curan sus heridas y preparan el asalto decisivo contra Tenochtitlán.

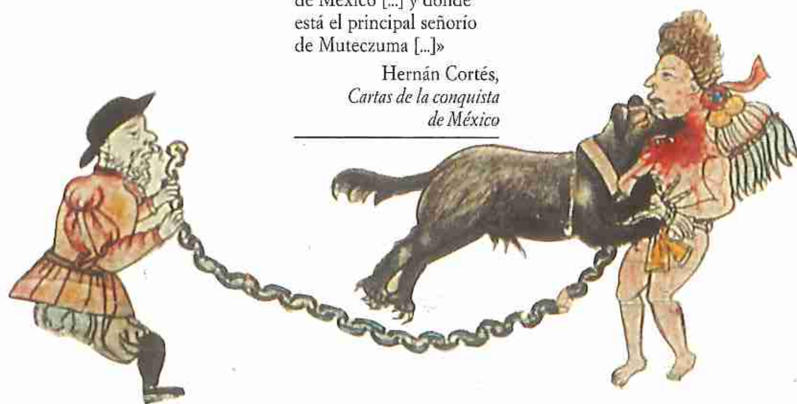


Los amos de ayer no se resignan a la derrota. Una parte de la aristocracia mexica y texcocana alimenta la esperanza de que los invasores de hoy terminarán por marcharse. El «partido anti-español» sigue creyendo en la restauración del antiguo orden. Cortés se va a encargar de truncar esas últimas ilusiones.

CAPÍTULO V
DE LA RESISTENCIA A LA COLABORACIÓN

«Antes que comience
a relatar las cosas desta
gran ciudad y las otras [...]
débese decir de la manera
de México [...] y donde
está el principal señorío
de Muteczuma [...]»

Hernán Cortés,
Cartas de la conquista de México



Cortés no sólo impone la sumisión a la Corona española, sino que exige también la conversión de los indios a la fe cristiana. En todas partes ordena el cese de los sacrificios humanos e instala en los santuarios indígenas imágenes de las nuevas divinidades: la Virgen, Cristo, los santos... Los indios están aterrados por la violencia y el encarnizamiento con que los conquistadores rompen las estatuas de sus dioses, designados con el término infamante de ídolos. Son tanto el oro y el amor al poder como la propagación de la fe cristiana los que inspiran la conducta de Cortés. No sólo porque esta fe justifica su empresa, sino también porque, en el espíritu del tiempo, puede darle un sentido.

A partir de 1525, con la llegada de un contingente modesto pero decidido de franciscanos, los clérigos prehispánicos se ven obligados a abandonar los santuarios y a refugiarse en la clandestinidad. Los españoles hacen incursiones en los templos, asesinan a sacerdotes paganos, incendian las pirámides, hacen pedazos las estatuas y queman códices cubiertos de pictografías. La violencia iconoclasta sustituye a la violencia de los sacrificios.

La idolatría, entendida como algo que se opone frontalmente a la fe cristiana, se convierte en el monstruo a derribar, y los indios recalcitrantes son idólatras inspirados por el diablo

Los religiosos europeos consiguen, sin embargo, captar a una parte de las minorías privilegiadas. Pero el éxito es tan espectacular como superficial, como atestiguan centenares de miles de bautismos que contabilizan imperturbablemente los cronistas de la época. Es verdad que en este tiempo de caos, en los años 1530-1540, los religiosos introducen una apariencia de orden: alrededor de sus iglesias y de sus conventos, bajo su autoridad —con frecuencia discrecional—, la vida se reorganiza, nuevos rituales sustituyen a fiestas prohibidas, nuevas potencias sustituyen a las que los conquistadores habían derribado. Los religiosos se convierten rápidamente en una fuerza con la que hay que contar, una fuerza capaz de contrarrestar los excesos de los soldadotes

«Los bultos y cuerpos de los ídolos [...] son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos [...] también después de hechas les ofrecían más corazones.»

Hernán Cortés, *Cartas de la conquista de México*



En un pueblo indígena, ante la reiterada negativa del cacique de abjurar de sus creencias, Cortés se apoderó de él, penetró en el templo ante el gran espanto de los sacerdotes paganos y del pueblo, e hizo derribar los ídolos. Al día siguiente, el padre Olmedo celebraba allí la santa misa.



españoles y de sus colaboradores indígenas. El golpe es tanto más duro para los «idólatras» cuanto que ven su influencia obstaculizada y su legitimidad cuestionada.

La cristianización hace tambalear las sociedades indígenas desde sus cimientos

El «partido antiespañol» no sólo rechaza el nuevo régimen, sino también el nuevo orden religioso, o más bien esta revolución que trae el cristianismo. Pues impone, junto con su credo, una ruptura con el pasado, condenando gran parte de los principios con los que había vivido la nobleza.

Así, los antepasados, los prestigiosos toltecas se convierten, en los diferentes sermones de los evangelizadores, en monstruosos idólatras condenados a quemarse para siempre en las llamas del infierno. El cristianismo cierra las escuelas donde desde siempre la nobleza se había impregnado de los antiguos saberes; prohíbe el sacrificio humano, el consumo de la carne de las víctimas (es decir, el canibalismo ritual) y suprime la poligamia. Por fin, proscribe la absorción de plantas alucinógenas. Prácticas y privilegios que habían distinguido desde siempre a los poderosos del pueblo y alimentado su legitimidad.

Al imponer una costumbre matrimonial uniforme, la iglesia arruina en todas las partes las prácticas de alianzas tradicionales

La conversión, particularmente, pone en peligro la cohesión de las familias. No sólo por el paso obligado a la monogamia, que echa a la calle a miles de esposas secundarias y a sus hijos, bastardos desde este momento, sin porvenir y sin nombre, sino también porque los



El arzobispo de México (arriba), don Pedro Moya de Contreras, fue el primer inquisidor de la Nueva España.

Gemelli Careri, viajero italiano, atestiguará en el siglo XVII la conversión de los nobles mexicas: «iba yo los sábados a Santo Domingo a ver la capilla de don Pedro de Moctezuma, descendiente del emperador del mismo nombre; y encontré allí la siguiente inscripción en español: capilla de don Pedro de Moctezuma, príncipe heredero de Moctezuma, señor de la mayor parte de la Nueva España.»

evangelizadores no vacilan en apoderarse de los hijos de la nobleza para cristianizarlos y utilizarlos en contra de los padres recalcitrantes. En efecto, conscientes de la resistencia que les oponen los adultos, los religiosos optan por formar a los jóvenes nobles en escuelas donde les enseñan el catecismo, la lectura y la escritura. Así convertidos, los niños se transforman en sus agentes y sus espías. Otro tema de escándalo para la aristocracia: la religión cristiana postula la igualdad de todos ante Dios, y confía a los poderosos la responsabilidad espiritual y la salvación de los humildes. Tal cosa es realmente inaceptable para la nobleza, convencida de que una barrera infranqueable, de naturaleza física y espiritual, le separa del común de los mortales.



El bautizo de los señores de Tlaxcala demuestra la colaboración tlaxcalteca con la invasión española.

En 1539, la Inquisición asestó un duro golpe condenando a don Carlos Ometochtzin, el cacique de Texcoco, a la hoguera. Muchos indios presos de pánico decidieron entonces destruir sus pinturas y entregar las piezas comprometedoras.

Convencidos de que la cristianización significa un trastorno intolerable de su sistema de valores, los idólatras intentan resistir al invasor español

Pero las tentativas de compló y de boicoteo de las órdenes españolas fracasan, por falta de organización. Y esta oposición, rápidamente obligada a la clandestinidad, tiene que entregar las armas. Por otra parte, ¿cómo acostumbrarse a vivir en la clandestinidad cuando el poder y el despliegue ostentoso siempre se han confundido? Los oponentes desaparecen poco a poco, víctimas de ejecuciones someras, de accidentes o de enfermedades. Uno de sus portavoces en Texcoco es incluso enviado a la hoguera en 1539, por haber dicho demasiado alto lo que muchos pensaban.

Resignados, impotentes, oportunistas o sinceros, otros nobles siguen la vía de la colaboración. Confían en conservar así lo esencial de sus poderes, pues saben que poseen una baza valiosa: el conocimiento de los hombres y del terreno. Los conquistadores no



pueden, de hecho, prescindir del relevo de los nobles indígenas si quieren extender su control sobre este inmenso territorio, y también hacer inventario de sus recursos y explotarlos de la mejor forma, mirando por sus intereses.

Uno de los mayores obstáculos con que topan los españoles es la barrera lingüística

Aparte del nahuatl, se hablan más de un centenar de lenguas en la Nueva España. Por las mismas razones, los religiosos se emplean en cristianizar a la clase dirigente, cuyo ejemplo debe, según ellos, arrastrar al resto de la población. Efectivamente, son los miembros de la nobleza los que resultan ser los mejores aliados de los evangelizadores y de su estrategia misionera.

En los primeros años, la colaboración con los vencedores resulta provechosa. Los señores de Tlaxcala, al recibir el bautismo, inauguran esta política, que les permite salvaguardar una relativa autonomía hasta el final del siglo. En Texcoco, igualmente, miembros de la familia reinante juegan la baza española, contribuyendo de manera decisiva al aplastamiento de los mexicas, y al inicio de la evangelización franciscana. Las ambiciones de antaño se ven, sin embargo, reducidas a poca cosa; después de haber hecho de intermediarios imprescindibles entre los invasores y el resto de la población, las grandes familias deben paulatinamente resignarse a la posición de ricos notables localmente influyentes. En cuanto a Texcoco, se ve eclipsada por la capital de la Nueva España escogida por Cortés, México.

En el asentamiento de la dominación española, las mujeres van a tener a menudo un papel crucial

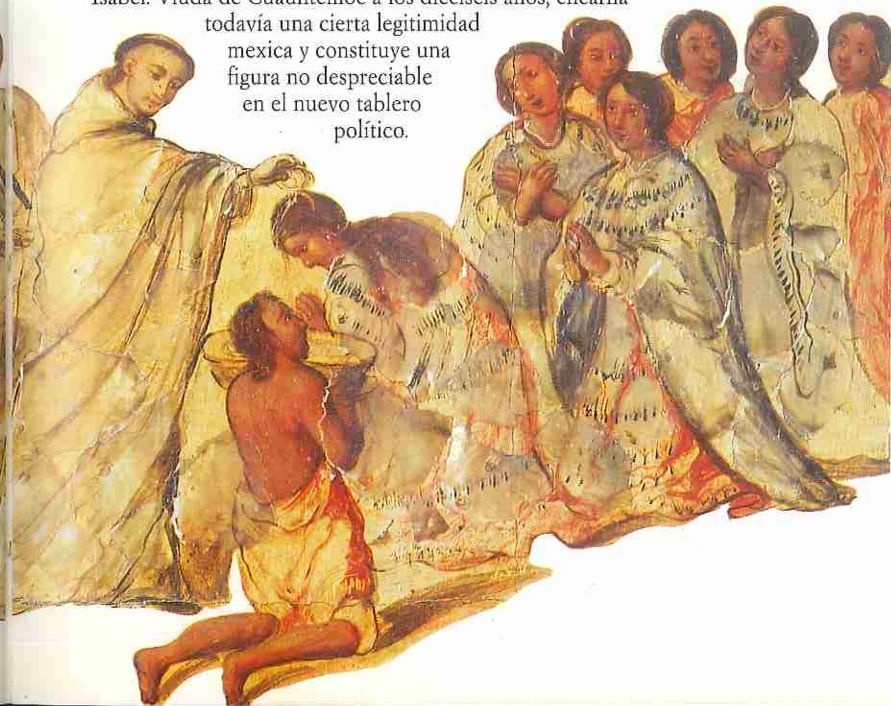
Las hijas de la aristocracia indígena se convierten con frecuencia en concubinas, y a veces hasta en esposas legítimas de los conquistadores. La hija de Moctezuma, Tecuichpotzin, ofrece un excelente ejemplo de ello. Sucesivamente se casa con los dos últimos monarcas mexicas, Cuitlahuac y Cuauhtémoc; recibe después de la conquista, en su bautismo, el nombre de Isabel. Viuda de Cuauhtémoc a los dieciséis años, encarna todavía una cierta legitimidad mexica y constituye una figura no despreciable en el nuevo tablero político.

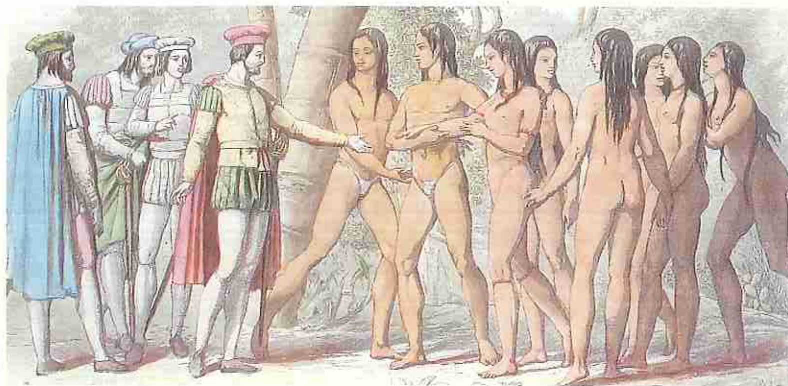
El padre Bartolomé de Olmedo, un religioso de la orden de la Merced, fue el encargado por Cortés de bautizar a los indios. Excelente teólogo, inteligente, había entendido el temperamento de los indios e intervino a menudo para templar la fogosidad y la brutalidad del Conquistador.





Los planos de las iglesias se mandaban desde Europa, pero su ejecución se confiaba a los indios.





Cortés le otorga a título vitalicio las rentas de la ciudad de Tacuba, y luego hace que se case con el conquistador Alonso de Grado. La dama india se convierte pronto en un modelo de hispanización y de piedad cristiana. Después de la muerte de Grado, vive un tiempo en el



«harén» de Cortés, le da una hija y luego vuelve a casarse dos veces con españoles. Su último marido se emplea activamente en incrementar la fortuna y en hacer valer los derechos de la heredera de Moctezuma II. Muere en 1550, con un lujo europeo y después de redactar su testamento. Su hija, Leonor, se casará con el descubridor de las minas de plata de Zacatecas, y algunos de sus descendientes se establecerán en España, tomando los títulos de conde de Miravalle, duque de Abrantes y de Linares.

Otras familias conocen trayectorias menos brillantes pero probablemente más representativas. Así, la madre y la abuela del cronista Alva Ixtlilxochitl, herederas en línea directa de los soberanos de Texcoco, se casaron con españoles que también se tomaron a pecho la defensa de sus intereses.

Las alianzas entre princesas indígenas y conquistadores, y los mestizajes que les sucedieron, facilitarán incontestablemente la transición entre los dos mundos.

Los medios dirigentes se renuevan y denuncian sin cesar a la aristocracia de vieja cepa

Pequeños nobles de provincia y plebeyos aprovechan la oportunidad de los conquistadores y de la Iglesia para inmiscuirse en las esferas dirigentes. Vienen así a engrosar las filas de los colaboradores, y la nobleza tradicional se ve reducida a compartir con los nuevos ricos títulos de caciques y las funciones de gobernador que les reserva el régimen español. Elegidos o nombrados gobernadores, esos indígenas se encuentran a la cabeza de las poblaciones locales, reagrupadas en comunidades, los *pueblos de indios,* que fueron dotados, después de 1530, de instituciones calcadas de la Península Ibérica.

Sin embargo, la Corona española no favorece sistemáticamente la renovación de las élites. Hasta intenta, hacia mediados del siglo XVI, reinstalar a los herederos de los antiguos señores en todos los sitios donde parece posible, pues, en su forma de ver, el traspaso de poderes es compatible con el respeto

«El viejo cacique de Tlaxcala, Xicotenga, dice a Cortés: "Malinche: por que más claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, [...]»

Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*

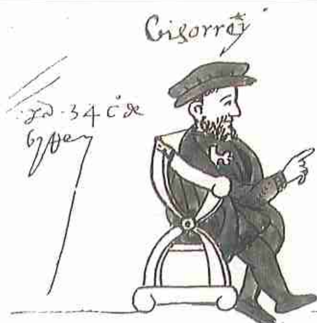
Lam. 2.

CORDILLERA
DE LOS
PUEBLOS,
QUE
ANTES DE LA CONQUISTA
PAGABAN TRIBUTO
A EL EMPERADOR
MUCTEZUMA,
Y
EN QUE ESPECIE,
Y
CANTIDAD.

Los españoles habían dejado Tabasco provistos de veinte mujeres indígenas que los vencidos les habían regalado. Una de ellas, una joven azteca, bautizada Marina por los españoles, fue la amante de Cortés al mismo tiempo que su intérprete.

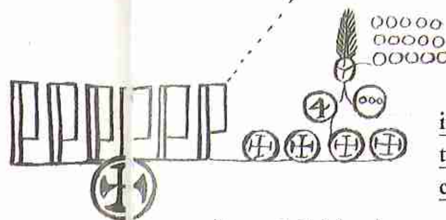
de las jerarquías indígenas, siempre y cuando se reconozca la soberanía de España.

Desde su origen, la Corona manifiesta la inquietud de crear y de salvaguardar una identidad «india», velando por mantener separadas las comunidades indígenas y españolas, las dos «repúblicas» según el término de la época; debiendo permanecer la dirección de la primera en manos de la nobleza autóctona. Así queda protegido el papel de intermediario obligado que asumen los caciques, legítimos o recién llegados. Así queda también consagrado el término de indio, que designa desde este momento a todos los autóctonos, cualquiera que sea su rango o su etnia de origen.



La caída de México no supone el final de las campañas militares para los nahuas de México, que encuentran empleo al servicio de la Corona

En los años veinte, la pacificación del centro del país, la conquista de Guatemala y de Honduras se llevan a cabo con el respaldo de las noblezas del Valle y de sus tropas. Estas mismas fuerzas rechazarán los asaltos de los indios chichimecas y garantizarán el acceso a las minas de plata del norte de México. En 1541-1542, varias decenas de miles de mexicas, de tlaxcaltecas y de otomíes aplastan la revuelta del Mixton, en el noroeste del país, a más de seiscientos kilómetros de México. Los más valerosos de los combatientes indios ganan allí graduaciones militares, escudos y títulos, mientras que a lo largo de todo el siglo XVI, sus tropas se quedan *in situ,* a cambio de algunos privilegios. La colonización española ha invertido el viejo esquema: en lo sucesivo, son indios «civilizados» del centro del país los que emigran hacia el norte para imponer a los nómadas



sus costumbres sedentarias. Ya nada puede detener el retroceso de los indios salvajes. Seguirá de forma sangrienta hasta el siglo XIX. A partir del año 1540, la nueva o la tradicional clase dirigente indígena se adapta con rapidez al mundo que nace ante sus ojos. No sólo se familiariza muy pronto con el manejo de las armas y de los caballos, sino que aprende la contabilidad, y se inicia en la ganadería y en el comercio, se hace con los objetos que exporta España a su joven colonia, bebe vino y viste ropa de seda. Domina incluso bastante bien la legislación española para hacerla obrar a su favor y defender sus derechos. Este mundo de jueces, de gobernadores, de comerciantes, de intérpretes se reserva un lugar en la sociedad colonial, a la sombra de los conquistadores y muy por encima de las masas indígenas.

La educación difundida por la Iglesia y la increíble facultad de asimilación desplegada por los indios dan unos frutos tan inesperados como destacados

Se puede hablar de un verdadero renacimiento, en el sentido de que el encuentro de las culturas habrá permitido la eclosión tardía en tierra mexicana de una prolongación de los renacimientos europeos. Este Renacimiento se traduce en las obras de los pintores y de los escultores indígenas que participan en la construcción de las iglesias, de los conventos y de las capillas que se extienden por la Nueva España. A estos maestros de la piedra y del pincel,

La asociación de «pinturas» pictográficas aztecas y los comentarios en lengua castellana da cuenta del sincretismo que se ha producido entre las dos culturas en el momento de la conquista: las «pinturas» sirven para cumplir con las tareas materiales, al describir los tipos de servicios y de objetos proporcionados. Los libros de cuentas en forma de códices, como éste, se utilizaron muy pronto para registrar las transformaciones económicas, comerciales y financieras introducidas por los invasores.

Escudo con las armas de España, bajo el reinado de Felipe II (1556-1598).



que se insertan, por otra parte, en la mejor tradición prehispánica, vienen a añadirse los músicos y los cantantes, que proliferan en la mayor parte de los *pueblos,* iniciándose en los instrumentos de la Europa medieval y, para algunos, abordando la composición con un brío que deja estupefactos a los españoles.

Pero la revolución más profunda está, sin ninguna duda, unida a la introducción del alfabeto europeo y, por consiguiente, al aprendizaje de la escritura. Estos indios cuya cultura, durante siglos, se ha basado en la pictografía y la tradición oral, aprenden a leer y a escribir bajo la férula de los religiosos.

Una enseñanza superior se da incluso a los más dotados de ellos en el marco del colegio de Santa Cruz, en Tlatelolco. Se inician en la lengua de Cicerón, leen a los clásicos latinos, traducen grandes textos europeos al nahuatl. Algunos se familiarizan incluso con la tipografía y la imprenta. Muchos se convierten en los insustituibles informadores que permiten a los religiosos, franciscanos y dominicos, llevar a término sus grandes investigaciones etnográficas sobre las sociedades de antes de la conquista. Otros contribuyeron al desarrollo de la ciencia histórica.

Los grandes cronistas del siglo XVI son una perfecta ilustración de la feliz fusión de las dos sociedades y de las dos culturas

La adopción de la escritura no significó el abandono de los códices con imágenes. Así, no sólo los historiadores Chimalpahin, Ixtlilxochitl o Tezozómoc saben aún captar su sentido, sino que los indios letrados aprenden a combinar la tradición pictográfica con el uso de la escritura europea. Consiguen explotar al máximo estas dos formas de expresión, con una inventiva y una inteligencia que atestiguan la asombrosa fecundidad de este período y de esos círculos acomodados. Pero este admirable Renacimiento va a ser abortado por la máquina colonial.



El pintor indígena Juan Gerson es el autor de los frescos de *El Apocalipsis de Tecamachalco.* Como sus compañeros, mezcla en el contexto de composiciones europeas elementos indígenas. Los pintores indios consiguieron plasmar la realidad colonial atendiendo a la vez a la demanda española y permaneciendo fieles a su arte. Es probable que la servidumbre sistemática de los elementos indígenas al código iconográfico occidental haya desviado estos elementos de su significado y de su uso original. De esta confrontación nació una expresión artística única.

Por contra, a lo largo de todo el siglo XVI, las masas indias acusan el golpe frontal de la conquista: epidemias, explotación a ultranza y naufragio de los valores

El caos toma múltiples formas. Las referencias ancestrales, que marcaban las diferencias de clases y de origen, se han hundido. Han desaparecido los múltiples signos de precedencia, los trajes de gala, la participación en las fiestas solemnes: han desaparecido también los privilegios alimenticios que reservaban a los nobles la carne divina de los sacrificados, el cacao y los alucinógenos...

Terrible, también, el vacío de poder: en 1521, los nobles y las clases dirigentes han dado la trágica prueba de su impotencia para oponerse a los extranjeros. Más grave aún, la muerte de los dioses: desde finales de los años 1520, en la confusión general y bajo la presión de los evangelizadores, los sacrificios y los cultos que desde siempre acompasaban los ciclos del tiempo y aseguraban la marcha del cosmos se interrumpieron, o se abandonaron definitivamente. Todos los marcos institucionales que sostenían las antiguas sociedades son, pues, cuestionados o rotos, sin que nada, en los primeros decenios, venga a sustituirlos, si no es, en algunas ciudades, el cristianismo de los franciscanos.

Hasta los años 1540, es el reinado de la arbitrariedad: arbitrariedad de los conquistadores que se lanzan con avidez sobre el botín, reduciendo a la esclavitud a los indios vencidos, a los que marcan con el hierro candente y explotan hasta el agotamiento; arbitrariedad de los caciques, cuyas exacciones rivalizan a menudo con las de los españoles. No contentos con eliminar a los antiguos sacerdotes y aparte de las noblezas, los

Códice poscortesiano con pinturas aztecas y texto español, realizado en 1554 bajo la dirección de un misionero español. Los evangelizadores descubrieron en la imagen la forma cómoda, al principio sobre todo, de paliar su ignorancia de las lenguas indias.





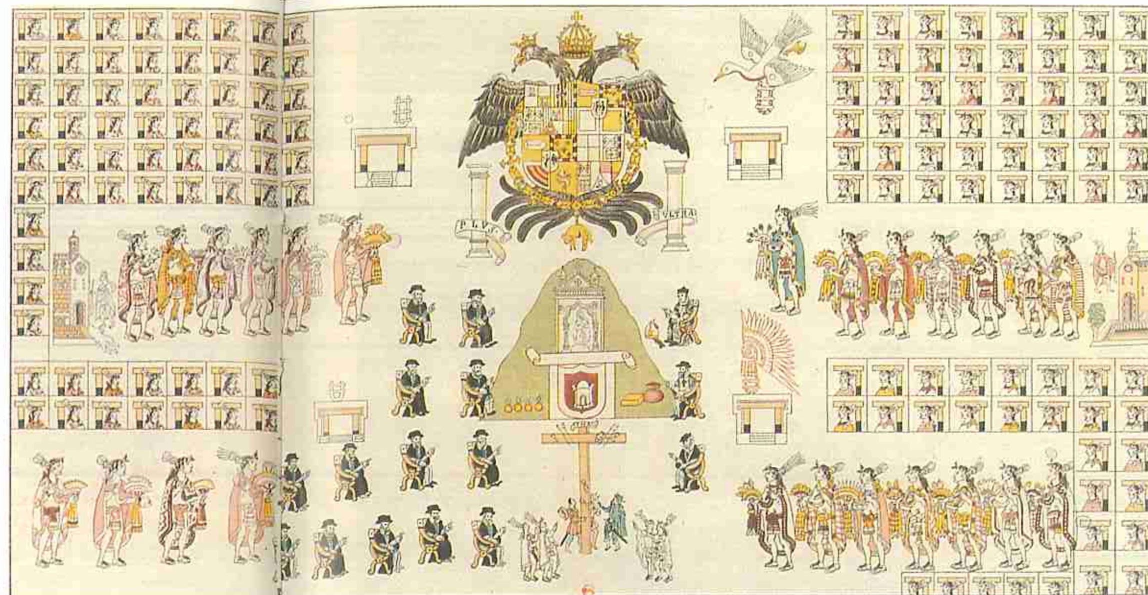
españoles se reservan el monopolio del sacerdocio y de lo sagrado, y así, pues, la definición de la realidad. Pero, sobre todo, manejando un lenguaje diferente, se puede poner en duda que la mayor parte de los indios hubiera podido captar su alcance exacto; el cristianismo y la Iglesia trastornan tanto el juego como las reglas del juego. El desconcierto es total, como lo indica un testimonio indígena: «La gran libertad de la que gozamos ahora nos es nefasta, pues ya no estamos obligados a temer ni a respetar a nadie.»

Cuando, a mediados del siglo XVI, la Corona y la Iglesia consiguen imponer una apariencia de orden, hay que intentar aún sobrevivir a lo peor: las epidemias

Esta plaga cosecha periódicamente su tributo de vidas humanas. Se conoce mal la naturaleza de las enfermedades que acabaron con los indios, sin distinguir pueblo o nobleza. Variedades de tifus y viruelas se propagaron desde la época del sitio de México. Estallaron epidemias en todo el país y azotaron de manera casi ininterrumpida, con recrudecimientos notorios durante los años 1545-1548, 1581-1586, 1629-1631.

La impotencia de los medios terapéuticos, la miseria moral y cultural, el agotamiento de los hombres, la ausencia de inmunidad adquirida y de mecanismos de defensa explican las proporciones gigantescas que alcanza la mortandad. Despavoridos por el descenso demográfico, los españoles intentan comprender un fenómeno que les priva de una valiosa mano de obra y de gran parte del tributo. Presos de pánico, los indios atribuyen estas catástrofes al trastorno de sus condiciones de vida, a la crueldad de los españoles, al abandono de los antiguos dioses, que han dejado de socorrerlos. Más a menudo, se quedan anonadados por la desgracia.

Frente a los repetidos asaltos de la muerte y el derrumbamiento de las instituciones tradicionales, el alcohol ofrece un refugio en el que muchos indios se precipitan, habiendo sido barridos, juntos con tantas otras cosas, los tabúes prehispánicos. Infanticidios, abortos y suicidios se multiplican, expresión de la tragedia insoportable que viven estas poblaciones abandonadas completamente a su suerte. La ruptura con los tiempos antiguos no ha hecho más que empezar con la conquista española. Va a consumarse durante todo el siglo XVI y hasta los primeros decenios del XVII. Un universo no puede agonizar. Corresponderá a los supervivientes, un puñado, reconstruir otro mundo.



Pintado a petición del virrey don Luis de Velasco entre 1550 y 1564, *el lienzo de Tlaxcala* es una obra de encargo de siete metros por dos metros y medio que restituye la versión tlaxcalteca de los acontecimientos a lo largo de ochenta y siete cuadros. En éste figuran gobernadores, virreyes y señores de Tlaxcala bajo el escudo del gran Carlos V.



Frente a la implacable plaga de las epidemias que llegaron de Europa, la gran ciencia de los médicos nahuas *(ticitl)* no dio resultado; las enfermedades se atribuían a causas sobrenaturales, a la voluntad de ciertos dioses o a los maleficios de los brujos. Así, el *ticitl* recurría a la adivinación, a la magia blanca o a la imposición de las manos. Pero, al mismo tiempo, sabía corregir fracturas, poner emplastos, practicar sangrías y, sobre todo, preparar pócimas de plantas medicinales.

De Loboy India; Albarazado.

A partir del siglo XVII, arrastrada por los trastornos que conmueven al México colonial, la sociedad indígena estalla. Aunque algunos de sus miembros sigan reivindicando sus orígenes prehispánicos, su modo de vida ya no es sino una réplica, más o menos fiel, del modelo español.

CAPÍTULO VI
LA IMPOSIBLE SUPERVIVENCIA



Hacia finales del siglo XVI, había ya más de veinticinco mil mestizos en México. Medio siglo más tarde, 400.000. Su número se incrementó tanto más rápidamente cuanto que la emigración española fue sobre todo masculina.
Hacia finales del siglo XVIII el número de mestizos alcanzaba el millón y medio.

Sin desaparecer realmente la nobleza indígena, puesto que multiplica sus alianzas con los españoles, se sumerge cada vez más en un mundo intermediario y mestizo, donde acaba diluyéndose su identidad.

A lo largo del siglo XVII, se presenta un dilema: conservar la identidad indígena, aun adaptándola al modelo español

Esta nobleza tiene ahora que esforzarse para salvaguardar la integridad de su patrimonio y asegurar la transmisión del título que España le concedió. En efecto, unos impostores consiguen inmiscuirse entre los caciques, a pesar de los pleitos que se eternizan a veces durante generaciones. Quebrantadas por querellas sórdidas, viejas familias se arruinan, y con ellas se borra la memoria de los tiempos antiguos.

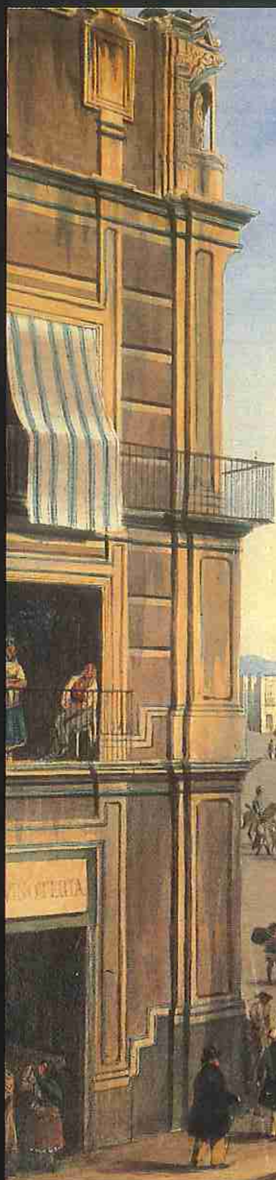


No obstante, existen aún a mediados del siglo XVIII nobles bastante poderosos para formar en México y en Tlaxcala un importante grupo de presión indígena. Estrechamente ligado a la iglesia y muy orgulloso de su sangre y de sus orígenes, este grupo sigue aliando fortuna, poder y cultura. Sus portavoces no dudan en ir a España a defender los intereses de los caciques mexicanos y, si es necesario, exigir a bombo y platillo para toda la población india los beneficios de una instrucción que la sacara de las «tinieblas de la ignorancia», pues, «privados de instrucción, los indígenas no tienen de racional

En un primer momento, la Corona observa de lejos a los conquistadores, dejándoles las manos más o menos libres. Pero, desconfiando de sus iniciativas, está muy decidida a no darles por mucho tiempo todos los poderes que reivindican. Desde noviembre de 1529, el soberano escoge para que lo represente en México con los máximos poderes a uno de sus familiares, gran señor, leal, prudente y trabajador. Instalado desde 1535, Antonio de Mendoza es el primero de los sesenta y dos virreyes que se suceden en México durante cerca de tres siglos y, de entrada, uno de los más destacados. A la era de los conquistadores sigue la era de los funcionarios. Tres grandes administradores, Mendoza (1535-1550), Luis de Velasco (1550-1564) y Martín Enríquez (1568-1580) aseguran en México, durante todo el siglo XVI, un período de calma que permite a la conquista proseguir y a la economía del país orientarse en una dirección favorable a los intereses del pueblo conquistador.

Capital de Nueva España

A finales del siglo XVIII y a principios del XIX, la capital de la Nueva-España, con sus ciento treinta y siete mil habitantes, es la ciudad más poblada del Nuevo Mundo. Puede enorgullecerse de las construcciones monumentales levantadas para acabar la catedral, para renovar las viviendas señoriales, como la Casa de los Azulejos, o para albergar nuevas instituciones, como la manufactura de tabacos, el Colegio de Minas y la Academia de Bellas Artes de San Carlos, con su colección de moldeados enviada por el gobierno de Madrid. Las obras de urbanismo encargadas por Bucarelli y sus sucesores sanearon y embellecieron la ciudad. Los virreyes hicieron pavimentar las calles, acomodar aceras, evacuar la basura y las aguas residuales. Un servicio público aseguraba el alumbrado de las calles, como en tiempos de Moctezuma. Así México se volvió mucho más salubre, más seguro y más brillante que en el siglo anterior.



De la pirámide a la catedral

A lo largo del Zócalo, en México (antiguamente plaza Mayor), la catedral más amplia de México dispone de una bella fachada con predominio del barroco en piedra gris entre dos torres achaparradas, de estilo neoclásico. Construida a partir de 1573, después de que el Cabildo presentara una solicitud al rey de España, Felipe II, rogándole que le concediera la autorización de levantar una nueva catedral digna de la opulencia del Nuevo Mundo, no estará definitivamente terminada hasta 1813. Esta catedral debía sustituir a la demasiado modesta iglesia episcopal que había sido cosntruida al día siguiente de la conquista, con materiales sacados de la pirámide de Huitzilopochtli, en un paraje localizado un poco al noroeste de la actual catedral. La parte barroca de la fachada está dotada de tres pórticos flanqueados por columnas y rematados por hornacinas con adornos esculpidos. Todas las diferencias de estilo que se destacan en esta catedral atestiguan que su construcción fue obra de varias generaciones de arquitectos.



más que lo que la naturaleza les infunde». Esta nobleza ha asimilado tan bien la lección de los evangelizadores del siglo XVI y los prejuicios de su tiempo que retoma la antorcha de la cristianización, ayudada por aquellos de sus miembros que pertenecen al clero católico. Mientras que, nostálgica, la nobleza intenta frenar su declive en las aldeas, la vida indígena renace alrededor del *pueblo.*

En 1531, en la colina del Tepeyac, la Virgen se habría aparecido varias veces a un indio llamado Juan Diego. Desde entonces, la devoción no hace más que crecer alrededor del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

El «pueblo» colonial representa a la vez la aldea, el terruño y la comunidad

Frente al estallido de los grandes conjuntos étnicos y políticos de antes de la conquista, frente al hundimiento de las memorias y a las epidemias, los indios se replegaron, a finales del siglo XVI, en un espacio comunitario, alrededor de los que administran la aldea. Desde mediados del siglo XVII, el objetivo de estos pequeños notables es legitimar su poder, forjándose una identidad y un puesto en la sociedad colonial y en el México barroco. Para lograrlo, redactan y se transmiten títulos de propiedad que citan la historia del *pueblo.*

En los últimos decenios del siglo XVI y los primeros del XVII tuvieron lugar curaciones prodigiosas que acrecentaron el prestigio de la Virgen de Guadalupe, patrona de América. Los franciscanos temieron entonces que los indios siguieran adorando, a través de la Virgen, a la antigua madre de los dioses, Tonantzin.



La cristianización aparece como una etapa esencial de la historia del «pueblo»

Lejos de ser el patrimonio exclusivo de los nobles, la escritura alfabética sirve también, en los confines del país nahua, para fijar una memoria comunitaria. En estos títulos de propiedades, la cristianización de los indios, llevada a cabo un siglo antes, no se interpreta como una coacción

brutal. La iglesia aparece allí como el nuevo eje de la comunidad, puesto que es allí donde se celebran los rituales que acompasan de nuevo su existencia (bautismos, bodas, funerales...). La elección del santo patrón se percibe, con la distancia de los años, como una iniciativa indígena, y desde el siglo XVII, narraciones legendarias cuentan la forma en que el santo reveló a sus habitantes su voluntad de tomar al *pueblo* bajo su protección.

Las autoridades del «pueblo» llevan a cabo una lucha encarnizada contra los que intentan aminorar sus derechos y perturbar su existencia

Son sobre todo los grandes terratenientes españoles, los *hacendados* y los curas de las parroquias los que menos reconocen las prerrogativas del *pueblo.* En efecto, los siglos XVII y XVIII están repletos de los ecos de los conflictos y los pleitos que oponen a indios y *hacendados.* Las pesadas pérdidas humanas provocadas por las epidemias han dejado cantidades de espacios sin cultivar donde se han instalado los españoles. Pero, cuando durante el siglo XVIII, la población indígena recupera su crecimiento y las tierras empiezan a faltarle, las discrepancias se multiplican. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la tensión se agrava y estallan violentas revueltas locales.

Los desacuerdos con el cura son de otra índole, aunque puedan ser tan violentos; se trata para los indios de defender el *statu quo* que les permite organizar a su antojo la vida religiosa de la comunidad. Así, sea cual sea el adversario, en el marco del *pueblo* es donde los indígenas se aferran en preservar su patrimonio de derechos y de creencias, un patrimonio colonial que amalgama, de hecho, elementos indígenas y europeos.

Mientras que los notables forjan una nueva identidad comunitaria, las masas campesinas sobreviven en una sociedad colonial

Para el pueblo, las condiciones de vida y de trabajo, el tributo, la alimentación, la lengua, así como los objetos cotidianos, parecen no haber cambiado a pesar de un siglo de dominación española. El terruño,

A los ojos de los colonos españoles, el indio representa primero una fuerza de trabajo. Incluso antes de finales del siglo XVI, la evolución económica y social de México ha empezado a transformar el régimen del trabajo indígena con el nacimiento y el desarrollo de los grandes dominios españoles, las *haciendas.* Mediante anticipos en dinero y en especie, y en primer lugar el anticipo del tributo debido al rey, los grandes propietarios atraen a sus tierras a familias indias a las que no resulta en absoluto difícil mantener en un endeudamiento perpetuo.



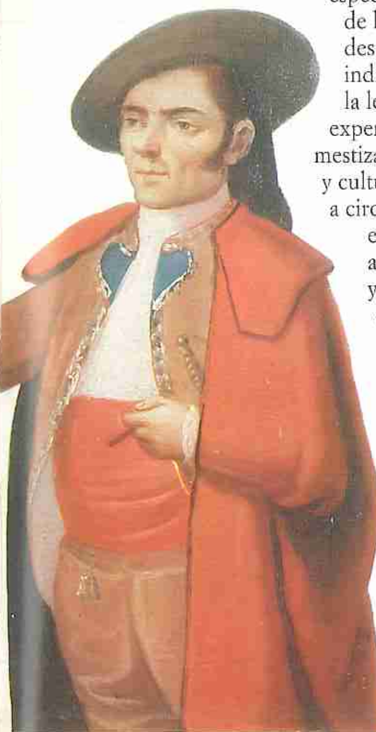


A Cuautitlán, las multitudes indias llegan desde centenares de kilómetros a la redonda, a pie o en burro, para presentar sus deseos, sus oraciones, sus ofrendas y sus fuegos artificiales, para implorar su ayuda. La Virgen de Guadalupe sigue siendo la más venerada en todo México. Así, las procesiones dan la oportunidad de pasear por la ciudad las estatuas barrocas, a menudo de madera pintada, de un realismo sobrecogedor, con una evidente predilección por plasmar heridas y llagas ensangrentadas.

la casa, los campos de maíz conservan intactas las fuerzas ancestrales con las que procura conciliarse desde épocas inmemoriales. Sin embargo, incluso antes del final de las grandes epidemias, desde la primera mitad del siglo XVII, los supervivientes se las ingeniaron para volver a dar un sentido y un equilibrio a su existencia, armonizando el culto a los poderes tradicionales —el fuego, el agua, los «habitantes de la montaña» o los vientos— con el de los santos que desde ese momento protegen la aldea y el hogar.

Poco a poco, los indios inventan prácticas, creencias y gestos cuya huella llevan aún hoy las culturas indígenas. El siglo XVII conoce la eclosión de un cristianismo original que permite a los indios expresar lo que les queda de identidad original a través de la abundancia de las devociones familiares, el desarrollo de las cofradías y la profusión de las fiestas. Cada vez más, las capillas, los vía crucis, las imágenes milagrosas, las corridas, los carnavales, las procesiones y las peregrinaciones hacen que el Valle de México, los de Toluca o el de Puebla se parezcan a las tierras mediterráneas. De estas culturas, al mismo tiempo colonizadas y coloniales, surgirá un cristianismo reinventado.





Desde el siglo XVII, el culto a la Virgen de Guadalupe constituye una demostración muy extendida

En contacto con los mestizos, mulatos y españoles que invaden los campos, este cristianismo va a sufrir una nueva evolución en el siglo XVIII. Se esboza entonces una cultura común que mezcla creencias y prácticas de todo tipo y que prefigura las culturas populares del México moderno en las que se funde progresivamente la herencia indígena Pero en la ciudad es donde se produce el verdadero cambio, y muy especialmente en la capital de la Nueva España. Allí, desde el siglo XVI, los indios se familiarizan con la lengua española y también experimentan todos los mestizajes biológicos, sociales y culturales. Aprenden a circular entre dos mundos, el de los amos españoles a cuyo servicio se ponen y el de una comunidad cuyas coacciones se les hacen a veces insoportables. Bilingües, *ladinos* o *españolados* (es decir, hispanizados), retomando expresiones de la época, muchos saben aprovechar las ventajas de su origen como beneficios de la asimilación y del anonimato.

En cada parroquia, el cura tiene generalmente tres registros sacramentales: uno para los blancos, otro para los indios y el tercero para los de sangre mezclada. Se habían establecido clasificaciones más o menos oficiales que distinguían hasta dieciséis categorías diferentes de mezcla de sangre según las proporciones respectivas de sangre europea, india o negra. Pero, de hecho, no se hacía apenas diferencia entre un mestizaje oscuro y un mestizaje claro. Legalmente superiores a los de sangre mezclada, los indios ocupan a menudo una posición más baja cuando el de sangre mezclada (capataz, empleado, criado) aparece como el depositario de la autoridad de su amo. De hecho, desde finales del período colonial, los términos de indios y de mestizos empiezan a designar categorías sociales más que nociones, lo que no impide los matrimonios que unen cónyuges pertenecientes a dos grupos étnicos diferentes.





En el siglo XVII, ni el traje ni el corte de pelo, nada parece ya distinguirlos de la población española.

Como un imán, la ciudad atrae a los indios de las aldeas, demasiado explotados o dispuestos a romper sus lazos comunitarios. Fascinación antigua, si nos acordamos de los nómadas que merodeaban hace siglos alrededor de las ciudades toltecas para conseguir parcelas de civilización.

A través de la ciudad española, el Occidente tiende sus trampas: esperanza de ganancias y de placeres fáciles, cebo del alcohol, ilusión de librarse de su etnia...

El mundo de las ciudades coloniales y modernas será muy pronto el de la desculturización, cuya expresión más espectacular es la embriaguez o, si se prefiere, el alcoholismo que afecta a gran parte de la población indígena.

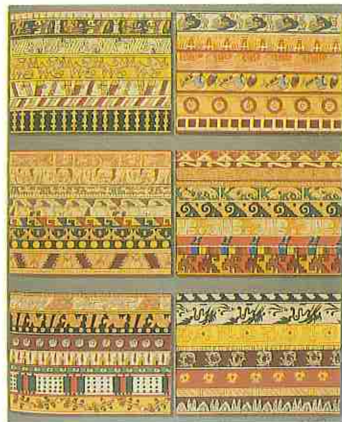
Los despachos de bebidas, o *pulquerías,* son el escenario de escenas desprovistas de todo exotismo: es allí donde algunos maridos dilapidan los escasos ingresos del matrimonio, donde algunas mujeres pierden el conocimiento y abortan, donde estallan riñas sangrientas, donde se practica una prostitución sórdida. En 1784, la capital cuenta con ciento cincuenta mil habitantes y más de seiscientas *pulquerías* que acogen fácilmente a cerca de un centenar de consumidores en el interior y en sus inmediaciones. Es cierto asimismo que en el marco de la *pulquería,* al margen de la parroquia y de la comunidad, es donde los indios aprenden la sociedad mestiza, la coexistencia, la complicidad con los negros, los mulatos y con todos los de sangre mezclada. Si las tabernas



Sin duda, en el siglo XVII e incluso a principios del XVIII, la preparación del *pulque* se acompaña aún de prácticas rituales y de ofrendas al fuego, y las borracheras que caracterizan a las fiestas de cofradías, a los funerales y a las solemnidades cristianas resuenan hasta en las grandes ciudades en las celebraciones colectivas de antes de la conquista. Pero, en el siglo XIX, el fenómeno de la *pulquería* ha cambiado por completo.

La cuestión de estos «indios venidos de otra parte», los inmigrantes hacia la ciudad, se planteó desde el principio del siglo XVII. Una cofradía (1619), luego una parroquia (1678), están encargadas sucesivamente de reagrupar a estos «inmigrantes» con los que no se sabe qué hacer. En 1750, no menos de diez mil indios están en las ciudades, encargados desde entonces de todas las tareas subalternas, de todos los pequeños oficios: mozos de equipajes, vendedores de agua, de tortillas, criados en las ricas casas de mestizos.

albergan a los bajos fondos de la delincuencia, de la corrupción y de los amores clandestinos, son también espacios de vida y de ocio. Alternativas a una sociedad rígida que pretende fijar el puesto de cada cual según su raza y su fortuna, estas *pulquerías* son, por muchas razones, el crisol de donde saldrán las culturas populares y las «culturas de la pobreza» del México moderno.



Desde la segunda mitad del siglo XVI, una población reducida, desarraigada e inestable descubre en las minas de plata las obligaciones de un trabajo asalariado en el seno de equipos más o menos permanentes y especializados.

Estos trabajadores franquean en una generación varias etapas de una aculturación que otros tardarán algunos siglos en recorrer.

Tanto como el de las minas, el trabajo forzado en estos talleres-prisiones que son los *obrajes* desgasta a las personas y a los cuerpos, arrancándoles de su medio, de sus familias, para abandonarlos a una desculturización precipitada y sin salida. Para otros indios, sin embargo, el artesanado, la venta de comestibles, la servidumbre abren vías menos penosas, que permiten fundirse en el mundo mestizo y escapar a la miseria.

A partir de finales del siglo XVIII, los indios que han sobrevivido a las epidemias, a los mestizajes y a la explotación colonial van a sufrir los primeros asaltos del mundo moderno

Son, paradójicamente, los ideales de las Luces y de la Independencia los que cuestionan de nuevo el modo de vida indio, zarandeando brutalmente el equilibrio difícilmente recobrado de las comunidades indígenas. En efecto, preocupados de ahora en adelante por civilizar (y no ya por cristianizar, como en el siglo XVI), el Estado interviene, imponiendo en todos los sitios maestros de escuela y la enseñanza de la lengua española. En la misma época, hacia 1780, preocupado por ahorrar, decide abolir o restringir severamente las manifestaciones más espectaculares de las culturas indígenas: el teatro religioso, las cofradías, las procesiones y las fiestas. Con el mismo ánimo, la Corona va a revisar pronto su política a nivel de las comunidades, y a abolir en el

Institución esencial de las antiguas sociedades mexicanas, la tradición del mercado casi diario perdura a través de los siglos. Esta institución ha conservado todo su vigor y ha tomado, con la colonización, un sentido suplementario: el mercado ya no es sólo el lugar de los tratos alrededor de artículos. Es también el del intercambio y el del encuentro, de la mezcla de las clases sociales, así como la de las razas. En la época e incluso en el lugar donde el problema del mestizaje y el de «la integración» india están más candentes, el espacio del mercado es aquel en que, durante un tiempo, sangre mezclada, indios y blancos ocupan un mismo terreno y hablan un lenguaje común.

siglo XIX toda diferencia legal entre indios y españoles: ¿hay que alabar el paternalismo de un poder «ilustrado», que desea educar a estos indios y mejorar su existencia material, o ver en él los primeros golpes asestados a culturas que acaban apenas de asimilar la herencia del siglo de la conquista y del siglo XVII barroco?

Cuando se hace independiente, en 1821, el joven México, por inquietud de democracia y de igualdad, confirma estas medidas. Hace de los indios ciudadanos como los demás y emprende la tarea de privatizar, es decir, de vender a los particulares las tierras comunales, de las que los *pueblos* sacaban buena parte de sus recursos. La sentencia de muerte civil de las comunidades indígenas está firmada. En México, los barrios indígenas, lejanos herederos de la Tenochtitlán y de la Tlatelolco prehispánicas, desaparecen, absorbidos por la ciudad moderna. Desde este momento a los indios sólo les queda eclipsarse ante los especuladores y confundirse en la masa de la población mestiza. Otros males van a socavar aún las comunidades rurales a lo largo de todo el siglo XIX: la extensión de la gran propiedad de la tierra, la *hacienda,* va a hacer de los campesinos indígenas trabajadores agrícolas (o *peones*) endeudados de por vida, atados a la tierra de su amo y sometidos a la arbitrariedad de su poder absoluto. Si la Revolución de 1910 pone fin a esta nueva servidumbre, no puede detener la irreversible destrucción del edificio laboriosamente reconstruido por los indios bajo la dominación española.

«Moderno, por supuesto, el México de hoy no por ello deja de llevar el sello de su origen indio, la marca de esos aztecas cuyo lenguaje impregna el español hablado y que han dejado bastantes huellas de sus aptitudes intelectuales y artísticas para que se pueda mirar con confianza el futuro de este país.»

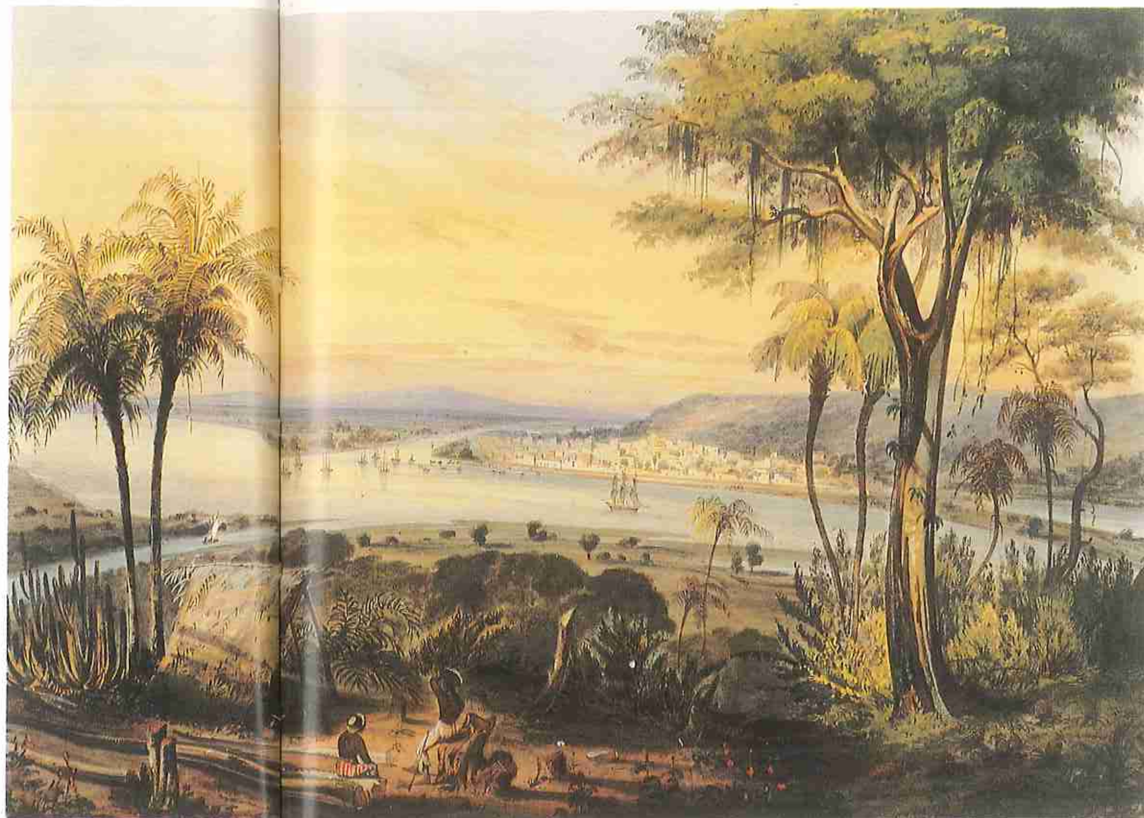
Jacques Soustelle

Los herederos de los toltecas ¿ya no son hoy más que imágenes de libros de arte, siluetas de cómics o comparsas de epopeyas revolucionarias?

Algunas aldeas y enclaves resisten más tiempo que otros a la modernización, pero los años cuarenta, con el auge acelerado de la industrialización, abren la era de las migraciones masivas hacia las ciudades, y del abandono sin retorno de un suelo incapaz ya de alimentar a familias demasiado numerosas. En el Valle de México, la fauna y la flora milenarias, el paisaje ancestral son engullidos por la megalópolis.

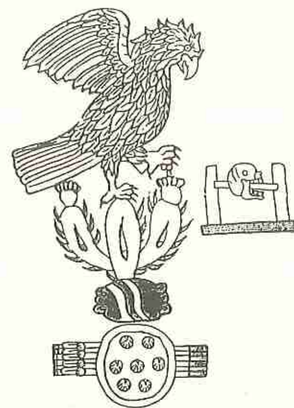
¿Ya no nos queda de los toltecas más que un artesanado mudo, en el que se mezclan la herencia lejana de los tiempos prehispánicos de la colonia española, así como la del siglo XIX?

Sin embargo, los indios existen. Pero ya no tienen apenas los medios de escapar al anonimato de una sociedad industrial que los seduce con los espejismos del consumo hasta las puertas de sus chabolas. Mil años después de la Tula de los toltecas, quinientos años después de la Tenochtitlán de los mexicas, la ciudad de este fin de siglo, con sus veinte millones de habitantes, se cierra de nuevo a unos emigrantes fascinados y vencidos.



TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

Mitos, narraciones,
reconstrucciones históricas:
un destino que se lee como un
libro abierto.
El de un pueblo resplandeciente
que pasó sin transición de la
leyenda a la historia.



Los orígenes del mundo y de los hombres

Al principio reinaban las tinieblas. Los dioses se reunieron delante de la hoguera de la luz. El más humilde se precipitó en ella: se convirtió en el Sol... Así empieza la cosmogonía nahua.

Los cinco soles

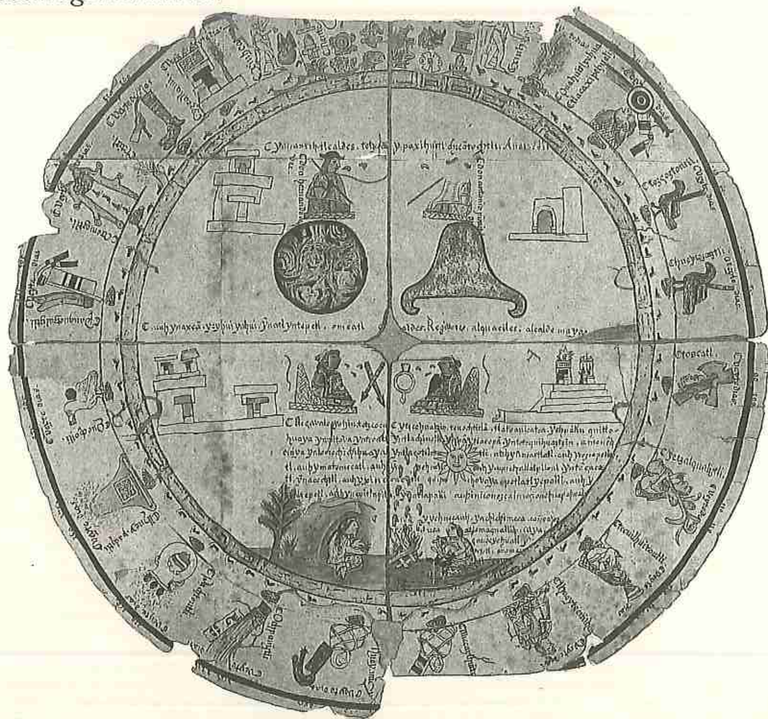
El mito nahua de los cinco soles explica el devenir del hombre y su final ineluctable...

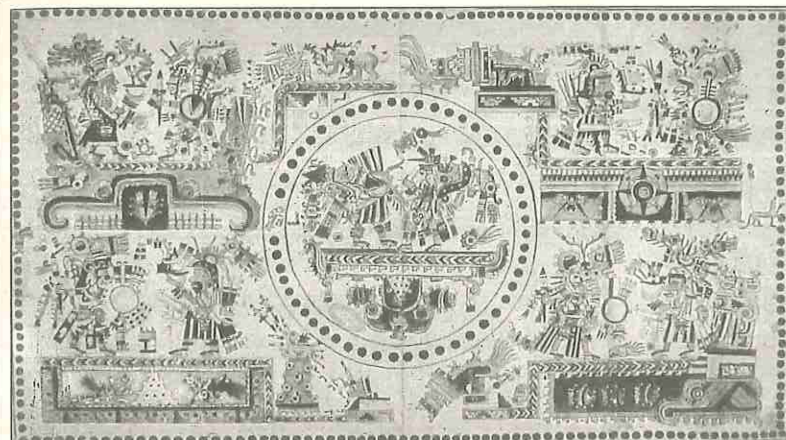
Los soles o edades que han existido

Se refería, se decía
que así hubo ya antes cuatro vidas,
y que ésta era la quinta edad.

Como lo sabían los viejos,
en el año 1-Conejo

Año solar de dieciocho meses de veinte días más cinco días nefastos.





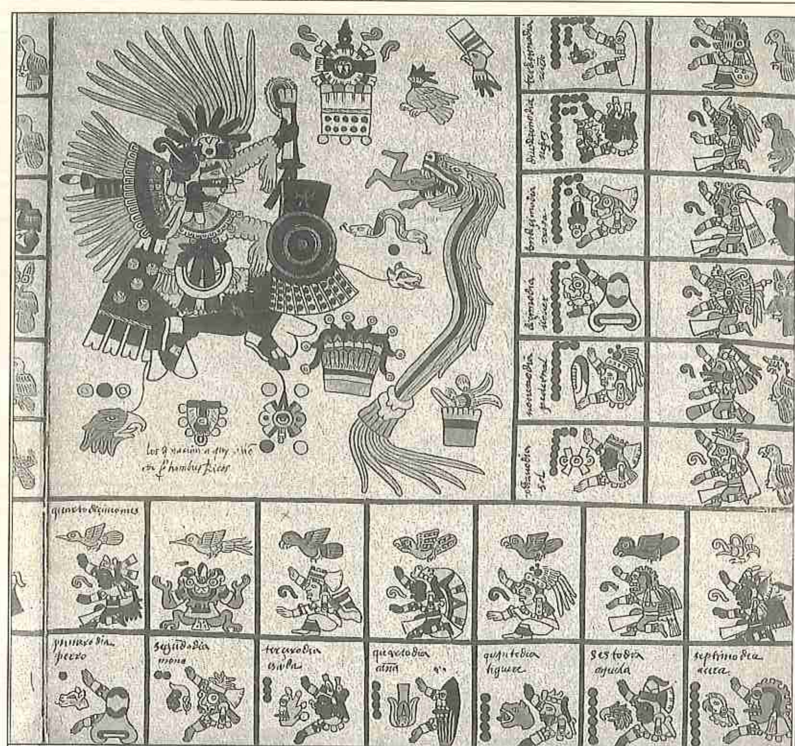
Códice del Sol que ilustra el culto rendido a Tonatium.

se cimentó la tierra y el cielo.
Y así lo sabían,
que cuando se cimentó la tierra y el cielo,
habían existido ya cuatro clases de
[hombres,
cuatro clases de vidas.
Sabían igualmente que cada una de ellas
había existido en un Sol (una edad).
Y decían que a los primeros hombres
su dios los hizo, los forjó de ceniza.
Esto lo atribuían a Quetzalcóatl,
cuyo signo es 7-Viento,
él los hizo, él los inventó.
Elprimer Sol (edad) que fue cimentado,
su signo fue 4-Agua,
se llamó Sol de Agua.
En él sucedió
que todo se lo llevó el agua.
Las gentes se convirtieron en peces.

Se cimentó luego el segundo Sol (edad).
Su signo era 4-Tigre.
Se llamaba Sol de Tigre.
En él sucedió
que se oprimió el cielo,
el Sol no seguía su camino.
Al llegar el Sol al mediodía,
luego se hacía de noche
y cuando ya se oscurecía,
los tigres se comían a las gentes.
Y en este Sol vivían los gigantes.

Decían los viejos
que los gigantes así se saludaban:
«no se caiga usted», porque quien se caía,
se caía para siempre.

Se cimentó luego el tercer Sol.
Su signo era 4-Lluvia.
Se decía Sol de Lluvia (de fuego).
Sucedió que durante él llovió fuego,
los que en él vivían se quemaron.
Y durante él llovió también arena.
Y decían que en él
llovieron las piedrezuelas que vemos,
que hirvió la piedra tezontle
y que entonces se enrojecieron los
[peñascos.



Un mes del Codex Borbonicus, con el dios Xipe-Totec.

Su signo era 4-Viento,
se cimentó luego el cuarto Sol.
Se decía Sol de Viento.
Durante él todo fue llevado por el viento.
Todos se volvieron monos.
Por los montes se esparcieron,
se fueron a vivir los hombres-monos.

El quinto Sol:
4-Movimiento su signo.
Se llama Sol de Movimiento,
porque se mueve, sigue su camino.

Y como andan diciendo los viejos,
en él habrá movimientos de tierra.
habrá hambre
y así pereceremos.
En el año 13-Caña,
se dice que vino a existir,
nació el Sol que ahora existe.
Entonces fue cuando iluminó,
cuando amaneció,
el Sol de movimiento que ahora existe.

4-Movimiento es su signo.
Es éste el quinto Sol que se cimentó,

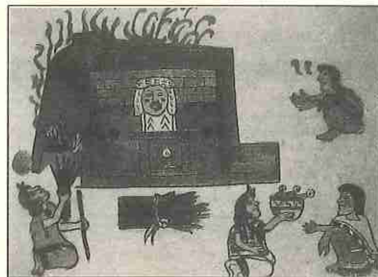
en él habrá movimientos de tierra,
en él habrá hambres.

Literatura del México antiguo.
Ciclos de los mitos cosmogónicos (1558),
recogidos por M. León Portilla.

El «Calendario Azteca» estipula que, por cuatro veces, el mundo se ha derrumbado. El mundo actual, el quinto, el del Sol del Movimiento, nació el 4 Ollin.

Tanto en las tradiciones y crónicas redactadas después de la conquista como en los manuscritos precolombinos y en los bajorrelieves de algunos monumentos se encuentra la idea de que nuestro mundo ha estado precedido por cuatro mundos o «Soles» que terminaron en cataclismos. Se da a estos mundos desaparecidos los nombres de «Sol del Tigre» *(Ocelotonatiuh)*, «Sol de Viento» *(Eecatonatiuh)*, «Sol de Lluvia» *(Quiauhtonatiuh)* y «Sol de Agua» *(Atonatiuh)*. El Sol de Lluvia es a veces llamado también Sol de Fuego *(Tletonatiuh)*, pues es una lluvia de fuego que destruyó el mundo a finales de este período.

El orden de sucesión de estas cuatro edades no siempre es descrito de la misma manera. Según los *Anales de Cuauhtitlán*, el primero de los Soles ha sido el Sol de Agua, seguido de los Soles del Tigre, de Lluvia y de Viento. La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* da este orden: Sol del Tigre-Sol de Viento-Sol de Lluvia-Sol de Agua, que es corroborado por el magnífico monumento conocido con el nombre de «Calendario Azteca». Este famoso bajorrelieve, como los de la «Piedra de los Soles», enumera las cuatro edades en el mismo orden que la *Historia*, estando representada cada una de las edades por una fecha, la del cataclismo que lo terminó. Estas fechas son:



El fuego encendido en el templo.

4 *Ocelotl* (4 Tigre), fin del Sol del Tigre.
4 *Eecatl* (4 Viento), fin del Sol de Viento.
4 *Quiauitl* (4 Lluvia), fin del Sol de Lluvia.
4 *Atl* (4 Agua), fin del Sol de Agua.

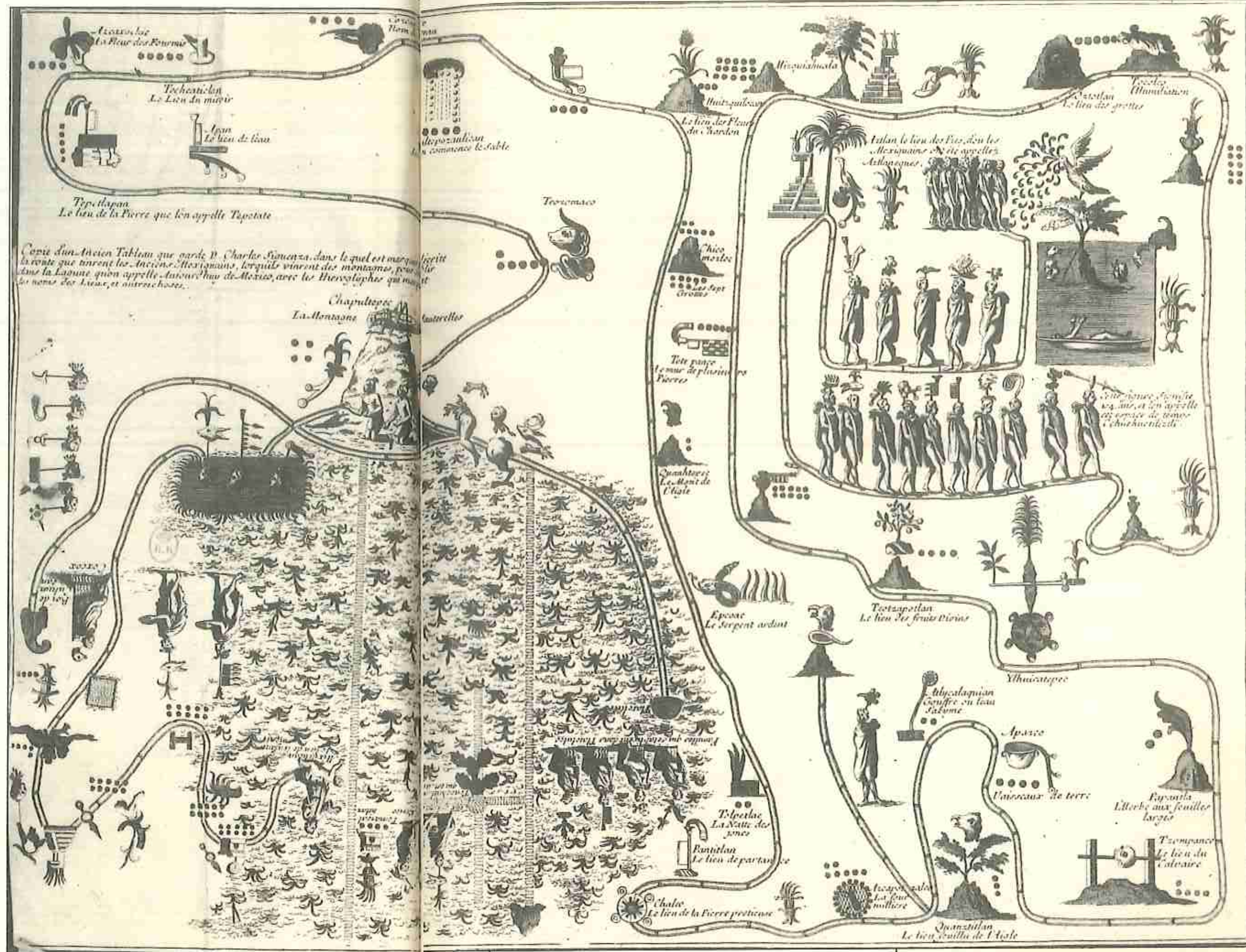
Por fin, nuestro mundo actual está señalado en el «Calendario Azteca» por la fecha de 4 *Ollin* (4 Movimiento, Temblor de tierra), en la que nuestro sol se puso en movimiento cuatro días después de su nacimiento. Es, en el calendario ritual, el día de la fiesta del sol y de los señores. Pero es también, probablemente, la fecha en que nuestro mundo terminará en los temblores de tierra, ya que el signo ollin simboliza a la vez el movimiento del sol y las sacudidas sísmicas.

En el *tonalamatl*, o calendario adivinatorio, todos los días que llevan la cifra 4 son considerados como nefastos. El día 4 *ocelotl*, fin del Sol del Tigre, es un día nefasto, dominado por el dios Tezcatlipoca. Tezcatlipoca, dios del Norte, del frío y de la noche, se transformó en tigre, según la *Historia de los mexicanos*, para derribar al sol. La primera edad, según los *Anales de Cuauhtitlán*, terminó en las tinieblas y el frío, después de un eclipse.

La fecha 4 *eecatl*, fin del Sol de Viento, es considerada como un día de encantamientos, de brujería. El día 1 *eecatl* es por excelencia el día de los brujos. De hecho, fue con una amplia operación mágica por lo que el segundo mundo se terminó: todos los hombres fueron convertidos en monos. Al mismo tiempo soplaba un viento violento, manifestación de *Eecatl*, dios del viento, que es una de las formas de *Quetzalcóatl*. La idea de que los hombres de uno de los mundos desaparecidos se han metamorfoseado en monos se encuentra en la gran crónica maya-quiché, el *Popol-Vuh*. Entre los mexicanos del centro, esta idea está unida a la acción del dios Quetzalcóatl en forma de divinidad del viento, protectora de los magos.

La fecha del 4 *quiauitl*, fin del Sol de la Lluvia, está colocada bajo la protección de Tlaloc, dios de la Lluvia, y es la máscara de este dios, que se reconoce por sus largos dientes y por sus ojos enormes, la que se utiliza como signo de la lluvia. El tercer mundo se derrumbó bajo una lluvia de fuego. Tlaloc no es sólo dios del agua, aunque es su función más habitual, sino también dios del fuego que cae del cielo con relámpagos y rayos e incluso con erupciones volcánicas; es la lluvia de fuego *(tlequiauitl)*.

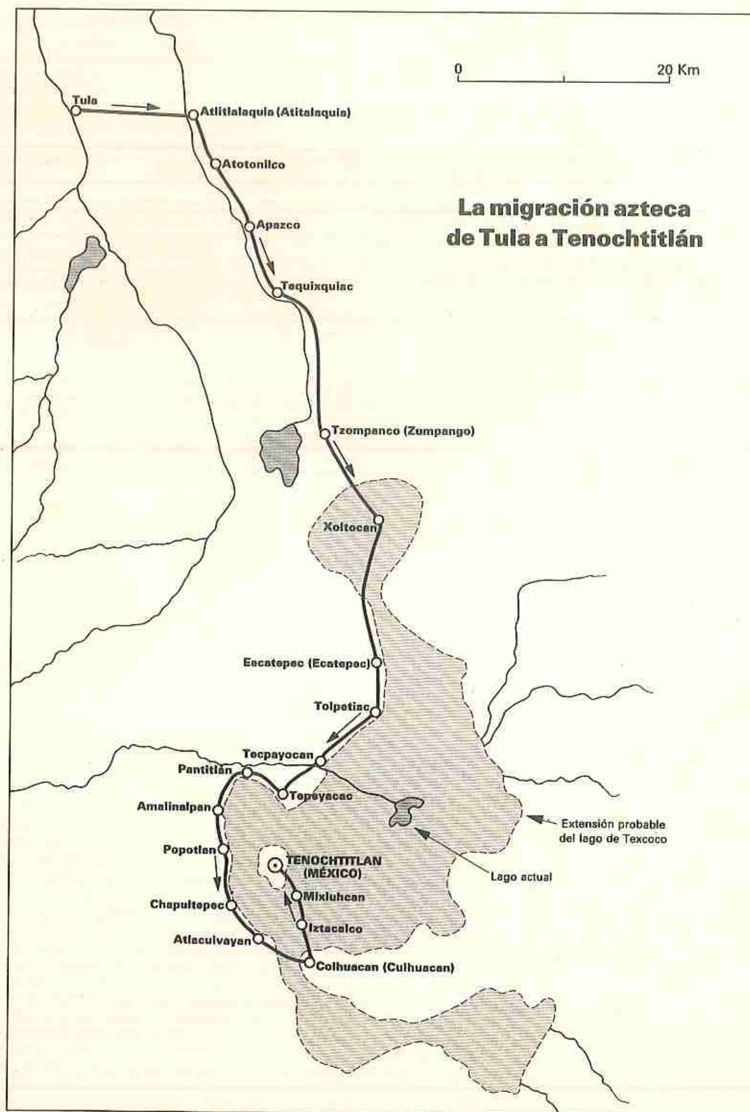
La fecha 4 *atl*, fin del Sol de Agua, está representada en los monumentos señalados más arriba con la cifra 4 acompañada de la cara de la diosa Chalchiutlicue, «la que lleva una falda de piedra preciosa», compañera de Tlaloc y divinidad del agua; parece salir de un recipiente. Aquí, se trata evidentemente del agua, pues el cuarto mundo terminó en las inundaciones, en una especie de diluvio.



Así, en cuatro ocasiones, un mundo ha nacido y se ha derrumbado en catástrofes gigantescas. El mundo de hoy correrá la misma suerte. Los antiguos mexicanos concebían esta historia de los universos como la de las victorias y derrotas de principios alternantes, reinando por turno sobre las cosas, después desechados y privados de influencia sobre lo real. El primero de los soles es el de Tezcatlipoca; es la edad del frío, de la noche, del Norte.

La larga marcha de los antiguos hasta México-Tenochtitlán.

El segundo, bajo la influencia de Quetzalcóatl, dios del Occidente, es la época de los sortilegios y del Oeste.



El tercero está dominado por Tlaloc, que, como dios del fuego, es una divinidad del Sur. El cuarto, sol del Agua y de Chalchiuhtlicue, es un período del Este, pues el agua y su diosa pertenecen al Este. En cuanto al sol de hoy, el quinto, es el Sol del Centro, pues cinco es el número del centro; la divinidad del centro es Xiuhtecutli, dios del fuego: así nuestro sol es un sol de fuego, representado a veces por el mismo símbolo que el fuego, una mariposa.

[...] La tradición relativa a los cuatro soles no es más que un caso particular de una costumbre mental que se encuentra a cada paso: la interpretación de todos los fenómenos del mundo por la alternancia de aspectos fundamentales de la realidad, que se suceden y se sustituyen, triunfan y desaparecen, y que están ligados a las direcciones del espacio.

Los mitos cosmológicos contienen pocas indicaciones sobre la manera en que se imaginaba a los habitantes del mundo en épocas desaparecidas. Se pensaba generalmente que había habido entonces gigantes, luego hombres que se alimentaban de hierbas salvajes. Los antiguos mexicanos tenían el sentimiento muy claro de la superioridad de su civilización agrícola frente a la de las tribus nómadas, los chichimecas, que erraban por las regiones semidesérticas del Norte. Ellos mismos, antes de llegar a la meseta central, habían llevado en las estepas de cactus esta vida precaria. En oposición a la civilización del maíz, de la que eran depositarios, describían a sus antepasados de los Soles muertos como bárbaros ignorantes de la agricultura, lo que ellos mismos, de hecho, no habían dejado de ser hasta pocos siglos antes.

Entre el final del cuarto Sol y el principio del nuestro, se situaba un período de transición, que habría durado dos veces trece años: los años, en el cómputo del tiempo, están efectivamente divididos en series de trece, cada una de estas series ligada a uno de los puntos cardinales; en cuatro «trecenas», un «siglo» indígena, ciclo de cincuenta y dos años, se termina.

La «caída del cielo», sin duda el diluvio que puso fin al sol de Agua, tuvo lugar en el año 1 *Tochtli* (1 conejo), año del Sur. Los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca decidieron volver a levantar el cielo; y, cuando esta tarea estuvo terminada, Tezcatlipoca cambió de nombre convirtiéndose en Mixcoatl, dios del Norte en el año 2 *Acatl* (2 caña); en el calendario adivinatorio, el día 2 *Acatl* está consagrado a Tezcatlipoca. A lo largo del octavo año, fueron creados los *macehualtin*, los hombres del pueblo. Y es que se necesitaban hombres para el sol futuro, hombres destinados a ser sacrificados y a alimentar al astro con su sangre.

Con la segunda «trecena» de años, que empieza en el año 1 *Acatl*, se entra en el dominio del Este. *Ce acatl* (1 *Acatl*-caña), es el nombre cíclico de Quetzalcóatl, como dios del Este, y de la estrella de la mañana, de la resurrección. Todo el quinto sol estará dominado por este gran tema de la muerte y del renacer, del sacrificio necesario para la vida de los astros y del universo. En el año 1 *Acatl*, los dioses deciden crear el sol. Pero para ello hay que derramar sangre, liberar fuerzas de vida; y no se las puede liberar sino matando, a través del sacrificio y de la guerra. Los dioses desencadenan la guerra, tomando parte ellos mismos si llega el caso. El segundo año de la segunda serie, 13 *Acatl*, es el del nacimiento del Sol.

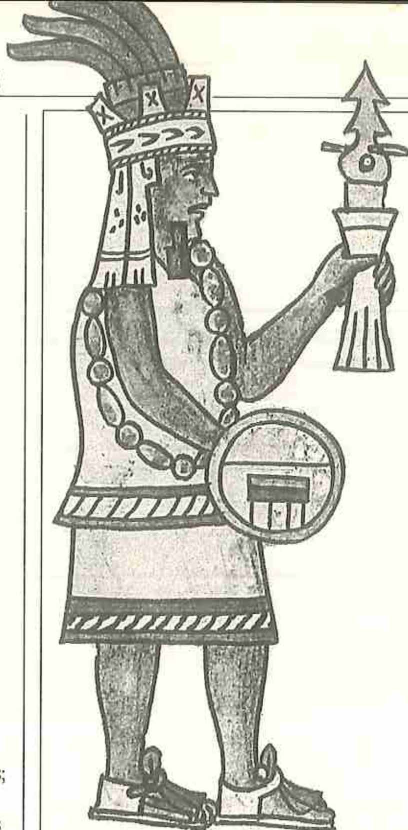
Jacques Soustelle,
El Universo de los Aztecas

La creación del hombre

Los dioses se habían reunido en Teotihuacán y habían creado el Sol... Necesitaban encontrar seres que poblaran la tierra...

Y luego fue Quetzalcóatl al Mictlan,
se acercó a Mictlantecutli y a Mictlancíhuatl
y en seguida les dijo:
—«Vengo en busca de los huesos preciosos
que tú guardas,
vengo a tomarlos».
Y le dijo Mictlantecutli:
—«¿Qué harás con ellos, Quetzalcóatl?»
Y una vez más dijo (Quetzalcóatl):
—«Los dioses se preocupan porque alguien viva en la tierra.»
Y respondió Mictlantecutli:
—«Está bien, haz sonar mi caracol
y da vueltas cuatro veces
alrededor de mi círculo precioso.»

Pero su caracol no tiene agujeros;
llama entonces (Quetzalcóatl) a los gusanos;
éstos le hicieron los agujeros
y luego entran allí los abejones y las abejas
y lo hacen sonar.
Al oírlo Mictlantecutli, dice de nuevo:
—«Está bien, toma los huesos.»
Pero dice Mictlantecutli a sus servidores:
—«¡Gente del Mictlan!
Dioses, decid a Quetzalcóatl
que los tiene que dejar.»
Quetzalcóatl repuso:
—«Pues no, de una vez me apodero de ellos.»
Y dijo a su nahual:
—«Ve a decirles que vendré a dejarlos.»
Y éste dijo a voces:
—«Vendré a dejarlos.»
Pero, luego subió,
cogió los huesos preciosos.
Estaban juntos de un lado los huesos del hombre



Tsapotlaltena, dios del panteón mexica.

y juntos de otro lado los de mujer
y los tomó
e hizo con ellos un ato Quetzalcóatl.
Y una vez más Mictlantecutli dijo a sus servidores:
—«Dioses, ¿de veras se lleva Quetzalcóatl los huesos preciosos?
Dioses, id a hacer un hoyo.»
Luego fueron a hacerlo
y Quetzalcóatl se cayó en el hoyo,
se tropezó y lo espantaron las codornices.
Cayó muerto
y se esparcieron allí los huesos preciosos,
que mordieron y royeron las codornices.

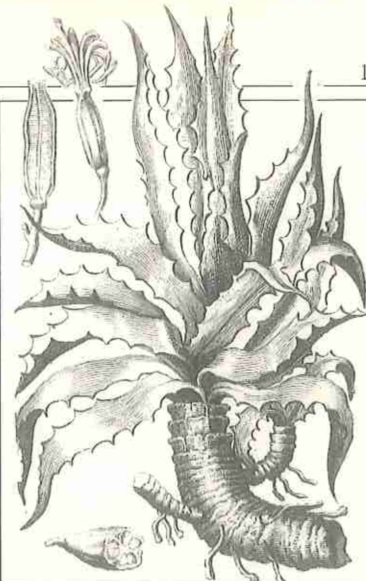
Resucita después Quetzalcóatl,
se aflige y dice a su nahual:
—«¿Qué haré, nahual mío?»
Y éste le respondió:
—«Puesto que la cosa salió mal,
que resulte como sea».
Los recoge, los junta,
hace un lío con ellos,
que luego llevó a Tamoanchan.
Y tan pronto llegó,
la que se llama Quilaztli,
que es Cihuacóatl,
los molió
y los puso después en un barreño precioso.
Quetzalcóatl sobre él se sangró su miembro.
Y en seguida hicieron penitencia los dioses
que se han nombrado:
Apantecuhtli, Huictolinqui, Tepanquizqui,
Tlallamánac, Tzontémoc
y el sexto de ellos Quetzalcóatl.
Y dijeron:
—«Han nacido, oh dioses,
los macehuales (los merecidos por la penitencia).
Porque, por nosotros
hicieron penitencia (los dioses).»

Manuscrito mexicano de 1558.
Literatura del México antiguo,
M. León Portilla

De cómo la gente baja ofrecía sus hijos a la casa que se llama telpochcalli, *y de las costumbres que allí les mostraban.*

En naciendo una criatura, luego los padres y madres hacían voto y ofrecían la criatura a la casa de los ídolos, que se llama *calmécac* o *telpochcalli.*

Era la intención de los padres ofrecer la criatura a la casa de los ídolos, que se llama *calmécac*, para que fuese ministro de los ídolos viniendo a edad perfecta.



El maguey (agave) del que los indios extraían el jugo para destilar el pulque.

Y, si ofrecían la criatura a la casa del *telpochcalli*, era su intención que allí se criase con los otros mancebos para servicio del pueblo y para las cosas de la guerra.

Y, antes que le llevasen a la casa del *telpochcalli*, los padres hacían y guisaban muy buena comida y convidaban a los maestros de los mancebos que tenían cargo de criarlos y mostrarles las costumbres que en aquella casa usaban. Y, hecho el convite en casa de los padres del muchacho, hacían una plática a los maestros que los criaban, y decíanles: «Aquí os ha traído nuestro señor, creador del cielo y de la tierra. Os hacemos saber que nuestro señor fue servido de hacernos la merced de darnos una criatura, como una joya o pluma rica, que nos fue nacida. Por ventura se criará y vivirá. Y, si es varón, no conviene que le mostremos oficio de mujer teniéndole en casa. Por tanto, os le damos por vuestro hijo, y os le

encargamos porque tenéis cargo de criar a los muchachos y mancebos, mostrándoles las costumbres para que sean hombres valientes y para que sirvan a los dioses Tlatecutli y Tonatiuh, que son la Tierra y el Sol, en la pelea. Y, por esto, ofrecémonos al señor dios todopoderoso Yáotl o por otro nombre Titlacáuan o Tezcatlipoca.

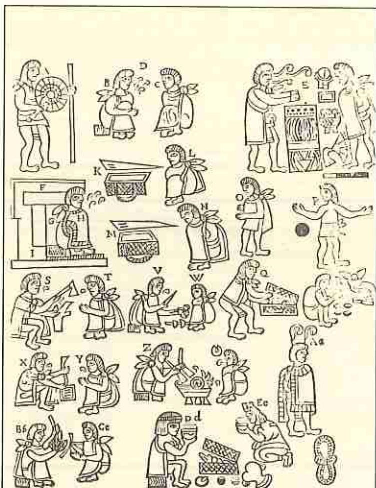
»Por ventura se criará y vivirá placiendo a Dios. Entrará en la casa de penitencia y del lloro que se llama *telpochcalli*. Y desde ahora os lo entregamos para que more en aquella casa donde se crían y salen hombres valientes; porque en este lugar se merecen los tesoros de Dios orando y haciendo penitencia y pidiendo los tesoros de misericordia y merced de darles victorias, para que sean principales, teniendo habilidad para gobernar y regir la gente baja.

»Y nosotros, padres indignos, ¿por ventura merecerá nuestro lloro y nuestra penitencia que este muchacho se críe y viva? No, por cierto, porque somos indignos, viejos y viejas caducos. Por tanto, humildemente os rogamos que le recibáis y toméis por hijo para entrar y vivir con los otros hijos de principales y otra gente que se crían en casa de *telpochcalli*.»

Y los maestros de los muchachos y mancebos respondían de esta manera, diciendo a los padres del muchacho:

«Tenemos en mucha merced haber oído vuestra plática o razonamiento. No somos nosotros a quienes hacéis esta plática o petición, mas la hacéis al señor dios Yáotl, en cuya persona la oímos. Él es a quien habláis y a él dais y ofrecéis vuestro hijo, o vuestra piedra preciosa y pluma rica, y nosotros en su nombre le recibimos. Él sabe lo que tiene por bien de hacer de él.

»En conclusión, recibimos a vuestro niño para que sirva en barrer y en los trabajos bajos en la casa de nuestro señor. Deseamos y rogamos que le sean dadas las



La educación y la formación de los niños y de los adolescentes, según el Códice Mendoza.

riquezas de nuestro señor Dios. Deseamos que en esta casa se manifiesten y salgan a luz los dones y mercedes con que nuestro señor le adornó y hermoseó antes del principio del mundo. O por ventura, nuestro señor le llevará para sí y le quitará la vida en su niñez. Por ventura no mereceremos que viva largo tiempo en este mundo. No sabemos cosa cierta que deciros para que podamos consolaros. No os podemos decir con certidumbre esto será, o esto hará, o esto acontecerá, o será estimado, será ensalzado, vivirá en la tierra. Por ventura por nuestros deméritos será vil y pobre y despreciado sobre la tierra. Por ventura será ladrón o adúltero o vivirá vida trabajosa o fatigosa.

»Nosotros haremos lo que es nuestro deber, que es criarle y doctrinarle como padres y madres. No podremos, por cierto, entrar en él, dentro de él, y ponerle nuestro corazón; tampoco vosotros podréis



Tlaloc, mensajero de Huitzilopochtli.

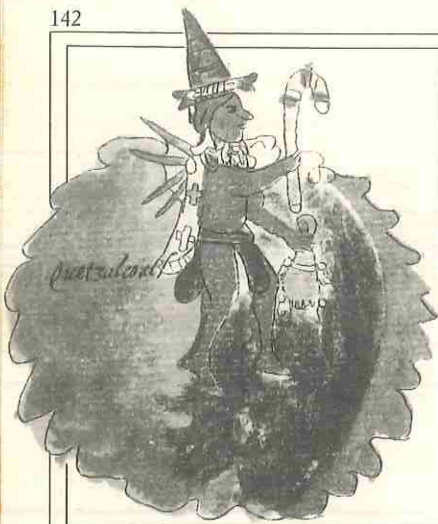
hacer esto, aunque sois padres. Lo que resta es que no os descuidéis de encomendarle a Dios con oraciones y lágrimas para que nos declare su voluntad.»

Historia General de las cosas de Nueva España.
Fray Bernardino de Sahagún

El mito de Quetzalcóatl

Dase noticia de quién era Quetzacóatl, otro Hércules, gran nigromántico, dónde reinó y de lo que hizo cuando se fue.

Quetzalcóatl fue estimado y tenido por dios, y lo adoraban de tiempo antiguo en Tula, y tenían un *Cu* muy alto con muchas gradas y muy angostas que no cabía un pie, y estaba siempre echada su estatua, y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea, y la cabeza era larga y barbudo y los vasallos que tenía eran todos oficiales de artes mecánicas, y diestros para labrar las piedras verdes, que se llaman chalchihuites, y también para fundir plata, y hacer otras cosas; y estas artes todas tuvieron principio y origen del dicho Quetzalcóatl, y tenía unas cosas hechas de piedras verdes preciosas que se llaman chalchihuites, y otras de plata, otras hechas de conchas colorada y blanca, otras hechas todas de tablas, otras hechas de turquesas, y otras hechas de plumas ricas; y los vasallos que tenía eran muy ligeros para andar y llegar a donde ellos querían ir, y se llamaban *Tlanquacemilhuitime*, y hay una sierra que se llama Tzatzitépetl (hasta ahora así se nombra) en donde pregonaba un pregonero para llamar a los pueblos apartados, los cuales distan más de cien lenguas que se nombra Anáhuac, y desde allá oían y entendían el pregón, y luego con brevedad venían a saber, y oír lo que mandaba el dicho Quetzalcóatl y más dicen, que era muy rico, y que tenía todo cuanto era menester y necesario de comer y beber, y que el maíz era abundantísimo, las calabazas muy gordas de una braza de redondo, las mazorcas de maíz eran tan largas que se llevaban abrazadas, y las cañas de bledos eran muy largas, y gordas, y que subían por ellas como por árboles; y que sembraban y cogían algodón de todos colores, como decir colorado, encarnado, amarillo, morado, blanquecino, verde, azul, prieto, pardo, naranjado y leonado; estos colores de algodón eran naturales, que así se nacían. Y más dicen, que en el dicho pueblo de Tula se criaban muchos y diversos géneros de aves de pluma rica y colores diversas que se llaman *xiuhtototl, quezaltototl, zaquan y tlauhquechol*, y otras aves que cantaban dulce y suavemente; y más tenía el dicho Quetzalcóatl todas las riquezas del mundo de oro y plata,



y piedras verdes que son llamadas chalchihuites, y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao de diversos colores que se llaman *xochicacaoatl*, y los dichos vasallos de Quetzalcóatl estaban muy ricos y no les faltaba cosa alguna, ni había hambre, ni faltaba maíz, ni comían las mazorcas desde pequeñas, sino que con ellas calentaban los baños como con leña. También dicen que el dicho Quetzalcóatl hacía penitencia punzando sus piernas y sacando la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey, y se lavaba a la media noche en una fuente que se llama *Xipacoya*, y esta costumbre y orden tomaron los sacerdotes y ministros de los ídolos mexicanos como el dicho Quetzacóatl lo usaba, y hacía en el pueblo de Tulla. (...)

Vino el tiempo en que ya acabóse la fortuna de Quetzalcóatl y de los toltecas. Vinieron contra ellos tres nigrománticos llamados Huitzilopochtli, Titlacáuan y Tlacauépan, los cuales hicieron muchos embustes en Tula.

Y el Titlacáuan comenzó primero a hacer un embuste: se volvió como un viejo muy cano y bajo, el cual fue a casa del dicho Quetzalcóatl diciendo a los pajes del dicho Quetzalcóatl:

—Quiero ver y hablar al rey Quetzalcóatl.

Y le dijeron:

—Anda vete, viejo, que no le puedes ver porque está enfermo y le darás enojo y pesadumbre.

Y entonces dijo el viejo:

—Yo le tengo de ver.

Y le dijeron los pajes del dicho Quetzalcóatl:

—Aguardaos, decírselo hemos.

Y así fueron a decir al dicho Quetzalcóatl de cómo venía un viejo a hablarle, diciendo:

—Señor, un viejo ha venido aquí y quiéreos hablar y ver, y echámosle fuera para que se fuese y no quiere, diciendo que os ha de ver por la fuerza.

Y dijo el dicho Quetzalcóatl:

—Éntrese acá y venga, que le estoy esperando muchos días ha.

Luego llamaron al viejo, y entró el dicho viejo adonde estaba el dicho Quetzalcóatl y, entrando el dicho viejo, dijo:

—Señor, hijo, cómo estáis. Aquí traigo una medicina para que la bebáis.

Y dijo el dicho Quetzalcóatl respondiendo al viejo:

—En hora buena vengáis vos, viejo, que ya ha muchos días que os estoy aguardando.

Y dijo el viejo al dicho Quetzalcóatl:

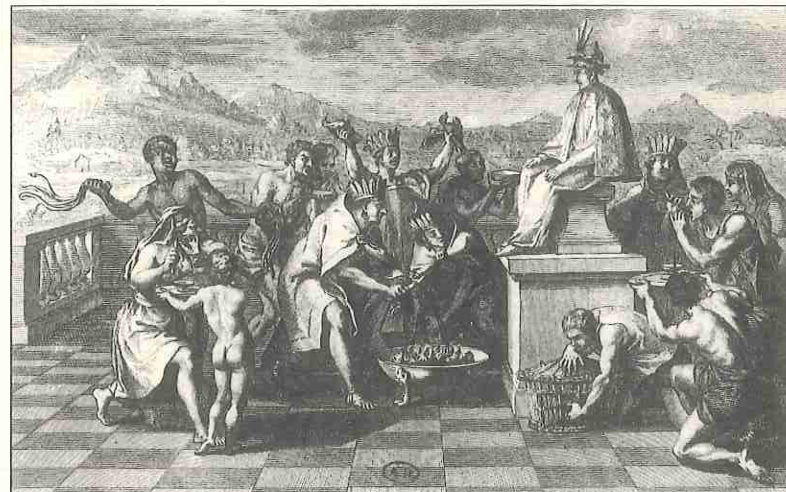
—Señor, ¿cómo estáis de vuestro cuerpo y salud?

Y respondió el dicho Quetzalcóatl diciendo al viejo:

—Estoy muy mal dispuesto, y me duele todo el cuerpo, y las manos y los pies no los puedo menear.

Y le dijo el viejo respondiendo al dicho Quetzalcóatl:

—Señor, veis aquí la medicina que os traigo; es muy buena y saludable, y se



Grabado fantástico de Pícart del siglo XIX que ilustra las ofrendas hechas a Quetzalcóatl: ofrendas de sangre animal —cochinillos y aves—, y de sangre humana —mediante escarificaciones de la oreja y de la lengua.

emborracha quien la bebe. Si queréis beber, emborracharos ha y sanaros ha, y ablandárseos ha el corazón y acordáseos ha de los trabajos y fatigas, y de la muerte o de vuestra ida.

Y respondió el dicho Quetzalcóatl diciendo:

—¡Oh viejo! ¿Adónde me tengo que ir?

Y dijo el dicho viejo:

—Por fuerza habéis de ir a Tulantlapalán, en donde está otro viejo aguardándoos. Él y vos hablaréis entre vosotros, y después de vuestra vuelta estaréis como mancebo, y aun os volveréis otra vez como muchacho.

Y el dicho Quetzalcóatl, oyendo estas palabras, moviósele el corazón. Y tornó a decir el viejo al dicho Quetzalcóatl:

—Señor, mande beber esa medicina.

Y respondió el dicho Quetzalcóatl, diciendo:

—¡Oh viejo, no quiero beber!

Y le respondió el viejo diciendo:

—Señor, bebedla, porque, si no la bebéis, después se os ha de antojar. A lo menos ponéosla en la frente o bebedla tantito.

Y el dicho Quetzalcóatl, gustó y probóla, y después bebióla diciendo:

—¿Qué es esto? Parece ser cosa muy buena y sabrosa. Ya me sanó y quitó la enfermedad. Ya estoy sano.

Y más, otra vez le dijo el viejo:

—Señor, bebedla otra vez porque es muy buena la medicina y estaréis más sano.

Y el dicho Quetzalcóatl bebióla otra vez. De que se emborrachó y comenzó a llorar tristemente y se le movió y ablandó el corazón para irse, y no se le quitó del pensamiento lo que tenía por el engaño y burla que le hizo el dicho nigromántico viejo. Y la medicina que bebió el dicho Quetzalcóatl era vino blanco de la tierra, hecho de mangueyes, que se llama *teometl*.

Historia general de las cosas de Nueva España.
Fray Bernardino de Sahagún

La sociedad indígena

La civilización mexicana conocía una rigurosa organización social. Arriba reinaba el tlatoani, *«el que tiene la palabra»; era elegido entre sus semejantes, los* tecuchtli, *los «príncipes». Abajo, obedecían los* macehualli, *los «hombres del Vulgo». En el medio —o al lado, aparte —los* pochteca *comerciaban y... espiaban por cuenta del emperador; los artesanos llevaban el nombre mismo de los gloriosos antepasados:* totleca.

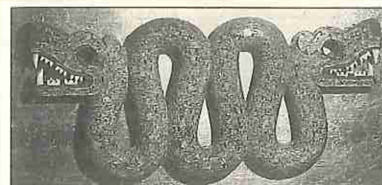
La educación de los hijos

«La manera de criar los hijos que tenían los señores y gente noble era, que después que las madres, o sus amas los habían criado por espacio de seis años, o siete, ya que comenzaban a regocijarse, dábanlos uno, dos o tres pajes para que se divirtiesen y burlasen con ellos, a los cuales prevenía la madre que no los consintiesen hacer ninguna fealdad, suciedad, o deshonestidad cuando fuesen por el camino o calle. Instruían al niño estos que andaban con él, para que hablase palabras bien criadas, y de "buen lenguaje" y que no hiciese desacato a nadie y reverenciase a todos los que encontraba por el camino, como eran oficiales de la república, capitanes, hidalgos o personas graves; y aunque no fuesen sino personas bajas, hombres y mujeres, como fuesen ancianas; y si alguna persona aunque fuese de baja suerte, los saludaba, inclinábase y saludábanlos también diciendo: "Vayáis en hora buena abuelo mío", y el que oía la salutación tornaba a replicar diciendo: «nieto mío, piedra preciosa y pluma rica, hazme hecho merced, ve próspero en tu camino", y los que oían al niño hablar de la manera dicha, holgábanse mucho, y decían: "si viviere este niño será muy noble, porque es generoso, por ventura algún gran oficio merecerá tener"; y cuando el niño llegaba a diez o doce años, metíanle en la casa de educación o "Calmecae", allí le entregaban a los sacerdotes y Sátrapas del templo para que fuese criado y enseñado como en el sexto libro se dijo; y si no lo metían en la casa de educación, poníanlo en la casa de los cantores, y encomendábanle a los principales de ellos, los cuales le imponían en barrer el templo, o en aprender a cantar, y en todas las maneras de penitencia que se usaban. Cuando ya llegaba el mancebo a quince años, entonces comenzaba a aprender cosas de la guerra. En llegando a veinte años llevábanle a la campaña mas antes de esto su padre y parientes, convidaban a los capitanes y soldados viejos: hacíanlos un convite, y dábanlos mantas, maxtles labrados, y rogaban tuviesen mucho cargo de aquel mancebo en la guerra, enseñándole a pelear, y amparándole de los enemigos...»

Historia General de las Cosas de Nueva España.
Bernardino de Sahagún (1500?-1590)

Templo de Tlahuizcalpantecuhtli, de la estrella de la mañana, en Tula.

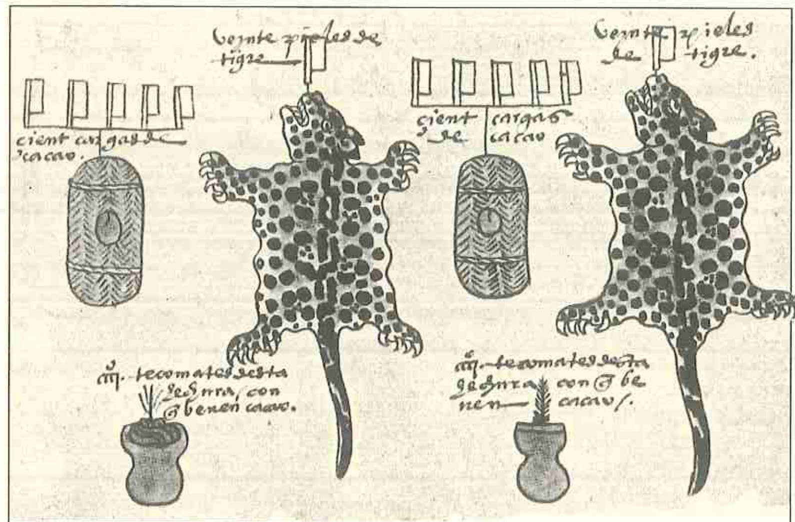




Serpiente de dos cabezas, hecha en jade.

Ritos mortuorios

... es bien hacer especial mención de los mexicanos en esta parte, cuyos mortuorios eran solemnísimos y llenos de grandes disparates. Era oficio de Sacerdotes y Religiosos en México (que los había con extraña observancia, como se dirá después) enterrar los muertos, y hacerles sus exequias; y los lugares donde los enterraban, eran las sementeras y patios de sus casas propias: a otros llevaban a los sacrificaderos de los montes; otros quemaban, y enterraban las cenizas en los templos, y a todos enterraban, con cuanta ropa, joyas y piedras tenían; y a los que quemaban, metían las cenizas en unas ollas, y en ellas las joyas y piedras y atavíos, por ricos que fuesen. Cantaban los oficios funerales como responsos, y levantaban a los cuerpos de los difuntos muchas veces, haciendo muchas ceremonias. En estos mortuorios comían y bebían; y si eran personas de calidad, daban de vestir a todos los que habían acudido al enterramiento. En muriendo alguno, poníanle tenido en un aposento hasta que acudían de todas partes los amigos y conocidos, los cuales traían presentes al muerto, y le saludaban como si fuera vivo. Y si era Rey, o Señor de algún pueblo, le ofrecían esclavos, para que los matasen con él, y le fuesen a servir al otro mundo. Mataban asimismo al sacerdote o capellán que tenía, porque todos los Señores tenían un sacerdote, que dentro de la casa les administraba las ceremonias; y así le mataban para que fuesen a administrar al muerto: mataban al Maestresala, al Copero, a los enanos y corcovados, que de éstos se servían mucho, y a los hermanos que más le habían servido; lo cual era grandeza entre los Señores servirse de sus hermanos y de los referidos. Finalmente mataban a todos los de su casa, para llevar y poner casa al



otro mundo. Y por que no tuviesen allá pobreza, enterraban mucha riqueza de oro, plata y piedras, ricas cortinas de muchas labores, brazaletes de oro, y otras ricas piezas; y si quemaban al difunto, hacían lo mismo con toda la gente y atavíos que le daban para el otro mundo. Tomaban toda aquella ceniza, y enterrábanla con grande solemnidad: duraban las exequias diez días de lamentables y llorosos cantos...

... Y al que quemaban, después de haberle llevado al lugar donde habían de hacer las cenizas, rodeábanle de tea a él, y a todo lo que pertenecía a su matolotage, como queda dicho, y pegábanle fuego, aumentándolo siempre con maderos resinosos hasta que todo se hacía ceniza. Salía luego un Sacerdote vestido con unos atavíos de demonio, con bocas por todas las coyunturas, y muchos ojos de espejuelos, con un gran palo, y con él revolvían todas aquéllas con gran ánimo y denuedo, el cual hacía una representación tan fiera que ponía grima a todos los presentes. Y algunas veces este ministro sacaba otros trajes diferentes, según era la cualidad del que moría...

Historia Natural y Moral de las Indias.
José de Acosta, 1590.

De la manera de vivir y ejercicios que tenían los que se criaban en el *telpochcalli*

En entrando en la casa del *telpochcalli* el muchacho, dábanle cargo de barrer y limpiar la casa, y poner lumbre y hacer los servicios de penitencia a que se obligaba.

Era la costumbre que a la puesta del Sol todos los mancebos iban a bailar y danzar a la casa, que se llamaba *cuicacalco*, cada noche, y el muchacho también bailaba con los otros mancebos.

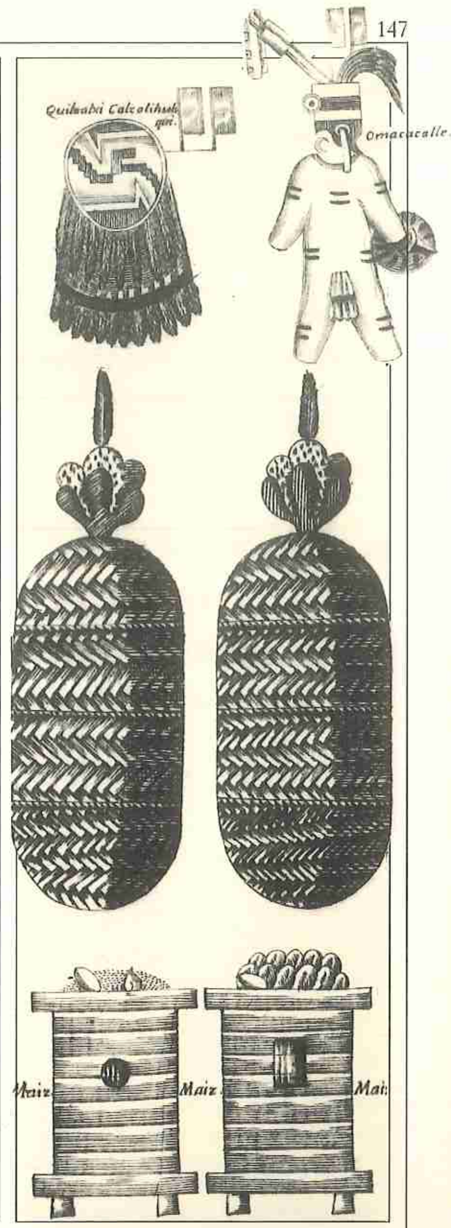
Y, en llegando a los quince años, siendo ya mancebillo, llevábanle consigo los mancebos al monte a traer la leña que era necesaria para la casa de *telpochcalli* y *cuicacalco*, y cargábanle al mancebo un

leño grueso o dos, para probar y ver si ya tenía habilidad para llevarle a la pelea. Y, siendo ya hábil para la pelea, llevábanle y cargábanle las rodelas para que las llevase a cuestas. Y, si estaba ya bien criado y sabía las buenas costumbres y ejercicios a que estaba obligado, elegíanle para maestro de los mancebos, que se llaman *tiachcauh*. Y, si era ya hombre valiente y diestro, elegíanle para regir a todos los mancebos y para castigarlos, y entonces se llamaba *telpochtlato*. Y, si ya era hombre valiente, y si en la guerra había cautivado a cuatro enemigos, elegíanle y nombrábanle *tlacatécatl* o *tlacochcálcatl* o *cuauhtli*, los cuales regían y gobernaban el pueblo.
O elegíanle por *achcauhtli*, que era como ahora aguacil, y tenía vara gorda y prendía a los delincuentes y los ponía en la cárcel.

De esta manera iban subiendo de grado en grado los mancebos que allí se criaban, y eran muy muchos los que se criaban en las casas de *telpochcalli*, porque cada parroquia tenía quince o diez casas de *telpochcalli*.

Y la vida que tenían no era muy áspera. Y dormían todos juntos, cada uno apartado del otro, en cada casa de *telpochcalli*. Y castigaban al que no iba a dormir en estas casas. Y comían en sus casas propias.

Iban todos juntos a trabajar donde quiera que tenían obra, hacer barro, o paredes, o maizal o zanja o acequia. Para hacer estos trabajos iban todos juntos, no se repartían, o iban todos juntos a tomar y traer leña a cuestas de los montes, que era necesaria para la casa de *cuicacalco* y *telpochcalli*.. Y, cuando hacían alguna obra de trabajo, cesaban el trabajo un poco antes de la puesta del Sol. Entonces íbanse a sus casas y bañábanse y untábanse con tinta todo el cuerpo, pero no la cara. Luego poníanse sus mantas y sartales, y los hombres valientes poníanse





unos sartales de caracoles mariscos, que se llaman *chipolli*, o sartales de oro. Y en lugar de peinarse, escarrapuzábanse los cabellos hacia arriba por parecer espantables, y en la cara ponían ciertas rayas con tintas y margarita, y en los agujeros de las orejas poníanse unas turquesas que se llaman *xiuhnacochtli*, y en la cabeza poníanse unas plumas blancas como penachos. Y vestíanse con las mantas de maguey, que se llaman *chalcaáyatl*, las cuales eran tejidas de hilo de maguey torcido. No eran tupidas, sino flojas y ralas, a manera de red; y ponían unos caracoles mariscos sembrados y atados por las mantas. Y los principales vestíanse con las mismas mantas, pero los caracoles eran de oro. Y los hombres valientes, que se llamaban *cuacuachíctin*, traían atados a las mantas unos ovillos grandes de algodón, y tenían costumbre que cada día, a la puesta del sol, ponían lumbre en la casa de *cuicacalco* los mancebos y comenzaban a bailar y danzar todos, hasta pasada la medianoche. Y no tenían otras mantas sino aquellas mantas que se llaman *chalcaáyatl*, que andaban casi desnudos. Y, después de haber bailado, todos iban a las casas de *telpochcalli* a dormir, en cada barrio, y así lo hacían cada noche. Y los que eran amancebados íbanse a dormir con sus amigas.

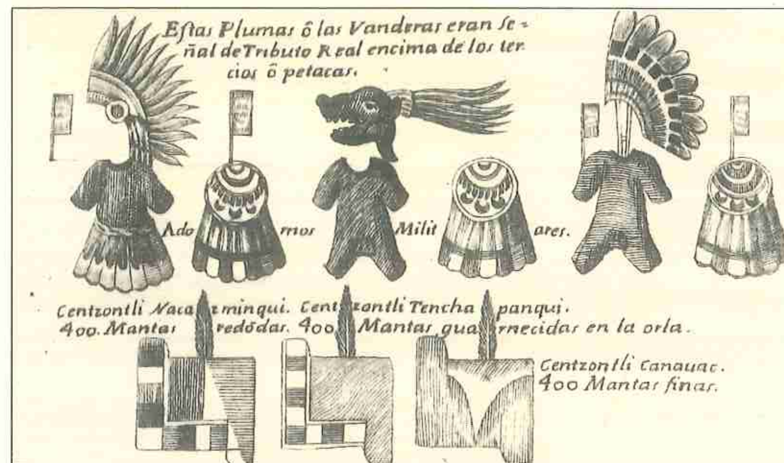
De los castigos que hacían
a los que se emborrachaban

Los mancebos que se criaban en la casa de *telpochcalli* tenían cargo de limpiar y barrer la casa. Y nadie bebía vino, solamente los que eran ya viejos bebían el vino muy secretamente, y bebían poco. No se emborrachaban. Y, si aparecía un mancebo borracho públicamente, o si le topaban con el vino o le veían caído en la calle, o iba cantando, o estaba acompañado de otros borrachos, este tal, si era *macegual*, castigábanle dándole de palos hasta matarle o le daban garrote delante de todos los mancebos juntados porque tomasen ejemplo y miedo.

Hablan los aztecas.
Historia General de las cosas de Nueva España.
Fray Bernardino de Sahagún.

Las fiestas religiosas

«... En el mes de mayo hacían los mexicanos su principal fiesta de su dios "Vitzilipúztli"; y dos días antes de la fiesta aquellas mozas, que dijimos arriba, que guardaban recogimiento en el mismo templo, y eran como monjas, molían cantidad de semilla de bledos juntamente con maíz tostado, y después de molido amasábanlo con miel, y hacían de aquella masa un Ídolo tan grande como era el de madera: y poníanle por ojos unas cuentas verdes, o azules, o blancas, y por dientes unos granos de maíz, sentado con todo el aparato que arriba queda dicho. El cual, después de perfeccionado, venían todos los Señores y traían un vestido curioso y rico, conforme



Algunas de las riquezas con las que pagaban tributo: coronas de plumas, ropas, esteras, silos de maíz, mariposas (arriba y en las páginas anteriores).

el traje del Ídolo, con el cual le vestían: y después de muy bien vestido y aderezado sentábanlo en un escaño azul en sus andas, para llevarle en hombros. Llegada la mañana de la fiesta, una hora antes de amanecer, salían todas estas doncellas vestidas de blanco con atavíos nuevos, y aquel día las llamaban hermanas del Dios "Vitzilipúztli". Venían coronadas con guirnaldas de maíz tostado, y reventado, que parece azahar, y a los cuellos gruesos sartales de lo mismo, que les venían por debajo de el brazo izquierdo, puesta su color en los carrillos; y los brazos desde los codos hasta las muñecas emplumados con plumas coloradas de papagayos; y así aderezadas tomaban las andas del Ídolo en los hombros, y sacábanlas al patio, donde estaban ya todos los mancebos vestidos con unos paños de red galanos, coronados de la misma manera que las mujeres. En saliendo las mozas con el Ídolo, llegaban los mancebos con mucha reverencia, y tomaban las andas en los hombros, trayéndolas al pie de las gradas del templo, donde se hullimaba todo el pueblo; y tomando tierra del suelo se la ponían en la cabeza, que era ceremonia ordinaria entre ellos en las principales fiestas de sus Dioses. hecha esta ceremonia, salía todo el pueblo en procesión con toda la prisa posible, e iban a un cerro que está a una legua de la ciudad de México, llamado Chapultepéc, y allí hacían estación y sacrificios. Luego partían con la misma prisa a un lugar cerca de allí, que se dice Atlacuyavaya, donde hacían la segunda estación: y de allí iban a otro pueblo una legua adelante, que se dice Cuyoacán, de donde partían, volviéndose a la ciudad de México sin hacer pausa. Hacíase este camino de más de cuatro leguas en tres o cuatro horas: llamaban a esta procesión "Ipayna Vitzilipútzli", que quiere decir, el veloz y apresurado camino de Vitzilipúztli. Acabados de llegar al pie de las gradas, ponían allí las andas, y tomaban unas sogas gruesas, y atábanlas a los asideros de las andas, y con mucho tiento y reverencia unos tiraban de arriba, y otros ayudando

de abajo, subían las andas con el Ídolo a la cumbre del templo, con mucho ruido de flautas, y clamor de bocinas, caracoles y tambores...».

Historia Natural y Moral de las Indias.
José de Acosta, 1590

La guerra

Tlacaelel, el hermano de Moctezuma I, canta la gloria de Huitzilopochtli, la divinidad que alienta las gestas guerreras de los aztecas y que reclama como pago el tributo de sangre, la «guerra florida».

Canto a Huitzilopochtli

Huitzilopochtli, el joven guerrero,
el que obra arriba, va andando su camino...!

—«No en vano tomé el ropaje de plumas amarillas:
porque yo soy que ha hecho salir el sol.»
El Portentoso, el que habita en región de nubes:
¡uno es tu pie!
El habitador de fría región de alas:
¡se abrió tu mano!

Al muro de la región de ardores,
se dieron plumas, se va disgregando,
se dio grito de guerra... Ea, ea, ho ho!
Mi dios se llama Defensor de hombres.

Oh, ya prosigue, muy vestido va de papel,
el que habita en la región de ardores, en el polvo,
en el polvo se revuelve en giros.

¡Los Amantla son nuestros enemigos!
¡Ven a unirte a mí!
Con combate se hace la guerra:
¡Ven a unirte a mí!

¡Los de Pipiltlan son nuestros enemigos!
¡Ven a unirte a mí!
Con combate se hace la guerra:
¡Ven a unirte a mí!

Canto al guerrero del sur

¡Ahay! «En la casa de los dardos está mi Jefe...»
De este modo es lo que oigo.
El hombre me avergüenza.
Yo creo que soy el Terrible,
¡Ahay! Yo creo que voy junto al guerrero.
Aún se ha dicho: «En la casa de los dardos está mi Jefe.»
Ríen, gritan: —Ea, la casa de mi Noble.
Jadeante el morador de Tocuilezco,
ropajes de águila se diferenciaron en Huitzetlan.

¡Ahay! Entre los donceles de Oholopan
emplumado fue mi cautivo.
Tengo miedo, tengo miedo...
emplumado fue mi cautivo.

¡Ahay! Entre los donceles de Huitznahuac,
emplumado fue mi cautivo.
Tengo miedo, tengo miedo,
emplumado fue mi cautivo.

¡Ahay! Entre los donceles de Tzicotlan,
emplumado fue mi cautivo.
Tengo miedo, tengo miedo,
emplumado fue mi cautivo.

Se mete el dios en Huitznahuac: al lugar de portentos baja.
¡Ahay! Ya salió el sol. ¡Ahay! Ya salió el sol:
al lugar de portentos baja.
Se mete el dios en Tocuilitlan: al lugar de portentos baja.
¡Ahay! Ya salió el sol. ¡Ahay! Ya salió el sol
al lugar de portentos baja.

Literatura del México antiguo,
Veinte himnos sacros, escritos
en Nahuatl. M. León Portilla.

El mercado de Tlatelolco

Como nuestro capitán salió a ver la ciudad de México y el Tlatelolco, que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilobos, y lo que pasó.

Como había ya cuatro días que estábamos en México, y no salía el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto a las casas y huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor a ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que quería enviarle a decir al gran Moctezuma que lo tuviese por bien; y cuando llegamos a la gran plaza, que se dice el Tlatelolco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían; y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos y esclavas: digo que traían tantos a vender a aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e traíanlos atados en unas varas largas, con *collares* a los pescuezos porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta, e algodón, e *otras* cosas de hilo torcido, y cacaguateros que vendían cacao; y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puestos por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza; y los que vendían mantas de henequén y sopas, y cotaras, que son los



Comerciantes mexicas camino de la ciudad (arriba); instalados en Tlatelolco (abajo).

zapatos que calzan, y hacen de henequén y raíces muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías que sacan del mismo árbol; todo estaba a una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de venados y de otras alimañas, e tejones e gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas e mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendían frisoles y chía y otras legumbres e yerbas, a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas desde arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado; y también a



Chalanes y comerciantes bajo los portales del mercado de Tlatelolco en el período prehispánico.

su parte, puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían, como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas *viejas* e tajos e bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña, ocote e otras cosas desta manera. ¿Qué quieren más que diga? Que hablando con acato, también vendían canoas llenas de hienda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer o para curtir cueros, que sin ella decían que no se hacían buenos. Bien tengo entendido que algunos se reirán desto; pues digo que es así; y más digo, que tenían por costumbre, que en todos los caminos, que tenían hechos de cañas o paja o yerbas porque no los viesen los que pasasen por ellos, y allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres porque no se les perdiese aquella suciedad. ¿Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no ac[illegible]r tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosas deste arte vendían por sí; e vendían mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza; e había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenían allí sus casas, donde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidádoseme había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas y otros que vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes dello, que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir *era necesario más espacio*; que, como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, que en *un día* no se podía ver todo. Y fuimos al gran cu, e ya que íbamos cerca de sus grandes patios, e antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que según dijeron, era que tenían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, e así blancos porque se pareciese el oro de por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos tenían entre ellos su cuenta qué tantas mantas o qué jiquipiles de cacao valía, o qué esclavos, o otra cualquiera cosa a que lo trocaban. E, así, dejamos la gran plaza sin más la ver, y llegamos a los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu, y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran *mayores* que la plaza que hay en Salamanca.

Bernal Díaz del Castillo,
Historia verídica de la conquista de la Nueva España

Las artes en la sociedad mexicana

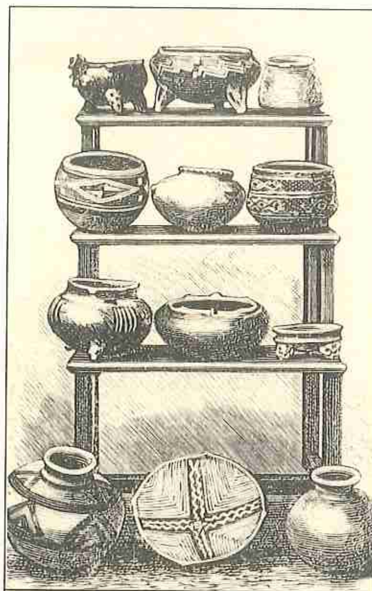
La sociedad nahua prehispánica conocía gran número de categoría de artistas. Los informadores de Sahagún han recogido los cantos de alabanza a su gloria. Éstos son cuatro de ellos...

El artista de las plumas finas

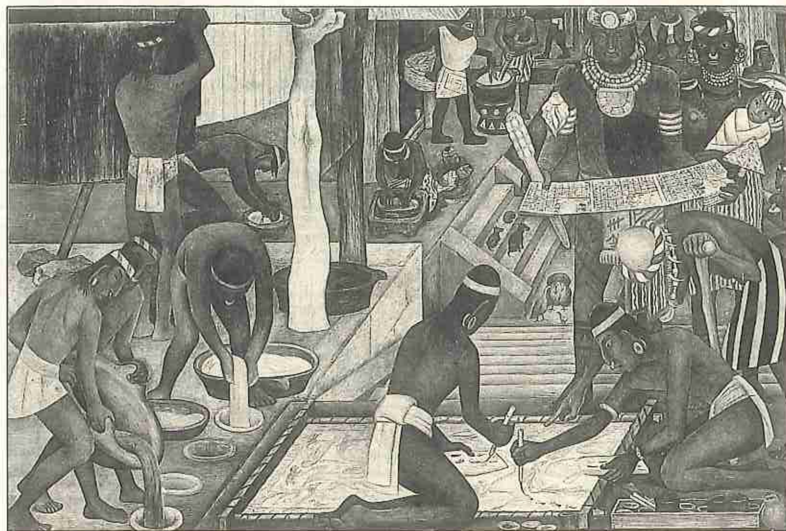
Amantécatl: el artista de las plumas.
Íntegro: dueño de un rostro, dueño de un corazón.

El buen artista de las plumas:
hábil, dueño de sí,
de él es humanizar el querer de la gente.

Hace trabajos de plumas,
las escoge, las ordena,
las pinta de diversos colores,
las junta unas con otras.

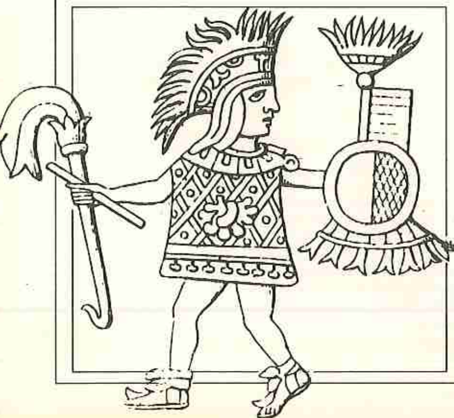


Utensilios tarascos.



Fresco de Diego Rivera (1942) que representa las artes de la civilización tarasca: coloración de los tejidos, pintura al fresco, confección de un códice.

El torpe artista de las plumas:
no se fija en el rostro de las cosas,
devorador, tiene en poco a los otros.
Como un guajolote de corazón amortajado,
en su interior adormecido,
burdo, mortecino,
nada hace bien.



No trabaja bien las cosas,
echa a perder en vano cuanto toca.

Tlahcuilo: El pintor

El pintor: la tinta negra y roja,
artista, creador de cosas con el agua negra.
Diseña las cosas con el carbón, las dibuja,
prepara el color negro, lo muele, lo aplica.

El buen pintor: entendido, Dios en su corazón,
diviniza con su corazón a las cosas,
dialoga con su propio corazón.

Conoce los colores, los aplica, sombrea;
dibuja los pies, las caras,
traza las sombras, logra un perfecto acabado.

Todos los colores aplica a las cosas,
como si fuera un tolteca,
pinta los colores de todas las flores.

El mal pintor: corazón amortajado,
indignación de la gente, provoca fastidio,
engañador, siempre anda engañando.

No muestra el rostro de las cosas,
da muerte a sus colores,
mete a las cosas en la noche.

Pinta las cosas en vano,
sus creaciones son torpes, las hace al azar,
desfigura el rostro de las cosas.

Zuquichiuhqui: El alfarero

El que da un ser al barro:
de mirada aguda, moldea,
amasa el barro.

El buen alfarero:
pone esmero en las cosas,
enseña al barro a mentir,
dialoga con su propio corazón,
hace vivir a las cosas, las crea,
todo lo conoce como si fuera un tolteca,
hace hábiles sus manos.

El mal alfarero:
torpe, cojo en su arte,
mortecino.

Los fundidores de metales preciosos

Aquí se dice
cómo hacían algo
los fundidores de metales preciosos.
Con carbón, con cera diseñaban,
creaban, dibujaban algo,
para fundir el metal precioso,
bien sea amarillo, bien sea blanco.
Así daban principio a su obra de arte...

Si comenzaban a hacer la figura de un ser vivo,
si comenzaban la figura de un animal,
grababan, sólo seguían su semejanza,
imitaban lo vivo,
para que saliera en el metal,
lo que se quisiera hacer.

Tal vez un huasteco,
tal vez un vecino,



Artesanado tradicional: martilleo de una pieza de metal.

tiene su nariguera,
su nariz perforada, su flecha en la cara,
su cuerpo tatuado con navajillas de obsidiana.
Así se preparaba el carbón,
al irse raspando, al irlo labrando.

Se toma cualquier cosa,
que se quiera ejecutar,
tal como es su realidad y su apariencia,
así se dispondrá.

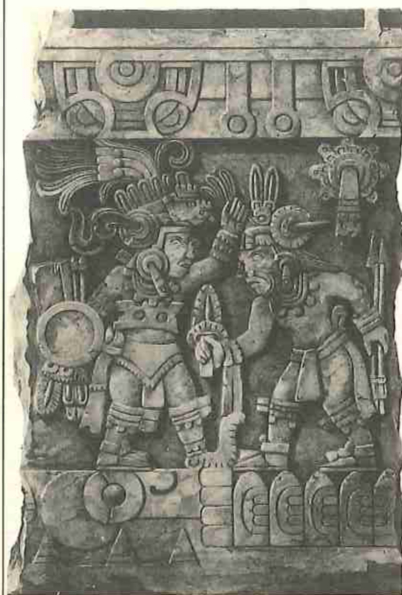
Por ejemplo una tortuga,
así se dispone del carbón,
su caparazón como que se irá moviendo,
su cabeza que sale de dentro de él,
que parece moverse,
su pescuezo y sus manos,
que las está como extendiendo.

Si tal vez un pájaro,
el que va a salir del metal precioso,
así se tallará,
así se raspará el carbón,
de suerte que adquiera sus plumas, sus alas,
su cola, sus patas.

Cuatro poemas nahua.
Literatura del México antiguo.
M. León Portilla.

Los sacrificios humanos

Pictogramas nahua, tradición oral mexica, crónicas de los conquistadores españoles, todo concuerda: los sacrificios humanos en masa eran práctica corriente y admitida entre los aztecas. ¿Cómo y por qué? Un testimonio de época y dos intentos de interpretación de autores contemporáneos.



De las ceremonias y sacrificios que se hacían en el segundo mes, que se llamaba *Tlacaxipehualiztli*

En el postrero día del dicho mes hacían una muy solemne fiesta a honra del dios llamado Xipe Tótec, y también a honra de Huitzilopochtli. En esta fiesta mataban a todos los cautivos, a hombres, mujeres y niños. Antes que los matasen, hacían muchas ceremonias que son las siguientes.

La vigilia de la fiesta, después de mediodía, comenzaban muy solemne areito y velaban por toda la noche los que habían de morir en la casa, que llamaban *calpulco.* Aquí les arrancaban los cabellos de medio de la coronilla de la cabeza; junto al fuego hacían esta ceremonia. Esto hacían a media noche, cuando solían sacar sangre de las orejas para ofrecer a los dioses, lo cual siempre hacían a la media noche. Al alba de la mañana, llevábanlos adonde habían de morir, que era el templo de Huitzilopochtli; allí los mataban los ministros del templo, de la manera que arriba queda dicho, y a todos los desollaban, y por eso llamaban la fiesta *tlacaxipehualiztli,* que quiere decir «desollamiento de hombres». Y a ellos los llamaban *xipeme* y por otro nombre *tototecti.* Lo primero quiere decir «desollados»; lo segundo quiere decir «los muertos en honor del dios Tótec».

Los amos de los cautivos los entregaban a los sacerdotes abajo, al pie del *cu,* y ellos los llevaban por los cabellos, cada uno al suyo, por las gradas arriba. Y, si alguno no quería ir de su grado, llevábanle arrastrando hasta donde estaba el tajón de piedra donde le habían de matar, y, en sacando a cada uno de ellos el corazón y ofreciéndole como arriba se dijo, luego le echaban por las gradas abajo, donde estaban otros sacerdotes que los desollaban. Esto se hacía en el *cu* de Huitzilopochtli.

Todos los corazones, después de haberlos sacado y ofrecido, los echaban en una jícara de madera, y llamaban a los corazones *cuauhnochtli,* y a los que morían después de sacados los corazones los llamaban *cuauhteca.*

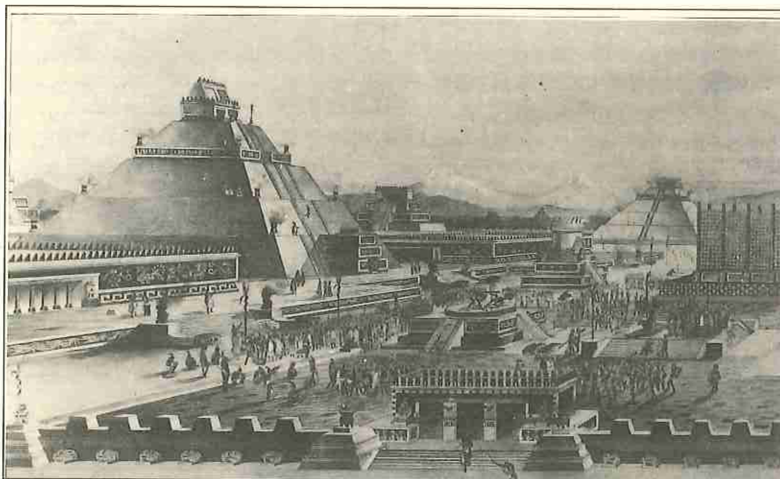
Después de desaollados, los viejos que se llamaban *cuacuacuiltin* llevaban los cuerpos al *calpulco,* donde el dueño del cautivo había hecho un voto o prometimiento. Allí le dividían y enviaban a Moctezuma un muslo para que comiese, y lo demás lo repartían por los otros principales o parientes; íbanlo a comer a la casa del que cautivó al muerto. Cocían aquella carne con maíz y daban a cada uno un pedazo de aquella carne en una escudilla o cajete, con su caldo y su maíz cocido, y llamaban a aquella comida *tlacatlaolli.* Después de haber comido, andaba la borrachería.

Otro día, en amaneciendo, después de haber velado toda una noche, acuchillaban sobre la muela a otros cautivos, como se dijo en el capítulo pasado, los cuales llamaban *cacanti.* También a éstos les arrancaban los cabellos de la corona de la cabeza, y los guardaban como reliquias.

Muchas otras ceremonias hacían en esta fiesta, que se quedan por no dar fastidio al lector, aunque todas están explicadas en la lengua.

Hacían en esta fiesta unos juegos que son los siguientes.

Con los pellejos de los desollados se vestían muchos mancebos, a los cuales llamaban *tototecti.* Poníanse todos sentados sobre unos lechos de heno o de *tízatl* o greda. Estando allí sentados, otros mancebos provocábanles a pelear, o con palabras o con pellizcos, y ellos iban tras los que incitaban a pelear; y los otros huían, y alzándoles comenzaban a luchar o pelear los unos con los otros, y se prendían



El gran templo de Tenochtitlán en cuya cima se practicaban los ritos del sacrificio.

los unos a los otros, y encerraban a los presos y no salían de la cárcel sin pagar alguna cosa.

En acabando esta pelea, luego comenzaban a acuchillar a los que habían de morir acuchillados en la muela. Peleaban contra ellos cuatro, los dos vestidos como tigres y los otros dos como águilas. Y, antes que comenzasen a pelear, levantaban la rodela y la espada hacia el Sol y luego comenzaban a pelear uno contra uno; y, si era valiente el que estaba atado y se defendía bien, acometíanle todos cuatro. En esta pelea iban bailando y haciendo muchos meneos los cuatro.

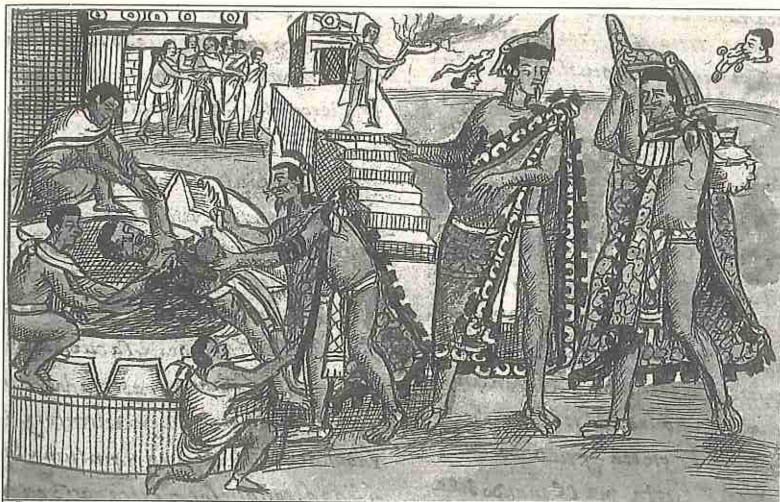
Cuando iban a acuchillar a los ya dichos, hacían una procesión muy solemne, de esta manera: salían de lo alto del *cu*, que se llama *iopico*, muchos sacerdotes, aderezados con ornamentos que cada uno representaba a uno de los dioses. Eran en gran número, iban ordenados como en procesión. Detrás de todos iban los cuatro, dos tigres y dos águilas, que eran hombres fuertes; iban haciendo ademanes de pelea con la espada y con la rodela, como quien esgrime, y, en llegando abajo, iban hacia donde estaba la piedra a modo de muela donde acuchillaban a los cautivos, y rodeábanla todos y sentábanse en torno a ella, algo apartados, en sus *icpales*, que llaman *quechol icpalli*. Estaban todos ordenados.

El principal sacerdote de aquella fiesta, que se llamaba Ioallaoa, se asentaba en el más honrado lugar, porque él tenía cargo de sacar los corazones a aquellos que allí morían. Y, estando sentados, comenzaban luego a tocar flautas, trompetas, caracolas, y a dar silbos y a cantar. Estos que cantaban y tañían llevaban todos banderas de pluma blanca sobre los hombros, en sus astas largas, y sentábanse todos ordenadamente en torno de la piedra, algo más lejos que los sacerdotes. Estando todos sentados, venía uno de los que tenían cautivos para matar, y traía a su cautivo de los cabellos hasta la piedra donde le habían de acuchillar. Allí, le daban a beber vino de la tierra o *pulcre*, y, como el cautivo recibía la jícara del *pulcre*, alzábala contra el oriente y contra el septentrión, y contra el occidente y contra el mediodía, como ofreciéndola hacia las cuatro partes del mundo; y luego bebía, no con la jícara, sino con una caña hueca, chupando. Y luego venía un sacerdote con una codorniz y cortábale la cabeza, arrancándosela delante del cativo que había de morir. Y luego el mismo sacerdote tomaba la rodela al cautivo y levantábala hacia arriba. Y luego la codoniz a la que había cortado la cabeza echábala atrás de sí.

Hecho esto, hacían subir al cautivo encima de la piedra redonda, a manera de muela, y estando encima de la piedra el cautivo, venía uno de los sacerdotes o ministros del templo, vestido con un cuero de oso, el cual era como padrino de los que allí morían, y tomaba una soga, la cual salía por el ojo de la muela, y atábale por la cinta con ella. Luego le daba su espada de palo, la cual en lugar de navajas, tenía plumas de aves pegadas por el corte; y dábale cuatro garrotes de pino con que se defendiese y con que tirase a sus contrarios.

El amo del cautivo, dejándole de esta manera ya dicha encima de la piedra, íbase a su lugar, y desde allí miraba lo que pasaba con su cautivo, mientras bailaba.

Luego los que estaban aparejados para



Sacrificio humano, según Diego Durán

la pelea comenzaban a pelear con el cautivo de uno en uno. Algunos cautivos, que eran valientes, cansaban a los cuatro peleando y no podían rendirle. Luego venía otro quinto, que era izquierdo, el cual usaba de la mano izquierda por derecha; éste le rendía y quitaba las armas y daba con él en tierra. Luego venía el que se llamaba Ioallaoa, y le abría los pechos y le sacaba el corazón.

Algunos de los cautivos, viéndose encima de la piedra atados, luego desmayaban y perdían el ánimo, y, como desmayados y desanimados, tomaban las armas; mas luego se dejaban vencer y les sacaban los corazones encima de la piedra.

Hablan los aztecas.
Historia General de las cosas de Nueva España.
Fray Bernardino de Sahagún.

Dos puntos de vista modernos sobre el sacrificio ritual de los aztecas

El punto de vista teleológico de J. Soustelle postula la completa unicidad del acto sacrificial con su representación ideológica: la sangre humana, alimento del dios-Sol, es el motor del universo de los hombres.

Estamos (...) obligados a constatar que la amplitud de los ritos sangrientos en México, lejos de derivar de una crueldad innata y que habría ido agravándose, coincide por el contrario con una evolución social y cultural marcada por la dulcificación de las costumbres. Paradoja, ciertamente, pero ante la cual uno no puede vacilar, pues procede de la evidencia de hechos conocidos.

Sin embargo, hay que intentar comprender bien, y para ello, no veo otro medio sino librarse en la medida de lo

posible del campo de gravitación de nuestra propia civilización para colocarnos en el universo mental de la antigüedad mexicana.

Lo que domina este universo, lo que impregna toda su concepción de las cosas y del hombre, es la idea de que la maquinaria del mundo, el movimiento del sol, la sucesión de las estaciones, no pueden mantenerse y durar más que alimentándose de la energía vital que contiene el «agua preciosa», *chalchiuatl*, es decir, la sangre humana (...).

Ya cuatro mundos, los Cuatro Soles, antes que el nuestro han perecido en cataclismos y el mundo en que vivimos sucumbirá también. Es, pues, una misión cósmica la que deben cumplir los hombres, y más concretamente el pueblo del Sol, la tribu azteca, para rechazar día tras día el asalto de la nada. Y es un milagro renovado en cada aurora el que hace surgir al sol una vez más con la condición de que los guerreros y los sacerdotes le hayan ofrecido su «alimento», *taxcaltiliztli*, la sangre y los corazones de los sacrificados.

Así, es una idea, llevada rigurosamente hasta sus consecuencias más extremas y (para nosotros) monstruosas, con una lógica perfectamente coherente, la que ha conducido a este paroxismo sangriento a una civilización que no descansaba sobre una base psicológica más inhumana y más cruel que otras. Lo que nuestro análisis no puede determinar es la relación, aparentemente evidente e indiscutible para los pueblos del México tardío, entre la continuidad de los fenómenos naturales y la ofrenda de sangre.

Estamos obligados a considerar esta noción como un dato, al igual que la forma de la casa, el ornamento o la ropa caracterizan a una cultura y no a otra, o que unos determinados fonemas son utilizados por una lengua y no por otra. No son necesarias más explicaciones: es simplemente una de las numerosísimas formas con que el hombre, ante los misterios de su propio destino, intenta representárselos para sacar de esta visión una regla de acción. Todo cuanto podemos decir es que a partir de cierta época, algunos pueblos han escogido esta *Weltanschaung* entre todas las que eran posibles mientras que los pueblos de la fase anterior, los de Teotihuacán y de Palenque, habían escogido otra (...).

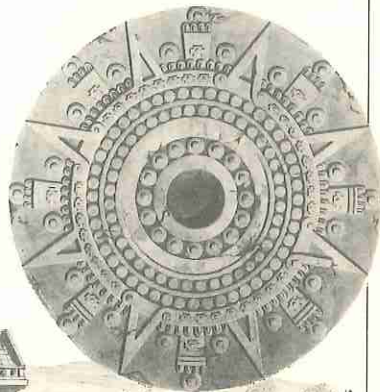
Sería realmente irrisorio querer explicar tales «superestructuras», a la manera marxista, mediante «infraestructuras» económicas y sociales.

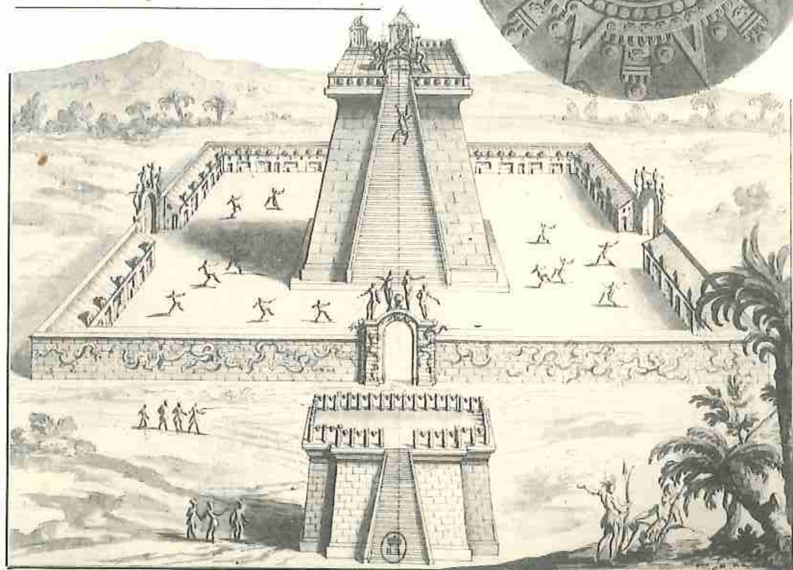
J. Soustelle,
Los Cuatro Soles.

La explicación metafísica del sacrificio humano deja a muchos especialistas perplejos. ¿No habría otras causas materiales, económicas, demográficas, en el origen de estas matanzas? Es lo que sugiere Ch. Duverger.

Sin intentar dar una explicación monista del sacrificio humano —empresa evidentemente condenada a priori por su vanidad—, podemos, sin embargo, describir el marco global de la aparición de las prácticas sacrificatorias sistemáticas en la Meseta Central. Ese momento, como se puede juzgar a partir de los datos históricos y arqueológicos, corresponde a un doble movimiento de efervescencia: por una parte, los recién llegados nahua a las inmediaciones de Tula se encuentran ante tierras acotadas y ocupadas desde muy antiguo por sedentarios que viven de la agricultura. Desposeídos de territorios de tránsito, los antiguos cazadores están inevitablemente abocados a entablar la lucha contra los propietarios autóctonos. Por otra parte, a la salida de las inmensas llanuras septentrionales, las inmediaciones del Valle de México aparecen como un estrecho estrangulamiento; el territorio se estrecha y la concentración demográfica aumenta. Las antiguas rivalidades entre tribus chichimecas, que encontraban antes su solución en la dispersión y el alejamiento recíproco, no dejan de exacerbarse en un contexto que tiende necesariamente a la promiscuidad. Para todas estas poblaciones de inmigrantes de origen nórdico, la lucha por el espacio vital debe llevarse a cabo en dos frentes: contra las tribus nahua rivales y contra las autóctonas. Es decir, que hasta la «*pax azteca*», la guerra fue endémica en todo el Altiplano. El sacrificio humano, que es un apéndice de la guerra erigida como sistema, se convertirá naturalmente en su valoración y su justificación ideológica.

Ch. Duverger,
El origen de los Aztecas.





Templo del Sol (abajo) en cuya cima se encontraba la piedra de los sacrificios (al lado).

Venturas y desgracias de la conquista

Marzo de 1519: Cortés aborda las costas de Yucatán. Ocho de noviembre de 1519: los españoles hacen una entrada triunfal en México. Expulsados el 30 de junio de 1520, lo sitian el 30 de mayo de 1521. El 13 de agosto, los defensores capitulan. Una epopeya de hombres y de dioses.

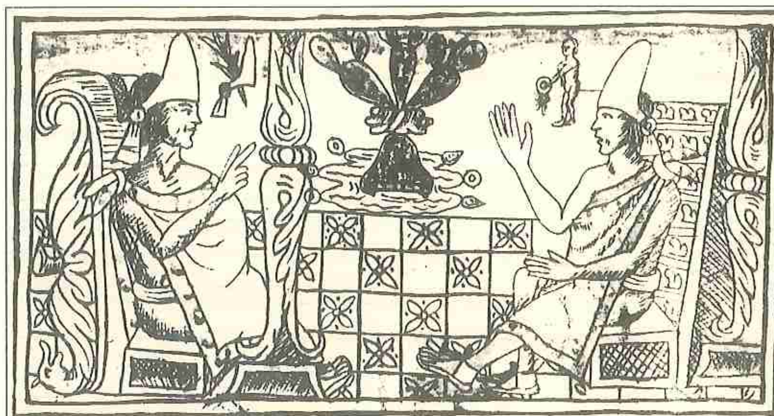


Muerte de Moctezuma II, lapidado por su propio pueblo según la leyenda española.

Visiones, sueños y encuentro

De las señales y pronósticos que aparecieron antes que los españoles viniesen a esta tierra, ni hubiera noticia de ellos.

Diez años antes de que viniesen los españoles a esta tierra, apareció en el cielo una cosa maravillosa y espantosa, y es que apareció una llama de fuego muy grande y muy resplandeciente. Parecía que estaba tendida en el mismo cielo. Era ancha de la parte de abajo, y de la parte de arriba aguda, como cuando el fuego arde. Parecía que la punta de ella llegaba hasta el medio del cielo. Levantábase por la parte del oriente después de la media noche, y salía con tanto resplandor que parecía el día.



El rey de Texcoco anuncia a Moctezuma la venida de los españoles.

Llegaba hasta la mañana; entonces se perdía de vista. Cuando salía el Sol, estaba la llama en el lugar en que está el Sol a mediodía; esto duró por espacio de un año cada noche. Comenzaba en las doce casas y, cuando aparecía a la media noche, toda la gente gritaba y se espantaba. Todos sospechaban que era señal de algún gran mal.

De lo que Moctezuma proveyó después que oyó las nuevas de los que vieron los primeros navíos.

Como hubo oído Moctezuma las nuevas de los que vinieron de la mar, mandó luego llamar al más principal de ellos, que llamaba Cuextécatl, y los demás que habían venido con la mensajería. Y mandólos que pusiesen guardas y atalayas en todas las estancias de la ribera de la mar: la una se llamaba Naulitlantoztlan, otra, Mictlancuactla, para que mirasen cuando volviesen aquellos navíos, para que luego diesen relación.

Con esto se partieron los *calpixques* o capitanes, y mandaron luego poner atalayas en dichas estancias. Y Moctezuma juntó luego sus principales, los más privados, y les comunicó las nuevas que habían llegado, y mostróles las cuentas de vidrio que habían traído los mensajeros, y díjoles:

—Paréceme que son piedras preciosas. Guárdense mucho en la recámara; no se pierda ninguna. Y, si alguna se perdiere, pagarla han los que tienen cargo de guardar la recámara.

Desde ahí a un año, en el año de trece conejos, vieron en la mar navíos los que estaban en las atalayas, y luego vinieron a dar noticia a Moctezuma con gran prisa. Como oyó la nueva Moctezuma, despachó a gente para el recibimiento de Quetzalcóatl, porque pensó que era él quien venía, porque cada día le estaban esperando. Y, como tenía relación que Quetzalcóatl había ido por la mar hacia el oriente y los navíos venían de hacia el oriente, por esto pensaron que era él. Envió cinco principales que le recibiesen y le presentasen un gran presente que le envió.

Estando los españoles en Itztapalapan, ninguno de los mexicanos fue a verles, ni osaban salir de sus casas ni andar por los caminos. Todos estaban amedrentados de lo que habían oído que los españoles habían hecho por todo el camino. Estaban esperando la muerte, y de esto hablaban entre sí, diciendo:

—¿Qué hemos de hacer? Vaya por donde fuere, ya es venido el tiempo en que hemos de ser destruidos. Esperemos aquí la muerte.

De cómo los españoles partieron de Itztapalapan para entrar en México.

Partieron los españoles de Itztapalapan, todos aderezados a punto de guerra, y en su ordenanza, por escuadrones. Fueron algunos de a caballo delante a descubrir si había alguna celada. Llevaban también dos lebreles delante. Iba en la retaguardia don Hernando Cortés con otros muchos españoles, todos armados y en su ordenanza. Tras ellos iba el bagaje y la artillería en sus carretones. Iban muchos indios de guerra con todas sus armas, muchos tlaxcaltecas y huexotzincas. De esta manera ordenados, entraron en México.

De cómo Moctezuma salió de paz a recibir a los españoles a donde llaman Xoluco, que es en el acequia que está cabe las casas de Alvarado o un poco más acá, que ellos llaman Vitzillan.

En llegando los españoles a aquel río que está cabe las casas de Alvarado, que se llama Xoluco, luego Moctezuma se aparejó para ir a recibirlos con muchos señores y principales y nobles, para recibir de paz y con honra a don Hernando Cortés y a los otros capitanes. Tomaron muchas flores hermosas y olorosas, hechas en sartales y en guirnaldas y compuestas para las manos, y pusiéronlas en platos muy pintados y muy



El encuentro: Moctezuma, subido al palanquín y debajo de un palio, recibe a Cortés y a sus hombres.

grandes, hechos de calabazas. Y también llevaron collares de oro y piedras.

Llegando Moctezuma a los españoles en el lugar que llaman Vitzillan, que es cabe el Hospital de la Concepción, luego allí, el mismo Moctezuma puso un collar de oro y piedras al capitán don Hernando Cortés, y dio flores y guirnaldas a todos los demás capitanes; habiendo dado el mismo Moctezuma este presente como ellos lo usaban hacer.

Luego don Hernando Cortés preguntó al mismo Moctezuma, y Moctezuma respondió:

—Yo soy Moctezuma.

Y entonces humillóse delante del capitán, haciéndole gran reverencia, y enhiestóse luego de cara a cara al capitán cerca de él, y comenzó a hablar de esta manera:

—¡Oh, señor nuestro! Seáis muy bien venido. Habéis llegado a vuestra tierra, y a vuestro pueblo y a vuestra casa, México. Habéis venido a sentaros en vuestro trono y en vuestra silla, el cual yo en vuestro nombre he poseído algunos días.

»Otros señores, que ya son muertos, lo tuvieron antes que yo. El uno que se llamaba Itzcoatl; el otro, Moctezuma el Viejo; el otro, Axayacatl; el otro, Tizoc; el otro, Ahuitzotl. Yo, el postrero de todos, he venido a tener cargo y regir este pueblo de México. Todos hemos traído a cuestas vuestra república y a vuestros vasallos. Los difuntos ya no pueden ver ni saber lo que ahora pasa. ¡Pluguiera a aquel por quien vivimos que alguno de ellos fuera vivo, y en su presencia aconteciera lo que acontece en la mía! Ellos están ausentes. Señor nuestro, ni estoy dormido ni soñando, con mis ojos veo vuestra cara y vuestra persona. Días ha que yo esperaba esto; días ha que mi corazón estaba mirando aquellas partes por donde habéis venido. Habéis salido de entre las nubes y de entre las nieblas, lugar a todos escondido.

»Esto es por cierto lo que nos dejaron dicho los reyes que pasaron, que habíais de volver a reinar en estos reinos, y que habíades de sentaros en vuestro trono y en vuestra silla. Ahora veo que es verdad lo que nos dejaron dicho. Seáis muy bien venido. Trabajos habréis pasado viniendo tan largos caminos. Descansad: ahora aquí está vuestra casa y vuestros palacios, tomadlos y descansad en ellos con todos vuestros capitanes y compañeros que han venido con vos.»

Acabó Moctezuma de decir su plática, y Marina declaróla a don Hernando Cortés. Como éste hubo entendido lo que había dicho Moctezuma, dijo a Marina:

—Decidle a Moctezuma que se consuele y huelgue, y no haya temor, que yo le quiero mucho y todos los que

conmigo vienen. De nadie recibirá daño. Hemos recibido gran contento en verle y conocerle, lo cual hemos deseado muchos días ha. Ya se ha cumplido nuestro deseo. Hemos venido a su casa, México. Después nos veremos y hablaremos.

Luego don Hernando Cortés tomó por la mano a Moctezuma, y se fueron ambos juntos a la par para las Casas Reales.

Hablan los aztecas.
Historia General de las cosas de Nueva España,
Fray Bernardino de Sahagún.

La toma de México, relatada por Hernán Cortés

Recibido como un dios, Cortés derriba a los ídolos del gran templo. A pesar de obtener el juramento de fidelidad de Moctezuma, la revuelta retumba en la ciudad. Emprende la conquista militar de México. Una aventura de la cual rinde cuenta, detalladamente, a su soberano, Carlos V.

Esta gran ciudad de Temixtitlán está fundada en esta laguna, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho a trecho, están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. E viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traición tenían par ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha priesa a facer cuatro bergantines, y los fice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della; porque es tan grande, que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta

Vista de Horizonte de México respecto á los quatro puntos cardinales que se han sacado para la Historia de

Itinerarios de H. Cortés (1519-1520)

Marcha sobre Tenochtitlán 1519
Retirada a Tlaxcala 1520

torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre, la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla.

Hay tres salas dentro desta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro destas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro désta están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales destos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo, e fice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Muteczuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, e que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había creado el cielo y la tierra y todas las cosas, e hizo a ellos y a nosotros, y que éste era



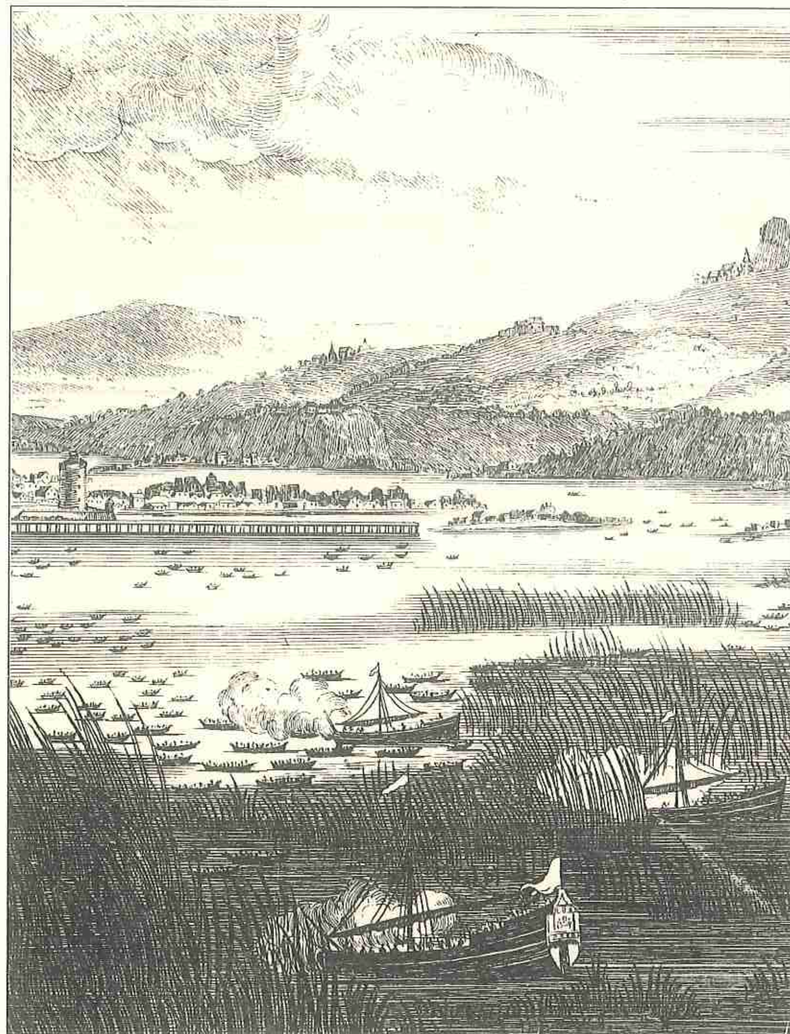
Sitio de México. En esta ciudad lacustre construida sobre una laguna, quien tenía los puentes, tendría más pronto o más tarde la victoria.

sin principio e inmortal, y que a él habían de adorar y creer, y no a otra criatura ni cosa alguna; (...) y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban; porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe y manda que el que matare lo maten. E de ahí adelante se apartaron dello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vio matar ni sacrificar alguna criatura.

Setenta y cinco días de sitio... A cada día, su escaramuza. Bajo los golpes de Cortés, la sociedad mexica se disgrega; Moctezuma muere. Alrededor de su sucesor, Guatimozin, pronto sólo quedan un puñado de fieles... Aquí está el relato de su rendición.

Siendo ya de día hice apercibir toda la gente y llevar los tiros gruesos, y el día antes había mandado a Pedro de Albarado que me esperase en la plaza del mercado y no diese combate fasta que yo llegase; y estando ya todos juntos y los bergantines apercibidos todos por detrás de las casas del agua, donde estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una escopeta que entrasen por una poca parte que estaba por ganar y echasen a los enemigos al agua hacia donde los bergantines había de estar a punto; y avisséles mucho que mirasen por Guatimucín y trabajasen de lo tomar a vida, porque en aquel punto cesaría la guerra. E yo me subí encima de una azotea, y antes del combate hablé con algunos de aquellos principales de la ciudad, que conocía, y les dije qué era la causa por que su señor no quería venir; que pues se veían en tanto extremo, que no diesen causa a que todos pereciesen, y que lo llamasen y no hobiesen ningún temor; y dos de aquellos principales pareció que lo iban a llamar. E dende a poco volvió con ellos uno de los más principales de todos aquellos, que se llamaba Ciguacoacín y era el capitán y gobernador de todos ellos e por su consejo se seguían todas las cosas de la guerra; y yo le mostré buena voluntad porque se asegurase y no tuviese temor; y al fin me dijo que en ninguna manera el señor venía ante mí, y antes quería por allá morir, y que a él pesaba mucho desto; que hiciese yo lo que quisiese; y como vi en esto su determinación, yo le dije que se volviese a los suyos y que él y ellos se aparejasen, porque los quería combatir y

acabar de matar; y así, se fue. Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde las



Fuera de la ciudad, desde el agua, los bergantines españoles, dotados de bocas de fuego, hacen estragos en la flotilla de canoas mexicanas.

canoas, que era grande, era tanta la pena que tenían, que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir; y no hacían sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hacia nosotros. Y por darse priesa al salir, unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos; que, según pareció, del agua salada quue bebían, y de la hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, que murieron más de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de las cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echasen fuera de su conversación, porque nosotros por la ciudad no lo viésemos; y salí por aquellas calles en que estaban: hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento.
Y también dije a todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían; y no se pudo tanto estorbar, y como eran tantos, que aquel día no mataron y sacrificaron más de quince mil ánimas; y en esto todavía los principales y gente de guerra de la ciudad se estaban arrinconados y en algunas azoteas y casas y en el agua, donde ni les aprovechaba disimulación ni otra cosa porque no viésemos su perdición y su flaqueza muy a la clara. Viendo que se venía la tarde y que no se querían dar, fice asentar los dos tiros gruesos hacia ellos, para ver si se darían, porque más daño recibieran en dar licencia a nuestros amigos que les entraran que no de los tiros, los cuales ficieron algún daño. E como tampoco esto aprovechaba, mandé soltar la escopeta, y en soltándola, luego fue tomado aquel rincón que tenían y echados al agua los que en él estaban; otros que quedaban sin pelear se rindieron; e los bergantines entraron de golpe por aquel lago y rompieron por medio de la flota de canoas, y la gente de guerra que en ellas estaba ya no osaban pelear; y plugo a Dios que un capitán de un bergantín, que se dice Garci Holguín, llegó en pos de una canoa en la cual le pareció que iba gente de manera; y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín y iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y prendiéronle a él y a aquel Guatimucín, y a aquel señor de Tacuba, y a otros principales que con él estaban; y luego el dicho capitán Garci Holguín me trujo allí a la azotea donde estaba, que era junto al lago, al señor de la ciudad y a los otros principales presos; el cual, como le fice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse a mí y díjome en su lengua que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora ficiese dél lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase. E yo le animé y le dije que no tuviese temor ninguno; y así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dan conclusión martes, día de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años. De manera que desde el día que se puso cerco a la ciudad, que fue a 30 de mayo del dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco días, en los cuales vuestra majestad verá los trabajos, peligros y desventuras que estos sus vasallos padecieron, en los cuales mostraron tanto sus personas, que las obras dan buen testimonio dello.

Hernán Cortés,
Cartas de la conquista de México.


Cortés vencedor en Tabasco, el 18 de marzo de 1519.

Los cantos tristes de la Conquista

Se ha perdido el pueblo mexicatl

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.
Por agua se fueron ya los mexicanos; semejan mujeres; la huida es general.
¿Adónde vamos?, ¡oh amigos! Luego ¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México: el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...
Con llanto se saludan el Huiznahyácatl Motelhuihtzin, el Tlailotlácatl Tlacotzin, el Tlacatecuhtli Oquihtzin.
Llorad, amigos míos, tened entendido que con estos hechos hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida.
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.
Sin recato son llevados Motelhuihtzin y Tlacontzin.
Con cantos se animaban unos a otros en Acahinanco, ah, cuando fueron a ser puestos a prueba allá en Coyoacan...

Elegía de un poeta nahua postcortesiano.

Poema que narra la situación de los sitiados durante el asedio de México-Tenochtitlán

Los últimos días del sitio de Tenochtitlán

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
nosotros lo admiramos.
Con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero no con escudos puede ser sostenida su soledad.

Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...

Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban,
en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.

Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte torta de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso,
en nada fue estimado...

Poema nahua, 1528

Dos poemas más de 1528 sobre el trauma de la conquista

La ruina de tenochcas y tlatelolcas

Afánate, lucha, ¡oh Tlacatéccatl Temilotzin!:
ya salen de sus naves los hombres de Castilla y los de las Chinampas.

¡Es cercado por la guerra el tenochca;
es cercado por la guerra el tlatelolca!
Ya viene a cerrar el paso el armero Coyohuehuetzin;
ya salió por el gran camino del Tepeyac el acolhua.

¡Es cercado por la guerra el tenochca;
es cercado por la guerra el tlatelolca!
Ya se ennegrece el fuego;
ardiendo revienta el tiro,
ya se ha difuminado la niebla:

¡Han aprehendido a Cuautémoc!
¡Se extiende una brazada de príncipes mexicanos!
¡Es cercado por la guerra el tenochca,
es cercado por la guerra el tlatelolca!

Cantares mexicanos.

La prisión de Cuauhtémoc

Pasados nueve días son llevados en tumulto a Coyohuacan,
Cuauhtemoctzin, Coanacoch, Tetlepanquetzaltzin:
prisioneros son los reyes.

Los confortaba Tlacotzin y les decía:
Oh, sobrinos míos, tened ánimo: con cadenas de oro atados,
prisioneros son los reyes.

Responde el rey Cuauhtemoctzin:
Oh, sobrino mío, estás preso, estás cargado de hierros.
¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?
¡Ah, es doña Isabel, mi sobrinita!
¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!
Por cierto serás esclava, serás persona de otro:
«será forjado el collar, el quetzal
será tejido en Coyohuacan.
¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?
¡Ah, es doña Isabel, mi sobrinita!
¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!»

En *Crónicas indígenas. Visión de los vencidos.* M. León Portilla.

La resistencia al cristianismo perdurará aún mucho tiempo. Lo atestiguan, por ejemplo, las declaraciones de Andrés Mixcoatl, hombre-dios, ante el tribunal del Santo-Oficio, el 14 de septiembre de 1537.

«Preguntado cómo se llama, dixo que Andrés, é que es cristiano, y que lo baptizó un fraile de Texcoco que no sabe su nombre, e que habrá cinco años que fue bautizado; oía la doctrina cristiana de siete en siete días, en Texcoco, de los religiosos de la orden de San Francisco, y de los discípulos suyos, muchachos que allí tienen, los cuales les predican y decían que dexasen sus ídolos e idolatrías y ritos y creyesen en Dios, y otras muchas cosas, e que él confiesa que no haciendo aquello que le decían, de tres años a esta parte ha predicado y dicho que no es nada lo que los frailes predicaban, y que él era dios, y que sacrificasen delante de él y que tornasen a sus ídolos y sacrificios como de antes, e que él hacía llover cuando llovía, por lo cual le ofrecían y le daban papel y copal y otras muchas cosas y heredades.

Lo cual predicaba muchas veces públicamente en muchos lugares; e que en Tepehualco, podrá haber cuatro años que se hizo dios, e que no llovía, e que hizo ciertos encantamientos con copal y otras cosas, de noche, y que a otro día llovió mucho; por esta causa le tuvieron por dios y los chuchumecas mataron a un papa que tenía allí diciendo que él no sabía nada ni hacía llover; y este Andrés Mixcoatl dice que declara que haciendo que hacía aquellas supersticiones y hechicerías, soñaba que el diablo le hablaba y le decía: "haz esto y lo otro"; y que lo mismo que hizo en Tepehualco hizo en Tepetlaoztoc, que hizo ciertas ceremonias y ofreció copal, y llovió, y lo tuvieron por dios, e que esto habrá tres años (...).»

Pese a la evangelización precoz de la comarca, Andrés no dio pruebas de un entusiasmo particular. Como muchos, recibió el bautismo: ¿cómo podría ser de otro modo puesto que Chiautla sólo está a unos pasos de Texcoco? De ahí le vino ese nombre cristiano que las fuentes españolas agregaron a su apellido indígena (Mixcóatl, «la serpiente de nubes») pero que, para él como para sus congéneres, seguía siendo una identidad añadida. La enseñanza del catolicismo por parte de los franciscanos —o por discípulos interpuestos— no parece haberlo transformado en un neófito convencido, pero le permitió asimilar algunos rudimentos de los cuales supo sacar provecho. (...)

Andrés tiene características indiscutibles de chamán: practica la adivinación con los granos de maíz, cura, ejerce acción sobre las nubes y los elementos, recurre a los alucinógenos (los hongos). Pasaría fácilmente por uno de esos *tlaciuhque* que comunican con la divinidad y que, de realizarse sus oráculos, «son adorados y considerados como dioses».

S. Gruzinski,
El poder sin límites. Cuatro respuestas indígenas a la dominación española

Brujería y sincretismo bajo la dominación española

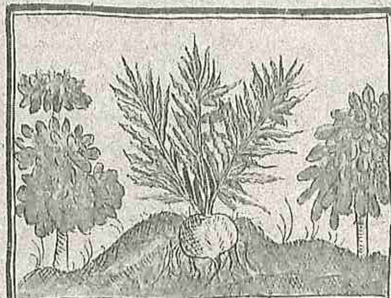
La victoria de las armas no asegura nunca la dominación de las almas. En los siglos XVI y XVII, ofrendas y devociones a las divinidades tutelares coexisten de manera extraña con la adoración del Dios único de los cristianos...

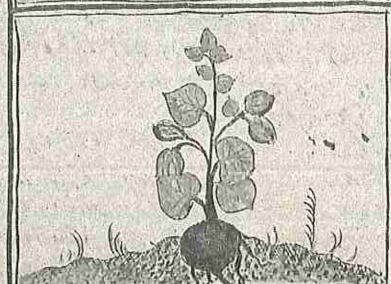
Curanderos y brujos

Domingo Hernández es originario de Tlaltizapan, un pueblo nahua a la orilla derecha del río Yuatepec. Allí se fraguó una reputación de santidad desde que recibió del cielo «la virtud de curar las enfermedades». Fue en los primeros años del siglo XVII.

Cuando peor estaba, dos personas vestidas con túnicas blancas se le aparecieron y se lo llevaron muy lejos de allí a otro lugar donde se encontraba un enfermo, y allí le soplaron aire. Después le condujeron a otra parte donde encontraron a otro enfermo y de nuevo le soplaron aire. Luego le dijeron: «volvamos a tu casa, pues ya te lloran; descansa ahora, pues pasado mañana volveremos a buscarte».

Libro vndecimo.





palanj in acaio, moteci oncan contlalia in canjn palanj tonaca io, aço paltic, anoço tehtic in vncan compachoa. 3.

¶ Navi ivipil, anoço xoxoctic, ça tlanelhoatl, ololtontli, amo vei, tlatlactic injcoaio: auh injiollo, istac: inj quijllo, iuhquin istaquilitl. quauhtla imuchioaia: icpati in aquique tlatlaci. Auh injc muchioa. Chilla tolli, quijchioa, nextamalli quijchedaa, yoā chilli, quj cenpoçonja, conj in cocoxquj. no yoan. icpati in aquin mjxtlevia, quitaci, çan cochipinja ichcatica, injxcol. 3.

¶ Tlalcacaoatl, çan tlanelhoatl, ololtontli, injcoaio tliltic, auhmj

Al volver en sí, en aquel momento, se dio cuenta que su entorno le lloraba como si hubiera muerto.

Los dos personajes vestidos de blanco volvieron tres días más tarde. Como la primera vez le llevaron a ver a los dos enfermos y soplaron sobre él lo mismo que antes. En aquel momento le dijeron:

«Date prisa si quieres ver a tus padres, a tus abuelos y al resto de tu familia, pero si te encuentran no debes de ningún modo responderles, si no te quedarás con ellos y no regresarás al mundo.»

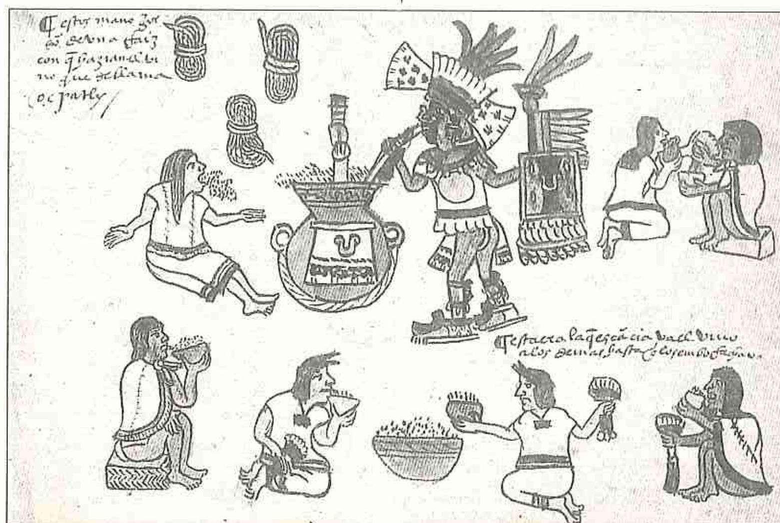
Luego vio dos caminos, uno muy ancho que muchos tomaban —era el de los condenados— otro estrecho, desigual, cubierto de maleza, de juncos y de espinos. Era, le dijeron, el camino de nuestro Redentor. Vio que pocos lo seguían y que mucha gente tomaba el camino ancho.

Los personajes de túnica blanca le ordenaron que les siguiera y llegaron a las casas de los prodigios donde le dijeron:

«*Xitlamahuico*, mira y presta mucha atención en lo que veas. Observa lo que ocurre a los que se emborrachan, evítalo, no vuelvas a beber... (y otras muchas cosas al respecto), si no soportarás los mismos suplicios. Abandona inmediatamente el *pulque*, de lo contrario dentro de tres días volverás aquí. Vamos ahora a tu casa, pues ya te lloran y no tendrían que meterte en la tierra.

Después le dijeron: «escucha, tú que eres pobre y miserable, he aquí lo que te dará en el mundo de qué beber y comer.»

Le enseñaron las palabras (...) con las que desde entonces no ha dejado de curar y de alcanzar éxitos con sus tratamientos, incluso con los más atrevidos.



Fiesta del pulque, la cerveza de maguey, con la que los mexicanos se han emborrachado desde siempre.

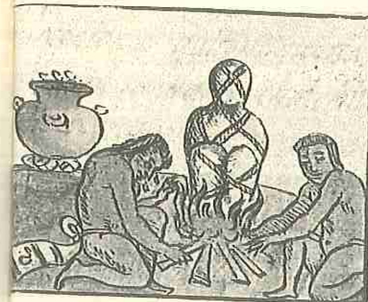
Entonces, lo recondujeron a su casa donde, vuelto en sí, se dio cuenta de que lo lloraban como si hubiera muerto.

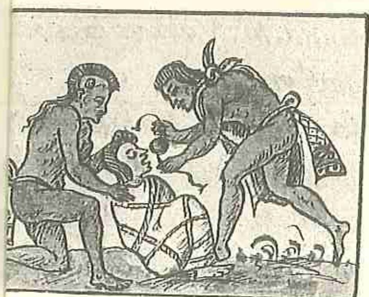
Contaba después que, esa misma noche, tres damas magníficamente vestidas de blanco, y únicamente de ese color, vinieron a visitarlo, y relataba alguna de las palabras que habían intercambiado. Si hay que creerle, se trataba de la Virgen Nuestra-Señora, de la Verónica y de otra dama que no identificó. Nuestra-Señora decía que Cristo Nuestro Señor había capturado a este enfermo y que tenía que socorrerlo. La Verónica le obedeció y le envió aire con un trozo de tela. Entonces volvió en sí y desde por la mañana se encontró bien.

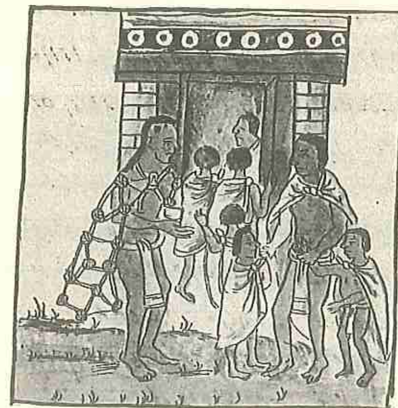
Las visiones de Domingo Hernández,
en H. Ruiz de Alarcón,
Tratado de las supersticiones, 1629.











Bautizos, funerales, ritos religiosos; ceremonias cristianas que integran aún las prácticas tradicionales indias después de la conquista española.

El Español y el brujo

Puebla, 1665. Testimonio de un español de Huamantla en el juicio de los indios «idólatras».

Hace seis años de esto, un indio llamado Juan Coatl (es decir, «serpiente nublada») del pueblo de San Juan Ixtenco (...) me dijo que quería hacerme rico como lo había hecho para otros. Para ello yo debía acompañarlo a la Sierra de Tlaxcala donde me daría mucho oro y plata con la condición de que hiciera un ayuno que consistía en abstenerse de mujeres dos días antes de la Ascensión.

Y, en efecto, movido por la codicia y la curiosidad de ver si el indio se entregaba a actos malos o supersticiosos, acompañado de otro español, trepé con Juan Coatl a esa montaña. Una vez llegado a una cabaña que se parecía a una ermita, el indio encendió unas velas, quemó copal e incienso en la choza. Después, dejándome allí, me dijo que le esperara antes de desaparecer en la montaña. Volvió después de largo rato y me reprochó el no haber venido de buena fe porque había infringido el ayuno prometido y tenía un hermano en la Iglesia. Por eso es por lo que no me daba la plata que le había enviado a buscar, por eso es por lo que el dueño de estos parajes (que era algo divino) estaba enojado. A pesar de ello, iba a conseguirme riquezas en cantidad.

Al ver que todo eso no era más que un truco, dejé al indio. Me encontré con él cuatro meses más tarde y le pregunté por qué razón no cumplía la promesa de hacerme rico como, decía, lo había hecho con otros. Me respondió que la montaña estaba muy enfadada porque uno de mis hermanos era sacerdote y para apaciguar su cólera se había dirigido a otra montaña que llamaban la *Caldera.* Allí, mientras dormía, su protector se le había aparecido para decirle que se levantara y fuera a anunciar a la gente de Huamantla y de San Juan (Ixtenco) que se había tranquilizado y que ya no estaba ofendido con ellos por haber revelado esas informaciones; un fuerte chaparrón que debía caer aquel día sería la señal de ello. Y, si hemos de creer al indio, así sucedió (...). He oído decir a los indios que se le tiene por gran sacerdote, que casa y bautiza escogiendo el nombre según el día del nacimiento en un calendario que tiene. Sube a la Sierra de Tlaxcala con indios e indias.

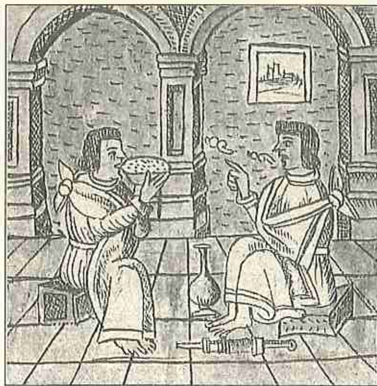
Según la investigación llevada por el tribunal eclesiástico del obispado de Puebla.

Él mismo, o por mediación de antiguos *fiscales* de San Juan (Ixtenco), reúne candelas, copal, incienso y gallinas (...) y sube a la Sierra o montaña de Tlaxcala donde, dicen, tiene una gruta que se encuentra del lado del manantial que baja hasta san Juan Ixtenco pasando por Canoas: dos cruces permiten localizar el

lugar. A la entrada de la gruta, enciende las candelas y en su interior conserva ídolos; entre ellos un lienzo pintado que representa a una india con jóvenes indígenas adorándola, a sus pies; otro lienzo que representa a un personaje de rasgos indígenas, que lleva la *tilma* (capa), con un bastón en la mano; otras dos pinturas, una que representa cuatro serpientes y otra una gran serpiente enroscada (...). Se descubrieron junto a otros ídolos y a un trozo de ropas que se ofrecían en el santuario de San Juan Coatl (...).

Luego, en compañía de otras dos personas, entra en la gruta con candelas encendidas y mucho copal. De esta forma pasan allí un día y una noche adorando a los ídolos (...), pues Juan Coatl les dice que son sus verdaderos dioses, los que dan agua, buena siembra y todos los demás bienes que poseen, que en ellos es en los que deben creer y en un ídolo que él les enseña diciéndoles que es su Virgen. No tienen que creer en el dios de los españoles ni en la Santísima Virgen. Las veces que deben ir (a la gruta) les ordena que ayunen, lo que quiere decir abstenerse de acostarse con sus mujeres y si, por casualidad, uno de ellos lo infringe, los trata de «perros que no ayunan». Uno de ellos, entre otros, cuenta lo que le ha pasado por no haberse abstenido en esa ocasión: en el momento de entrar con él, Juan le dijo que no era más que un «sucio perro borracho», que no venía en ayunas. Los demás se extrañaron de que supiera lo que hacía cada uno. Según la mujer de Coatl, cuando tiene que subir a la montaña, se abstiene la noche anterior. (Los indios) confiesan también que cuando el cura se presentaba en el pueblo, Juan reprendía a los niños y a los adultos que iban a su encuentro: ¿por qué buscar al cura cuando él era más que el cura, hablaba con los dioses y les proporcionaba lo que necesitaban? Y repetía que no debían creer en Dios, sino en sus ídolos.

Extractos del juicio a Juan Coatl, en S. Gruzinski, *El poder sin límites*



El curandero y la Virgen

Yuatepec, 11 de septiembre de 1761: Interrogatorio a Antonio Pérez, el «pastor», de la aldea de Tlacoxcalco en el pueblo de Ecatzingo, de cuarenta años de edad, «por haber cuidado ovejas en otro tiempo».

«Dijo que viviendo cuatro años ha en el rancho de Gómez de Tetizicayac, del partido de Atlatlahucan, acompañó a un padre dominico desde aquel paraje hasta el pueblo de Yecapixtla (que no sabe el nombre de dicho padre, ni de dónde es, ni dónde está, que quizás sería el diablo) y solamente se acuerda que en el camino le

dijo que el declarante estaba ya condenado porque era muy borracho y que entonces le dio ciertas lecciones para curar enfermos, mandándole que usara de la agua del vestido que es la lama, huevos, jabón, leche, aceite de comer, hierba buena, cáscaras de tomate según las especies de enfermedades, para todas las cuales, hasta para el dolor de muelas, le enseñó medicamentos. Entre los cuales fue uno el dar vapores cogiendo seis tezontles iguales y rociándoles con agua cocida de ruda, estafiate y artemisa, apartarlos después y meterlos entre las piernas de los dolientes.

Que en todas estas curaciones rezaba el Credo como lo enseña la Santa Iglesia y con efecto, habiéndosele preguntado, lo dijo bien. Y que también añadió estas palabras: "En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Amén", poniendo primero su confianza en Dios y después en las hierbas. Que cuando iba sanando, el enfermo rezaba el acto de contrición y que todo lo ejecutaba porque se lo dijo el padre dominico a quien desde entonces no ha visto más. Que del modo referido curó del rabardillo a Magdalena de Tetelcingo, a su mujer Ana María de dolor de barriga, a Domingo (cuyo apellido y pueblo ignora) de una llaga en una pierna (...).

Habiendo comprado en seis reales a un pintor llamado Bentura un lienzo de un santo Cristo como de media vara ya muy viejo, lo tuvo en su casa y se le renovó muy bien y con este motivo acudía mucha gente a ofrecer rosas y velas, y por ello lo prendió el cura de Atlatlahucan, don Jacinto Valera, quien después lo soltó para que lo llevara a su casa a entregar



el santo Cristo y que, queriendo ejecutarlo, el declarante se halló de repente con su lienzo en una cueva que está en la barranca en un lado de Atlatlahucan, siendo llevado por los aires sin saber por quién, que allí permaneció un rato y luego pasó a Chimalhuacan en donde entregó el lienzo referido al cura ministro que lo puso en su iglesia entre vidrieras. Y que porque el declarante recogía allí limosna de dinero y velas, lo regañó y arrojó de ella dicho cura ministro.

Que ocho días después encontró en el paraje nombrado Zabaleta a un padre dieguino que le rogó le acompañase a Puebla y que, habiendo consentido, se halló de repente en medio del volcán junto con el referido padre y que éste le dijo que no estuviera triste por el santo Cristo que le habían quitado, que él le daría otro. Y que con efecto le dio una cabeza como de vidrio, y le mandó que le hiciera el cuerpo de ciprés. Lo que ejecutó, valiéndose de un pintor cuyo nombre ignora y lo formó en figura de santo entierro y que delante de él, encendía velas, rezaba credos y el Alabado; que cuando le prendieron tenía esta imagen en su casa y no sabe en qué habrá parado. Que el mismo padre le dijo que en una cueva del volcán hallaría un arco y debajo de él la Virgen; que luego habría dos aguajes nuevos en Chimalhuacan.

Que por entonces despreció este aviso y así se mantuvo año y medio, pero pasado este tiempo, viendo que se le salía el alma, buscó y llevó consigo para testigos a Miguel Aparicio, Faustino, Antonio de la Cruz y Pascual de Santa María; y habiendo llegado a la cueva, vieron una señora con un manto muy resplandeciente y un bulto tapado como muerto, el que no descubrieron y todavía permanece así; que se hincaron y rezaron diez credos, que hicieron después una imagen de ayacahuite y le pusieron los títulos de la Luz, de la Palma, Oliva, Azucena (porque así lo ordenó el padre dieguino cuando habló con él) como también el que la hicieran a imitación de la que estaba en la cueva (que es el bulto que parecía muerto); y que después de hecha la llevara a la iglesia de Yautepec y luego a la cueva donde hallaría todas las insignias de la Pasión y que lo acompañaran a este acto treinta y siete hombres.

Y que aunque no se ejecutó lo de llevar la imagen a la iglesia, pero sí la condujo a la cueva acompañado de cinco personas de Ecatzingo, es a saber, Mateo su hijo, Felipe su hermano, María Teresa y Diego,



y otros veinticinco de Samatitlan, que fueron el fiscal Pedro, Pascual de Santa María y otros de cuyos nombres no se acuerda. Que habiendo llegado, desenterró de un hoyo todos los instrumentos de la Pasión que eran de barro y los llevó a su casa; que Pascual de Santa María llevó a la suya a la Virgen y delante de ella rezaban el rosario y el Alabado, danzaban y tañían y que estando esto en una tarde fue cuando entró el cura a prenderlos...»

S. Gruzinski,
El poder sin límites



Grandeza y miseria de los descendientes de los «hombres-dioses»

Dispersadas y expoliadas por cuatro siglos de colonialismo, las poblaciones indias y mestizas del siglo XX acampan a las puertas de México, la tentacular. Hoy su devenir oscila entre la extinción en parcelas descuidadas y la emigración a la megalópolis prohibida. Lo atestiguan estas palabras de indios recogidas por una etnóloga mexicana.



Barrio popular de México a principios de siglo.

Entre los campesinos más pobres, es común la opinión que se expresa en las palabras de Justino Esquivel, de Toxi: «Antes iba poca gente a México porque no lo conocían. Ahora, en México, creen que uno va a vender, nada más por no querer trabajar, y hasta le echan a uno petróleo en la fruta, pero es por necesidad. Mientras el gobierno no nos dé algo en qué trabajar, tendremos que seguir yendo.»

«...(En la ciudad) nos levantan, nos castigan, luego nos meten en la cárcel; pero ni modo, si lo hacemos por necesidad, lo vamos a seguir haciendo. Durante Uruchurtu (un regente de la ciudad conocido por sus medidas estrictas): nomás lo veían a uno en la calle o sentado en un jardín, y te agarraban: —Vamos al bote, ¿qué estás haciendo allí? Mientras no tengamos documentos, no hay más que la obra. Pues ¿cuándo nos van a dar documentos? Mírenos nada más (mostrando su ropa vieja y raída). Sí, no vamos a mentir, aquí nos ve. ¿Va usted a decir que somos ricos? Si aquí no hay cómo, por eso nos vamos a México.»

Además de la dificultad de sobrevivir económicamente en el pueblo, se hace hincapié en lo arduo e inseguro del trabajo de campo. Un muchacho joven lo resumió así: «Aquí no hay trabajo, no gana uno nada. Trabaja uno con el patrón de nueve a nueve, se friega uno mucho para ganar diez pesos. Y la raíz de zacatón es trabajo bien duro. Madruga uno, a las seis, para llegar luego a las seis de la tarde, a veces hasta las ocho, y bien polveado. Es mucha chinga... Por eso nos vamos a México, y si Dios nos da licencia nos vamos a seguir yendo, porque aquí no se gana nada.»

Las opiniones anteriores contrastan con las que se escuchan entre los campesinos mestizos que expresan otras preocupaciones. Una muestra de ellas es la siguiente: «Dentro de veinte años, ya nadie va a trabajar el campo. Yo quisiera que mis hijos fueran un poquito más que yo. Ya no quieren trabajar en la yunta, por eso nos vamos (a la ciudad de México). Necesitan preparación, estudio; si ya piden el certificado de secundaria para un trabajo regular... y aquí no les puedo dar escuela a todos (tiene 9 hijos), por eso yo creo que ya me voy para México.»

En general, entre los campesinos mazahuas, sobre todo los que no han vivido en la ciudad, se tiene una opinión muy favorable de la ciudad, el famoso mito que atrae a los migrantes a las urbes. Comentarios como: «Yo me siento contento de salir a México y a otras partes, porque sé que por allá se gana buen dinero...»

Es significativo el que, para la generalidad de los mazahuas, el éxito en la ciudad sea algo misterioso, cuyas causas no llegan a comprender. Al fin, lo atribuyen a la voluntad de Dios o a la suerte: «Yo no sé si será la suerte, no sé por qué, pero algunas gentes se van a México, y lueguito suben. Y les va bien. También hay otros que se están un rato, y luego se tienen que regresar, no consiguen nada. Yo así. No sé si será la suerte», musitó un informante.

Entre los migrantes en la ciudad, los que han logrado un ingreso adecuado, y se han establecido allí, se encuentran satisfechos de haber migrado. Los que, a la inversa, no han encontrado un empleo permanente y viven en la mayor pobreza en vecindades o ciudades perdidas, se quejan con amargura de su situación.

Otros, a manera de salvación mental, al igual que los del pueblo que embellecen a la ciudad en sus sueños, empiezan a imaginar que la vida en los pueblos es «más bonita». «Si hubiera oportunidad en Dotejiare, me regresaría. A la mayoría de los que están allí les va bien, pues saben manejar muy bien su negocio, levantan buenas cosechas... El cuarto donde vivo es feo, se está mejor en Dotejiare. Allá es tranquilo, tiene uno su casa, aunque sea humilde, pero tiene...», y «allá en el pueblo te das tu gusto y puedes criar un animalito...» y «...es mejor para los niños, porque está más descampado...», son algunos de los comentarios que se escuchan.

Lo que resalta en esta revisión de diversas opiniones es que no tienden a ser muy subjetivas —a excepción de los mitos pareados que ensalzan, lo mismo la vida en la ciudad que en el campo—, sino que constituyen, por lo general, apreciaciones bastante objetivas de las condiciones muy concretas que rodean a los individuos. Así, por ejemplo, los campesinos mazahuas más pobres ni siquiera hacen un juicio de valor sobre la migración: se limitan a llevarla a cabo.

Lourdes Arizpe,
Migración, etnicismo y cambio económico



El Imperio Azteca en la época de la Triple Alianza

BIBLIOGRAFÍA

Autores del siglo XVI:

Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias,* Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

Casas, Bartolomé de las, *Historia de las Indias,* Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Túmulo imperial,* Porrúa, México, 1963.

Cortés, Hernán, *Cartas de relación,* Sarpe, Madrid, 1985. (Hay múltiples ediciones.)

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* Historia 16, Madrid, 1984 (2 vols.).

Ixtlixóchitl, Fernando de Alva, *Historia de la nación chichimeca,* Alfredo Chavero, México, 1892.

Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán,* Historia 16, Madrid, 1985.

López de Gómara, *Historia de la conquista de México,* Porrúa, México, 1943.

Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España,* Porrúa, México, 1956.

Crónicas indígenas. Visión de los vencidos, edición de M. León Portilla, Historia 16, Madrid, 1985.

Hablan los aztecas, Prólogo de Juan Rulfo, edición de Claus Litterscheid, Tusquets editores, 1985.

Idea y querella de la Nueva España, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

Literatura del México Antiguo. (Los textos en lengua nahuatl), edición de M. León Portilla, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 1978.

Obras modernas:

Castro, Américo, *La realidad histórica de España,* Porrúa, México, 1954.

Garibay, Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl,* Porrúa, México, 1953.

Gibson, G., *Los aztecas bajo el dominio español,* Siglo XXI, México, 1967.

Hanke, Lewis, *El libro del conquistador,* F.C.E., México, 1954.

Orozco y Berra, Manuel, *Historia de la dominación española en México,* Porrúa, México, 1938.

Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad,* F.C.E., México, 1969.

Reyes, Alfonso, *Letras de la Nueva España,* F.C.E., México, 1948.

Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México,* Jus, México, 1947.

Sánchez Albornoz, Claudio, *España. Un enigma histórico,* Sudamericana, Buenos Aires, 1962.

Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano,* F.C.E., México, 1940.

Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas,* F.C.E., México, 1958.

Fechas	Períodos	Mayas-Toltecas	Xochicalco/Tula	Aztecas
650 a 950	«Epiclásico»	879: fecha sobre un dintel maya en Chichen Itza	De 650 a 950: Xochicalco III. Templo de la Serpiente emplumada, tres estelas. 856: Fundación de Tula por los Toltecas	
950 a 1200	Posclásico	967: Quetzalcóalt deja Tula para Chichen Itza Final siglo X o principios siglo XI: primer Castillo de Chichen Itza Final siglo XI o principios siglo XII: segundo Castillo Siglo XII: juego de pelota de Chichen Itza Final siglo XI o principios siglo XII: principio de la metalurgia del oro y del cobre En el Petén: nueva ocupación de Tikal del siglo XI al siglo XIII 1194: Inicio de la liga de Mayapan	967: Marcha de un grupo de Toltecas conducidos por Quetzalcóatl hacia Chichen Itza 1168: Destrucción de Tula por los Chichimecas. Fin del poder tolteca	1168: caída de Tula ante los Chichimecas Los Aztecas emprenden camino
1200 a 1519	Posclásico tardío	1224: Fin de la dominación tolteca enYucatán Invasión de los Itzas Siglo XIII: principales edificios de Tulum 1263: Los Itzas en Mayapan 1283: Guerra civil con los Cocoms Siglo XIII: Construcción de Mixco Viejo (Guatemala) 1441: Fin de la liga de Mayapan 1470: Fundación de Iximché (Guatemala)		1215: Los Aztecas en la región de México 1247: Fundación de Tenayuca por los Chichimecas 1325: Los Aztecas rechazados hacia las islas del lago de Texcoco 1370: Fundación de Tenochtitlán por los Aztecas 1428: Victoria decisiva de los Aztecas sobre sus vecinos 1430: Izacoatl, 4.º soberano azteca, funda el imperialismo de los Mexica 1440-1469: Reino de Moctezuma I 1455: Conquista de Oaxaca 1468: Conquista de Veracruz (Golfo) 1469-1481: Reino de Axayacatl 1476: Conquista del Valle de Toluca 1481-1486: Reinado de Tizoc 1486-1502: Reinado de Ahuizotl 1487: Consagración del Templo Mayor en Tenochtitlán 1502-1520: Reinado de Moctezuma II
1519 a 1700		1525-1541: Conquista de Yucatán 1697: Toma de Tayasal, última ciudad maya independiente		1519: Moctezuma II se entera del desembarco de Cortés 1520: Moctezuma II muere prisionero de Cortés. Retirada de la «Noche Triste» 1521: Caída de Tenochtitlán. Saqueo de la ciudad 1525: Muerte de Cuauhtemoc y desmoronamiento de la resistencia azteca.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

CUBIERTA

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

TESTIMONIOS Y DOCUMENTOS

ÍNDICE ALFABÉTICO

CARTOGRAFÍA

Patrick Mérienne, en París, trazó los mapas de las páginas 136, 167 y 184-185.

PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

Artephot/Oronoz, 43a, 72, 82/83, 84/85, 95, 96, 99, 124/125b. Artephot/Percheron, 75. Arxiu Mas, Madrid, 41, 88, 98/99, 100b, 102/103, 108, 110, 111, 128. Biblioteca de la Asamblea Nacional, París, 33, 34, 35. Bibl. nac., París, 11, 15b, 17b, 19, 20, 20/21, 26, 27, 30, 43miz, 43 md, 44, 57, 58/59a, 60 76, 77, 88/89, 91, 92/93, 97a, 106/107, 114/115, 123, 126/127, 131, 134/135, 139, 141, 147, 156, 161d, 161b, 166/167b, 169a, 171. Bridgeman Art Library, Londres, 45. Bulloz, París, 143. Jean-Loup Charmet, 50/51, 52/53, 56, 80/81, 86/87b, 100a, 175. Dagli-Orti, París, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 12, 14, 16, 17a, 22/23, 23, 24/25, 28d, 29, 36, 38d, 40, 62, 64/65, 66/67, 68/69, 70/71, 71, 74, 80, 90, 112/113, 117, 144, 154a, 159. F. Delebecque, cubierta, 15a, 18, 22, 24amb, 28iz, 32iz, 32d, 37, 39, 47, 49m, 53, 55, 58/59b, 61, 63, 75, 94, 94d, 97b, 103, 104, 105, 107, 119, 124/125a, 130, 132, 133, 138, 140, 148, 153, 155, 168, 174, 176/177, 178. DR 86/87a, 142, 154b, 163, 181, 182. Explorer/C. Lénars, 145. Explorer/Sugar, 31. Explorer, París/Mary Evans Pictures Library, Londres, 46, 49a, 74/75, 152, 162, 164/165, 169b. Giraudon, París, 13, 73, 120/121. Museo de Chapultepec, México, 120, 122a, 122b. Museo de América, Madrid, 109, 116. Museum für Völkerlande, Viena, 38iz, 76/77. Nationalbibliotek, Viena, 48. Rota, Library Services American Museum of Natural History, New York, 157. Scala, Florencia, 54a.

ISBN: 84-03-60159-X. Depósito legal: M. 864-1991
Printed in Spain. Impreso en España por Unigraf. Móstoles (Madrid)

Índice

Títulos publicados:

1. EGIPTO, TRAS LAS HUELLAS DE LOS FARAONES
2. LA ESCRITURA, ARCHIVO DE LA MEMORIA
3. ALEJANDRO MAGNO, DE GRECIA AL ORIENTE
4. LOS FÓSILES, HUELLAS DE MUNDOS DESAPARECIDOS
5. LOS VIKINGOS, REYES DE LOS MARES
6. EL CIELO ¿CAOS O ARMONÍA?
7. ESCLAVOS Y NEGREROS
8. GOYA, DE SANGRE Y ORO
9. MAHOMA, LA VOZ DE ALÁ
10. POMPEYA, LA CIUDAD BAJO LAS CENIZAS
11. LA FIEBRE DEL ORO
12. GLORIA Y MISERIA DE LAS GALERAS
13. EL AMAZONAS, UN GIGANTE HERIDO
14. GALILEO, MENSAJERO DE LAS ESTRELLAS
15. VAN GOGH, CEGADO POR EL SOL
16. EL GRAN DESAFÍO DE LOS POLOS
17. LAS CIUDADES PERDIDAS DE LOS MAYAS
18. VELÁZQUEZ, EL PINTOR HIDALGO
19. VIDA Y MUERTE DE LAS BALLENAS
20. MOZART, AMADO DE LOS DIOSES
21. POR MARES DESCONOCIDOS
22. EL OCASO DE LOS PIELES ROJAS
23. LA ANTIGUA ROMA. HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO
24. GANDHI, PROFETA DE LA LIBERTAD
25. EL DESTINO TRUNCADO DEL IMPERIO AZTECA
26. GAUGUIN, «ESE SALVAJE A MI PESAR«
27. LOS INCAS, EL IMPERIO DEL SOL
28. LAS BRUJAS, AMANTES DE SATÁN